

NUESTROS PADRES EN LA FE
JUAN P. RAMOS
Vol. IV
Editorial Difu

NUESTROS PADRES EN LA FE

JUAN P. RAMOS



Nuestros Padres en la Fe

PROLOGO
del Doctor

TOMAS D. CASARES

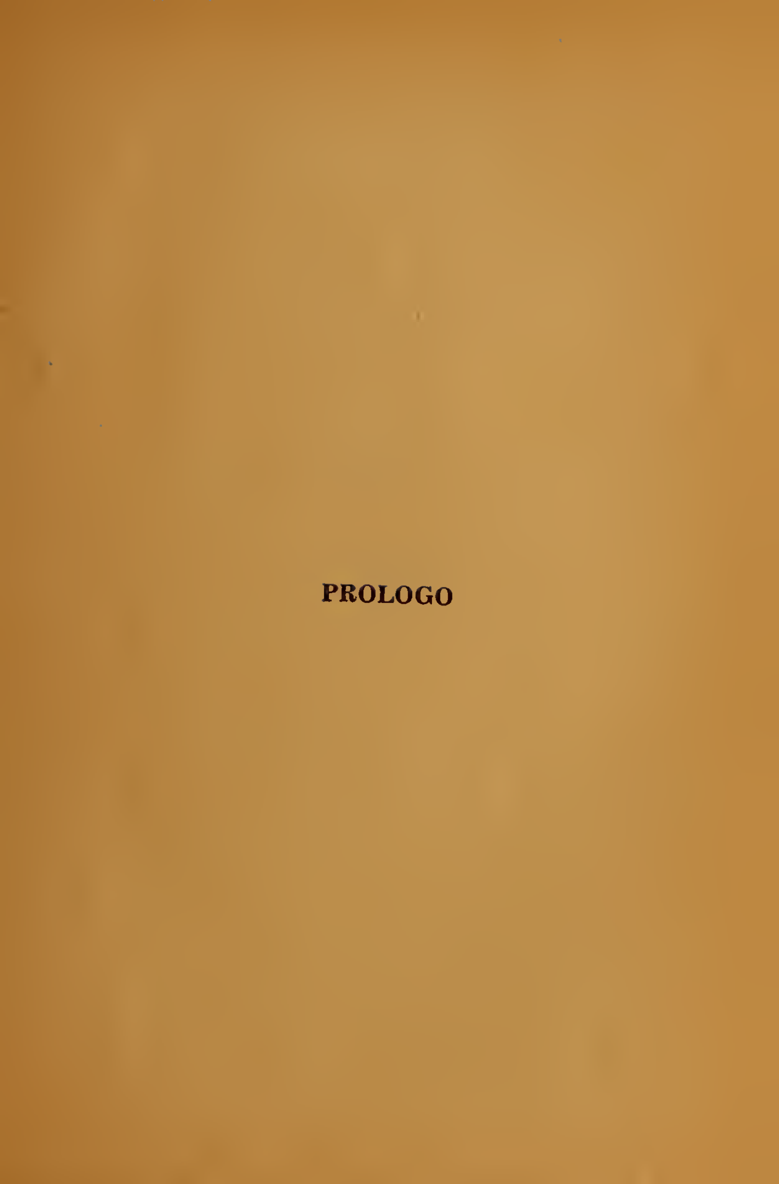
Colección Las 4 C.

Volumen IV

Editorial Difusión — Tucumán 1859 — Buenos Aires

1 9 4 0

Queda hecho el
depósito que
marca la ley



PROLOGO

I

Este conjunto de ensayos del Dr. Juan P. Ramos es un testimonio vivo de la reconquista del Espíritu y la Verdad por la vía de una ejemplar rectitud interior. Fué un camino lealmente llevado, hasta su término, por esa conciencia de la dignidad de las cosas del espíritu que ha sido siempre el sello de la obra intelectual del Dr. Ramos.

Hay en toda la obra intelectual de Ramos, lo mismo que en el ejercicio de las funciones públicas que le tocó desempeñar — en el Consejo Nacional de Educación, en la Dirección de Inmigración, en la docencia y el gobierno universitario y en la magistratura — un signo inconfundible: lo que podría llamarse un afán exhaustivo, un propósito, tenazmente servido por todas las posibilidades de su personalidad, de ser fiel hasta el fin a las exigencias de la misión asumida. Y como la vocación intelectual predominó en su vida con rara energía y señoreó sobre todas las formas de su actividad, esa fideli-

dad fundamental tenía que concluir siendo una fidelidad total a las exigencias de la Verdad, una fidelidad a las solicitaciones de la Gracia que nos revela la plenitud de la Verdad.

La Verdad suprema a la que se accede por la fe, es el término de la vida intelectual. De la vida intelectual que no se goza en el ejercicio de la inteligencia, sino que se aflige y se angustia por hallarle a la inteligencia su objeto propio, aquél en que pueda reposarse sin desmedro de su dignidad. Y cuando la inteligencia humana, obrando con ese empeño austero, ascético, impersonal, llega al término de su esfuerzo, la alegría de su conquista es contenida por la conciencia de lo modesta que es esa conquista si se la compara con la magnitud del apetito de entendimiento que devora al hombre. Y es en ese punto de claro-obscuro intelectual — para decirlo con la expresión del P. Garrigou Lagrange — donde se despierta el sentido del misterio, el presentimiento de la realidad sobrenatural, el reconocimiento de la existencia de un orden que trasciende al de la naturaleza. Signo de que la inteligencia ha cumplido bien con su deber, y su misión es esta conciencia de la limitación de sus posibilidades y el reconocimiento de que esos límites sólo pueden ser traspuestos por caminos que no son sus caminos. Y en esa humildad encuentra la inteligencia la espléndida recompensa de una iluminación desconocida para ella; en el "ob-

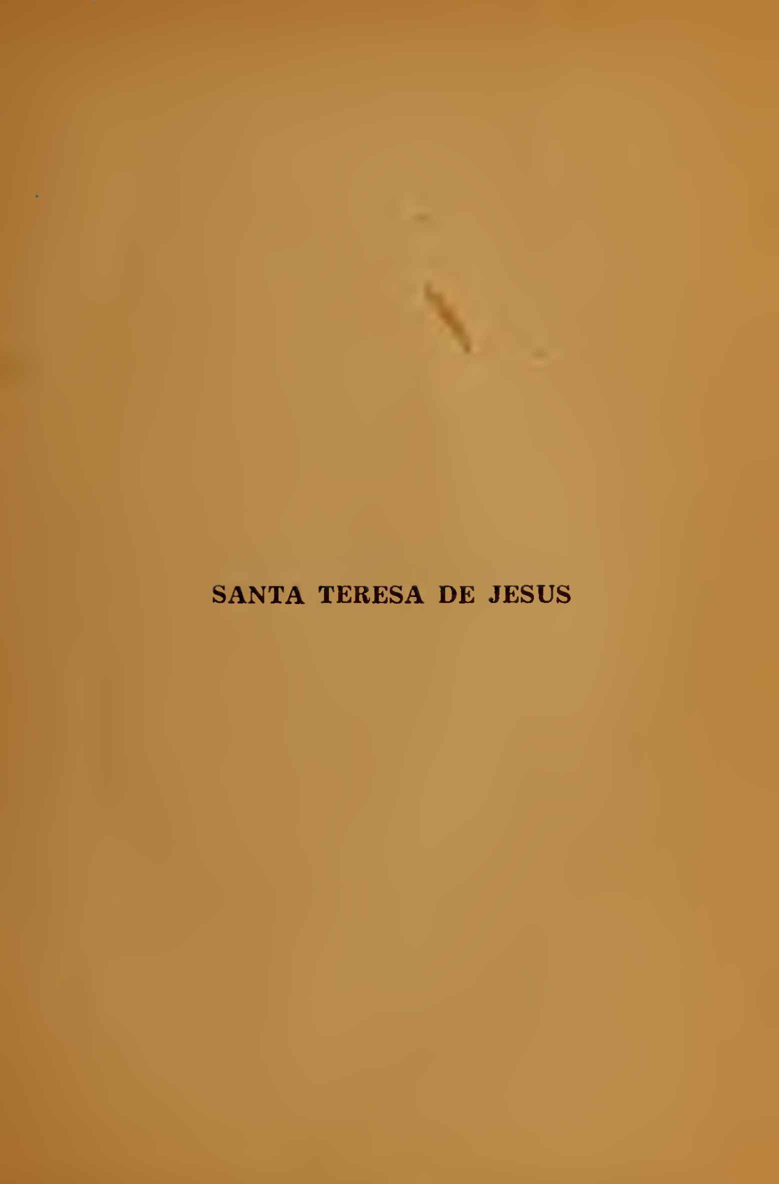
sequio racional" que es la fe, según la palabra de San Pablo, halla la inteligencia la confortación de vislumbrar, esto es, de ver como en espejo y en enigma sin duda, pero de vislumbrar al fin, ese mundo sobrenatural en el que está la razón de ser y por ello la posibilidad de entender a este pobre mundo sombrío en que vivimos; mundo absurdo que empuja a todas las desesperaciones cuando la Gracia no lo explica y cuando ella no redime y sostiene a las criaturas que lo habitan. De todo ello son estos ensayos un admirable testimonio vivo, que tiene esa entonación resuelta, inspirada por la voluntad de asumir íntegramente la responsabilidad espiritual de todas las consecuencias, característica del testimonio que de su fe suele dar la juventud. Porque sin duda no ha sido ajeno al proceso interior de Ramos el invariable entusiasmo juvenil, es decir desinteresado y ardiente, con que ha vivido su vida intelectual a despecho del transcurso inexorable de los años.

Y como la Gracia se sobrepone a la naturaleza sin destruirla, todo lo conquistado por Ramos en el proceso de la formación de su cultura, que no es ajena a ninguna forma de manifestación del espíritu humano que tenga sello de dignidad, está presente en estos ensayos. Está la gran erudición, ese fruto del largo estudio, que tiene un nombre tan antipático como la realidad nombrada cuando a ésta no la sirve, como en el

caso del Dr. Ramos, un gran amor. Está el fino discernimiento de los valores adquiridos en la frecuentación inteligente de todo lo clásico en el significado esencial e intemporal de esta palabra, que es la denominación de toda verdadera madurez espiritual. Está, en fin, el sentido de la belleza, que llega a ser como un instinto en quienes tienen el hábito de contemplarla, un instinto cuya más inmediata manifestación es, en la obra del Dr. Ramos, el decoro del estilo.

Todo ello había colocado a la obra intelectual del Dr. Ramos en la línea de la mejor tradición de la cultura argentina. Hoy que esa obra se ha puesto al servicio del Verbo que "se hizo carne y habitó entre nosotros", puede decirse que se ha adelantado por el camino de esa línea en la dirección de su verdadera fuente. Porque nada está delante de la Verdad de Dios de cuya revelación la Iglesia — filialmente reverenciada hoy por el autor de estos ensayos con el homenaje de su inteligencia, — fué constituída en suprema custodia.

TOMAS D. CASARES.



SANTA TERESA DE JESUS

Santa Teresa de Jesús

Si no fuera que tienen mayor culpa las personas que me pidieron esta conferencia, yo debería comenzar implorando perdón por mi atrevimiento. Vengo a hablar ante algunos, que saben más que yo, de quien merece la gloria de que su solo nombre sea la mejor síntesis de lo que fué. Basta proferir las sílabas que cantan: Santa Teresa de Jesús, para desvanecer de antemano cualquier ilusión que pudiera tener sobre la eficacia de mi conferencia. ¿Por qué llego aquí, entonces? Yo mismo no lo sé. Hace cuatro siglos que ese nombre corre por el mundo en una prodigiosa proyección espiritual. Vive en ciertas almas como un símbolo, alienta en otras como una esperanza, fulgura en unas como una luz de perfección, se presenta a otras como un camino ascensional, purifica a las mejores en el esfuerzo de alcanzar la plenitud del amor a Dios. Ni la ciencia más copiosa, ni el estudio más

fino pueden abarcar la significación de su vida. Sin embargo, mal o bien, cada uno de nosotros esboza su imagen particular de la santa. ¿Por qué, pues, no he de traducir la mía en palabras, por deficientes que sean? ¿Por qué, también, no las escucharéis benévolamente vosotros? Una vez un lego pintor, Fray Juan de la Miseria, pintó el retrato de la Madre. Esta le dijo: "Dios te lo perdone, Fray Juan, que ya que me pintaste, me has pintado fea y legañosa". Dios quiera que la santa no diga hoy lo mismo, en el sentido espiritual, de mi pobre conferencia.

Santa Teresa de Avila es una cumbre y es un abismo. Todo se ha dicho ya sobre ella, y no quedan palabras nuevas por decir. Pero es tan alta y lejana como cumbre del espíritu y tan vasta y misteriosa como abismo de mujer, que todos sentimos la necesidad de explicarnos por qué admiramos a una monja que en su tiempo fué aparentemente nada más que escritora de libros y fundadora de conventos. Por eso me atreví a traeros un resumen de mi explicación. No es una biografía, ni un estudio de su misticismo, ni un juicio sobre su literatura, ni una apología de su reforma carmelitana, ni una historia de sus hechos, porque nada de eso cabe en los límites de una conferencia, y todo eso junto excede los límites de mi capacidad.

Las almas a lo Santa Teresa de Jesús deben ser vistas con los ojos de nuestra intuición y en

una luz sobrenatural. De otro modo parecen inútiles, anormales o absurdas. Pensemos en aquel Nuncio del Papa que la fulminó con estas palabras, en la época culminante de su apostolado: "fémina inquieta y andariega, desobediente y contumaz, que a título de devoción inventa malas doctrinas, andando fuera de clausura contra el orden del Concilio tridentino y prelados, enseñando como maestra, contra lo que San Pablo enseñó, mandando que las mujeres no enseñasen". Pensemos en los que atribuyen lo mejor de su vida, que fueron sus visiones de Dios, a enfermedades del cuerpo, crisis de la epilepsia o fiebres de una carne empobrecida por ayunos y cilicios. Pensemos en las autoridades eclesiásticas y civiles que combatieron su obra reformadora, lanzando sentencia de excomunión contra los Descalzos, por lo cual se maniata, encarcela y azota nada menos que a San Juan de la Cruz, el primero y el más grande de los frailes del Carmelo reformado. ¿Por qué tanta ceguera en hombres eminentes y probos? Porque las almas a lo Santa Teresa no están hechas a la medida de los que jamás comprenden la belleza de las cumbres ni el secreto de los abismos. Juzgan a los santos y los héroes como si tuvieran la misma naturaleza que el hombre de la calle. Saben que el hombre de la calle, cuando anda hambriento o de mala salud, a veces se pone algo extraño, divaga o sueña. Suponen que debe acontecer lo mismo a

toda gran figura humana. Uno es genio porque es loco. Otro conquistó medio mundo porque tenía el delirio de las grandezas. Cierto escritor era un genio magnífico porque vivía ebrio. Un biógrafo reciente quiere demostrar en un libro que San Ignacio de Loyola inventó el ateísmo cristiano, porque se inspiraba en las lecciones del demonio. Para ellos, lo que no sea obrar como el hombre mediocre es locura o anormalidad. La Madre Teresa vivía y obraba fuera de la lógica común. Se iba por los caminos, a lomo de burro, fundando conventos y conquistando almas. Ellos decían: ¿no es un disparate que una mujer lo haga, violando su clausura religiosa? La Madre Teresa se pasaba los años en reformar monasterios, pretextando, según dice, que: "si los padres (de familia) tomasen mi consejo, quisieran más casar a sus hijas muy bajamente, que meterlas en monasterios donde hay más peligros que en diez mundos juntos". Los eternos fariseos se indignaban contra ella. ¿Cómo no levantaría, pues, la cólera en unos, la malquerencia en otros, o el desprecio de los que nunca pueden comprender o admirar la grandeza de la santidad o el heroísmo, porque odian también a las cumbres por ser demasiado altas, y a la nieve por ser demasiado blanca, y al azul de los cielos por estar demasiado distante de la avidez sensual de sus manos o sus ojos?

Santa Teresa es nada más que una mujer

como todas, en todo, menos en un solo atributo: apetece más vivir de Dios que de bienes y goces corporales. Con estas palabras me introduzco en el problema de la fe. ¿Qué es la fe? Tener el testimonio de Dios consigo, según afirma San Juan. ¿Cómo llega al hombre el testimonio de Dios? Dice Santo Tomás de Aquino que tres medios conducen a la fe en Cristo. Son la razón natural, los testimonios de la ley y los profetas, y la predicación de los apóstoles y sus sucesores. A estos medios que preparan a la fe, el hombre presta su consentimiento de acuerdo con los principios naturales, de orden lógico, pero no son ellos la razón determinante de la fe. Al asentimiento del testimonio de Dios, que constituye la fe, llega el hombre, no por la evidencia probada de lo que cree, sino por la autoridad de Dios Revelador, que no se engaña, ni se puede engañar. Es en la eficacia de la Verdad primera, como dice Santo Tomás, en lo que se apoya la fe, la que extrae, así, su certidumbre de la luz sobrenatural.

La fe es así un don gratuito de Dios y es también un acto libre del hombre. Aun cuando se ejerza sobre verdades demostradas por la razón, por lo mismo que no se apoya sobre ninguna demostración, sino sobre la autoridad de Dios Revelador, la fe es libre, porque libre es el entendimiento de prestar o no el asentimiento requerido. Y la misma libertad existe en orden a los motivos de credibilidad, o camino de la fe, como los llama Santo Tomás.

Por más evidentes que éstos se nos representen, el hombre puede siempre negarse a reconocerlos, y la obra de Santa Teresa consistió cabalmente en querer dar a los hombres motivos tales de credibilidad que nadie pueda con razón negarse a creer libremente en el Dios que para ella existe con la misma evidencia que las murallas de Avila o el calor del sol, porque siente su testimonio directo en el alma, durante el milagro místico del arrobamiento. Esta es la diferencia absoluta que hay entre el Catolicismo y las demás religiones. Para éstas, entre Dios y el hombre hay un abismo que iguala al infinito por su extensión, y a la eternidad por su duración. Para la Iglesia de Roma, el hombre vadea el abismo por medio de aquellas palabras que el mundo no oyó sino una vez en su historia: "Nadie viene al Padre sino por Mí". Jesús es el puente que pasa por encima del abismo. El es el pan de vida. El es la puerta. El es la resurrección y la vida. El es el camino y la verdad. Todo esto El lo dijo de sí mismo, con frases que escucharon los Evangelistas. Quien las oye, haciéndolas suyas, y las vive en el sentido sobrenatural que atesoran, de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia, tiene asegurada la salvación por la gracia. Santa Teresa las encarnó en su vida, por haberlas oído en la quietud recóndita del arrobamiento. Dice en un escrito, que en materia de experiencia mística,

es una gracia que Dios haga la merced de ella al hombre, otra gracia que el mismo que la recibe conozca que la está recibiendo, y una tercera gracia que sepa expresarla a los demás en términos cabales. La santa recibió la perfección de las tres gracias juntas. Por eso es un puente que ha llevado millones de almas a Aquél que dijo: "nadie viene al Padre sino por Mí". Las busca primero con la filigrana de su sagacidad. Luego las atrae en su sana alegría de corazón feliz. En el convento de las Franciscanas Descalzas de Madrid las monjas dijeron una vez: "Bendito sea Dios, que hemos podido ver una Santa que todos podemos imitar; que habla, come y duerme como nosotras, conversa sin cumplidos ni melindres. No hay duda de que el espíritu de Dios está en ella, porque es sincera, sin fingimientos, y vive entre nosotras, como él vivió". Este es el secreto de su maravilla como Santa y como mujer. La fe la ilumina de adentro afuera, y nadie se acerca a su resplandor sin comprender, aunque sea de lejos y borrosamente, en qué prodigio de armonía material y espiritual consiste la divina subsistencia de la Iglesia de Roma, por la acción de sus Santos, a través de los siglos.

Santa Teresa es uno de los mayores prodigios humanos de Dios. Todo lo tuvo. No hay don del alma que no esplenda en sus pensamientos, en sus efusiones, en sus obras, en sus actos o en su conducta. El más asombroso fué una extra-

ña condición que pertenece únicamente a los grandes creadores: vivir tras un ideal infinito, sin desdeñar un instante la cotidiana realidad minúscula de la vida. En esto es un auténtico ejemplar de santo español. En un siglo de oro produce España obras que abarcan desde el éxtasis místico hasta el realismo de lo picaresco, sin contar el teatro, los moralistas, historiadores, teólogos, filósofos, poetas y novelistas, en tanto que consigue un continente, navega los mares, vence a Europa, crea una arquitectura, reedifica sus ciudades, sobresale en el arte y en todo. España es la última nación en el reinado de don Enrique IV. La corona recae en una mujer más batalladora y rica de alma que cualquier otro hombre de su tiempo. Gracias a Doña Isabel la Católica, España pasa a ser la primera de todas. De su reinado surten las enormes fuerzas sociales que durante un siglo y medio asombrarán al mundo por su energía, tenacidad, y el increíble derroche de vidas, ideales y obras. Lo mismo, en la pequeñez de una existencia humana, todo lo tuvo la Madre Teresa. Aunque no llene el escenario histórico de una nación, como la Reina Isabel, porque circunscribe sus actos a la obra de alzarse a Dios con el único auxilio de sus cortas fuerzas de mujer, en esa sola obra aparece con los rasgos de la trágica contradicción que hay en el alma de la España eterna. Lo mismo que la literatura española, Teresa de Avila es un viviente espejo de

Castilla. Vuela serenamente por las cumbres del espíritu, al mismo tiempo que vive ardientemente en la realidad de cosas y menesteres de lo cotidiano.

Cuando uno quiere entrever el secreto de su santidad acaba por no saber discernir si es santa por designio de Dios, o si es santa por haber alcanzado con sus propios medios una santidad cuya mayor perfección consiste en ser acendramiento de una vida. Esta es la fuente de donde mana su proyección universal. No sólo es la mística que se eleva a lo más sublime, por las regiones de Dios, sino también la maestra que nos enseña cómo se va por el sendero ascensional. Paso a paso nos muestra el modo de suprimir el abismo entre el hombre y Dios, tendiendo el puente de la oración y las obras. No pretendió asentarlo en alturas inaccesibles a los pies del hombre, que jamás logran desprenderse de la tierra, sino sobre esta tierra misma por donde todos vamos, trepando, cayendo, penando o soñando, entre unas pocas flores del camino y un inmenso zarzal espinoso de dolores y desventuras. En una carta escribe que está encantada de su retiro en Malagón, tres años antes de su muerte, porque nadie la visita, agregando: "Y es que no hay memoria de Teresa de Jesús, más que si no fuese (ya) en el mundo. Y esto me ha de hacer procurar no irme de aquí, si no me lo mandan, porque me veía desconsolada algunas veces de oír

tantos desatinos, (pues) que allá (en Avila), en diciendo que (una) es santa, lo ha de ser sin pies ni cabeza". Teresa de Jesús fué una santa con pies y cabeza. Con razón su mística esplende en la literatura de todos los tiempos con caracteres de eternidad.

¿Qué es la mística? El contacto directo de una pobre alma terrenal con la infinita plenitud de Dios. El incrédulo niega el hecho como realidad o lo estudia como fenómeno de manicomio. El místico lo siente con la evidencia de la verdad, como sabe que el sol alumbra, que sus ojos ven. La presencia de Dios en su alma es tan real como el dolor que nos atormenta en la muerte de un ser amado. Santa Teresa escribió sus "Moradas" para demostrar el proceso de la unión con Dios, y los medios de realizarla.

Hay dos místicas. Una es doctrinal. Estudia cómo alcanzan los místicos la unión con Dios. Establece las formas de la contemplación, los grados que asciende el alma, las pruebas que debe pasar y sufrir. Otra es experimental. El místico describe sus propias experiencias. Santa Teresa es el modelo acabado de esas exploraciones sobrenaturales. Llega al punto máximo de perfección que elaboró en España, y quizá en el universo entero, la doctrina mística del cristianismo. Oigamos sobre esto las siguientes palabras del Papa Pío X: "En lo que toca a la Teología mística, camina con tanta libertad por las supremas regiones del

espíritu, que se diría vive en ellas como en su propio reino. No hay secreto de esta ciencia que la Santa no haya escudriñado profundamente; pues discurriendo por todos los grados de la contemplación, remonta el vuelo tan alto que no es posible lleguen a comprenderla los que no han experimentado estas divinas operaciones del alma. Y a pesar de esto, nada enseña que no esté rigurosamente conforme con la más sana teología católica, pues expone sus doctrinas con tanta sencillez y claridad, que ya en su tiempo era la admiración de los más insignes doctores, quienes no alcanzaban a comprender cómo pudo esta virgen reducir con tanta maestría y elegancia a un cuerpo de doctrina, lo que sin orden y confusamente enseñaron los Padres de la Iglesia".

La mística es en Santa Teresa un fenómeno vivo del alma. Dice que: "el aprovechamiento del alma (en la oración) no está en pensar mucho sino en amar mucho". Es su fórmula esencial. El amor a Dios es lo único que santifica la oración. Por eso su mística vive todavía como una realidad actual en los seres que aman a Dios. Por eso hay todavía quienes adoran a la Madre Teresa con un amor que enciende sus rostros con una sonrisa de gloria, cuando oyen sonar en sus labios o en labios ajenos las sílabas que cantan musicalmente: Santa Teresa de Jesús. Una vez afirmó el Papa León XIII: "Hay en las obras de Santa Teresa cierta virtud, más bien celestial que

humana, de eficacia maravillosa para promover la enmienda de la vida". Tiene razón. Atrae las almas, porque Dios puso en su naturaleza las alas del éxtasis, para subir a su seno de Padre, más también la humildad de ser como la planta, que cuando se está cuajando en flores no sabe envanecerse de su belleza. Cuanto más sube en perfección del espíritu, tanto más lejos se siente de creerlo obra suya.

Precisamente por esto es santa con pies y cabeza. Sabe adónde va, pero sobre todo sabe cómo va y por qué va hacia arriba, en el terrible camino por la reforma del Carmelo y la elevación de las almas. No ignora uno solo de los caracteres del éxtasis, pues casi todos los gozó y sufrió. Pero teme que sus monjas yerren su verdadero sentido, deseando y suplicando el milagro de tener visiones. Es un criterio de prudencia que aplica en todo lo divino y lo humano. ¿Qué enemigo del misticismo dijo jamás palabras tan certeras como las suyas, en cien pasajes de sus escritos, para condenar los peligros de un misticismo errado? Ella las escribe como la cosa más natural del mundo. El portento de su genio consiste en tener el don ideal de remontarse espiritualmente, como nadie, por las cumbres de Dios, y el don material, y contrario, de saber andar a pasos cortos, con sus dos buenos pies de mujer montañesa y cauta, por los auténticos breñales y escondrijos de la vida.

Escuchad estas palabras dirigidas a quienes ya están llegando a las quintas Moradas de su Castillo interior, esto es, que ya van por el sendero místico que asciende a la séptima, donde se efectúañ los desposorios del alma con el Esposo. Parecen escritas por una prudente ama de casa: "Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen, y muy encapotadas cuando están en ella, que parece que no se osan bullir, ni menear el pensamiento, porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, (esto) me hace ver cuán poco entienden el camino por donde se alcanza la unión; y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor; y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor te duela a tí; y si fuese menester, lo ayunes porque ella lo coma: no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello. Esta es la verdadera unión con su voluntad".

He aquí lo que es el apostolado de Santa Teresa, lo que es su misticismo, lo que es su ideal: una viva realidad humana. La unión del alma con Dios está a cargo de Dios mismo. En su teología, el misticismo perfecto no es una conquista de todo individuo. Las tres primeras Moradas de su Castillo versan sobre la oración que sube hasta el recogimiento. Este se puede alcanzar con

la voluntad, por medio de caminos ascéticos y naturales de elevación. En adelante, hasta la Morada séptima, se entra en la mística. Ya el alma no debe forjarse ilusiones sobre sus fuerzas. Dice que la contemplación infusa: "es cosa que lo da Dios; y pues no es necesario para la salvación, ni nos lo pide de premio, no piense se lo pedirá nadie; que por eso no dejará de ser muy perfecta". La frase significa que la mística es don sobrenatural, que sólo Dios concede. Como vosotros sabéis, la determinación de lo que hay de natural y sobrenatural en la teología mística, es problema que se debate hace siglos con los términos distintos de Ascética y Mística. Santa Teresa, con la asombrosa claridad de su pensamiento, lo resuelve, como ningún otro doctrinario, en el capítulo primero de las cuartas Moradas. Dice más o menos que los goces provenientes de la ascética "comienzan en nuestro natural mismo y acaban en Dios". Son adquiridos, pues. Los conquistamos con nuestro esfuerzo y potencias. Por nacer de la virtud, que estamos persiguiendo, nos parecen ganados por nosotros, pero no los obtenemos sin el auxilio divino. Los gustos sobrenaturales, en cambio, que son los místicos, nacen de Dios, aunque los sentimos nosotros. Nos llegan quietos, sin que sepamos de dónde, porque nuestras potencias no intervienen para nada con su actividad.

¿Cómo resumir la mística teresiana en unos

pocos párrafos? El que no la haya leído y meditado no podría entenderla en su extraordinaria hermosura y en su intrincada complicación de estados y procesos. Debo dejarla a un lado. Es tan profunda que las diversas escuelas espirituales la analizan y recomponen, sin alcanzar hasta hoy a abarcarla del todo. No olvidéis lo inmenso de su obra escrita. La gran edición de Burgos tiene nueve volúmenes con miles de páginas. Si "Las Moradas" es la síntesis de su mística experimental, no es un libro inteligible del todo cuando no se conoce el resto de la obra, especialmente la "Vida", el "Camino de perfección", las "Fundaciones". Esta mujer a la que no placía escribir, escribió tanto y tan bien que el tiempo no envejece sus páginas. Dice el Padre Gracián en una nota: "siendo yo su prelado le mandé que escribiese este "Libro de las Moradas", diciéndole, para persuadirla más, que lo tratase con el Dr. Velázquez, y se lo mandó (también). La santa replicó entonces: "¿Para qué quieren que escriba? Escriban los letrados que han estudiado, que yo soy una tonta, y no sabré lo que me digo. Hartos libros hay escritos de cosas de oración. ¡Por amor de Dios! que me dejen hilar mi rueca y seguir mi coro y oficios de religión como las demás hermanas, que no soy para escribir, ni tengo salud y cabeza para ello". La Madre Teresa se pasó la vida diciendo no saber escribir, y escribiendo como una gran artista. Una vez inicia un ca-

pítulo exclamando: "¡Válgame Dios en lo que me he metido!", pero sale de la dificultad nada menos que con el trozo más arduo y magnífico de las cuartas Moradas. ¿Eran, acaso, frases de coquetería literaria? No. Es que nunca escribió doctoralmente, sino como un manantial que mana, como un árbol que se abre en flor. Aunque haya escrito con llaneza fué un escritor de raza. Aquí se come un verbo, más allá un sustantivo, da vueltas, se repite, se enreda en frases que nunca acaban, mezcla ideas, se pierde en digresiones. tartamudea porque no halla las palabras que quiere, se aparta de un tema grave con un desenfado que ella misma reconoce a renglón seguido. Pero el conjunto es admirable y encanta porque es tan espontánea, enérgica, clara y perspicaz en cuanto dice, analiza o intuye, que se gana el cariño del lector a fuerza de hacerlo padecer con su sintaxis, su vocabulario y sus cláusulas enrevesadas como un ovillo.

Escribió porque sus confesores se lo mandaron. Pudo hacerlo porque había meditado tanto sobre el modo de alcanzar la unión con Dios que no tuvo sino tomar la pluma para desbordar espiritualmente su riqueza interior. Por eso es menester asociar una carta de su "Epistolario", dos líneas de sus "Fundaciones", una digresión de su "Vida", un cuadro de "Las Moradas", un consejo del "Camino de perfección", para esclarecer un problema de la vía purgativa, de la vía

iluminativa o de la vía unitiva. ¿No son suficientes dificultades para resumir en una conferencia, que además trata de otras cosas, los caracteres de la Teología mística teresiana?

Santa Teresa vive aún, inspirando un gran amor en muchas almas, no sólo porque fué una santa en las obras sino también porque su santidad tuvo la proyección de un apostolado activo sobre los hombres de todos los tiempos. La Iglesia no limita su misión a que cada hombre se salve a sí mismo. Salvarse por la fe y la virtud podría ser la más alta función de la Iglesia, si en el mundo no existiera el Mal. Pero el Mal existe, y a veces amenaza acabar con la virtud de los buenos, por el escándalo en que viven los que se llaman buenos, y por la atracción del crimen, el pecado y el vicio. Entonces manda Dios a los santos que buscan más la salvación de los hombres que su propia salvación. Vienen a cumplir lo que Jesucristo estableció para la humanidad entera, redimida por el sacrificio de la Cruz y resumida en su auténtica naturaleza de hombre. Vienen a aplicar el concepto cristiano de la Caridad, que San Pablo ilumina con sus tremendas palabras de la primera epístola a los Corintios, en un himno que fortalece hace mil novecientos años la evolución moral de nuestra especie. La inexhausta riqueza del catolicismo consiste en que diferencia radicalmente la Caridad de la Filantropía. Porque la caridad es amor,

pero no amor que solamente ama, sino amor que por tener como fundamento y objeto a Dios, se apodera de nuestros actos forzándolos a sobrepasar su objeto inmediato, que es una persona o una cosa. Sólo entonces alcanzan, más allá de sí mismos, más allá de las razones de mi justicia, de mi prudencia, de mi fuerza, de mis sentimientos que los inspiraron, la suprema intención de ser el fin supremo de nuestras acciones virtuosas. El amor a Dios es lo único que confiere a estas acciones un valor de mérito sobrenatural. Por eso, católicamente, dar limosna no es caridad, fundar un hospicio no es caridad, sino cuando yo lo hago por amor de Dios, es decir, por un acto de plena unión amorosa con Dios. La caridad es lo que predicó y realizó Jesús, lo que definió San Pablo, no cualquier bien que hagamos a otros por simple filantropía o sentimentalismo generoso. La caridad no existe donde el amor a Dios no mueve su actividad, y por lo mismo que con ese amor se identifica, es ella la reina de las virtudes teologales.

Esta es la caridad de los santos de la acción, un Santo Domingo de Guzmán, un San Francisco de Asís, un San Ignacio de Loyola, una Santa Teresa de Jesús. Comienzan por dar cuanto llamamos vida: goces de la vida, grandezas de la vida. Una vez que lo logran, revisten sus actos de la intención de amar a Dios en ellos y por ellos. Entonces van a los hombres. Pero

vienen limpios de intereses mezquinos, de ansias de dominación, del sensualismo, de la vanidad o la gloria. Así se diferencian del héroe de la acción. El héroe es en buena parte el centro de su obra, porque quiere que impere en el mundo su propio ideal. El santo se somete a la voluntad de Dios. Sólo pone en su obra el ansia de elevar a la humanidad por los caminos que Jesucristo abrió con su Evangelio y su muerte. Renuncia a todo para que los hombres se salven por los medios que Dios, y no él, les tiene reservados en su infinita misericordia.

Teresa de Avila tuvo la santidad de la acción. Quiso la acción espiritual, que jamás podrán comprender el político ni el demagogo. Desde que nace el cristianismo, César nunca pudo entender, ni entenderá jamás, el secreto de la fuerza sobrenatural de Pedro. La Iglesia busca la elevación del hombre por la fe en Jesús, fe que no existe si no ajusta toda su vida, en la intención y en los actos, al sentido de las pavorosas palabras del Señor: "si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y cargue con su cruz, y sígame". Esto no lo pueden sino los apóstoles y los santos. Santa Teresa lo realizó de una manera asombrosa.Para apreciarlo bien, recordemos su vida.

Nace de sangre ilustre, el año 1515, en Avila de los Caballeros. La ciudad heroica, cuyos hijos tienen el privilegio de ir delante de to-

dos en las batallas que dan los ejércitos del Rey, le infunde su fuerza combatiente y serena. Siendo niña concierta con su hermano Rodrigo, que muere más tarde en la conquista del Río de la Plata, irse a tierra de moros para "que allá nos descabezasen". Luego se apasiona por novelas de caballerías, en que todos son amores, fiestas. batallas y aventuras. Se olvida de las buenas intenciones, y anda mucho, por donde no se debe, con primos y parientes que dan más de un mal rato a su padre, hombre digno de la noble tradición de Avila, la ciudad del honor, el recato y la severidad moral. En castigo la lleva, casi a los 17 años, al convento de Nuestra Señora de la Gracia. Luego ingresa en el monasterio carmelita de la Encarnación. Pasa aquí muchos años en contradictorios estados espirituales. Se enferma de gravedad. Tanto sufre y decae que llega a estar en la muerte. Las monjas encienden velas y cirios en torno al lecho de la difunta. Si no es por su padre, que no duda de su vida, la entierran en la sepultura ya cavada. A los cuatro días vuelve del paroxismo. Tuvo tres años de fervor religioso, mientras el cuerpo convaleciente está tullido sin moverse. Se cura y retorna a lo mundano. Escuchemos sus propias palabras: "Pues así comencé de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterme tanto en muy grandes ocasiones, y andar tan estragada mi alma en muchas

vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oración, tornarme a llegar a Dios; y ayudóme a esto, que como crecieron los pecados, comenzóme a faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud".

Los monasterios habían perdido en aquellos tiempos mucho de la antigua rigidez moral. Eran centros de reuniones sociales. Venían a ser un refugio de solteras y viudas, pobres o ricas, que no podían divertirse en el mundo según el honor del apellido. Las monjas recibían visitas en los locutorios. Salían a la calle con cualquier motivo. La santa agrega: "Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas, y con levantarme y mal, pues tornaba a caer; y en vida tan baja de perfección, que ningún caso hacía de pecados veniales, y los mortales, aunque los temía, no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros. Sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme de lo que debía a Dios, era con pena; cuando estaba con Dios, las afecciones del mundo me desasosegaban; ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuanto más tantos años".

Era la santidad de la gracia luchando a brazo partido con los placeres de la vida. Su na-

turaleza demasiado rica no hallaba cómo darse a algo mayor que su propia grandeza. A veces se sentía cerca de Dios, pero todavía no resonaban claramente en su alma los llamados de Dios. Andaba por la vida con ansias de Dios, y por los aledaños de Dios con ansias de la vida. No sabía aún alzarse con las solas alas del espíritu, ni tampoco podía ya andar por la tierra con sus solos pies de monja mundana. Es la eterna contienda moral de las almas grandes, fuertes y ricas. Hasta que no llegan a su camino andan a campo traviesa, sufriendo de su amargura, dudando de su voluntad, por no tener todavía ojos para ver que Dios ya las tocó por dentro con la bendición de su gracia. Pero el día en que descubren el secreto de su personalidad, sea a los veinte años o a los cincuenta, siguen su camino sin volver los ojos atrás, aunque tengan por delante el desamparo total de los bienes, placeres, intereses o grandezas de la vida.

Santa Teresa lo descubre ya mujer cuarentona, en una crisis de lágrimas, frente a un Ecce Homo muy llagado. Luego lee las "Confesiones" de San Agustín, contándonos esto: "me (las) dieron, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada a San Agustín, porque en el monasterio adonde estuve seglar era de su orden, y también por haber sido pecador, que en los Santos, que después de serlo el Señor tornó

a Sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda; y que, como los había el Señor perdonado, podía hacer a mí; salvo que una cosa me desconsolaba, como he dicho, que a ellos sólo una vez los había el Señor llamado, y no tornaban a caer, y a mí eran ya tantas, que esto me fatigaba". Es que ella misma no se conocía. Los altibajos de sus horas dadas al mal del mundo no eran signos de caída sino pasatiempo de un espíritu que no se hallaba a sí mismo, por su excesiva grandeza. Precisamente, en esto consiste la esencia de su santidad. No sólo es Santa que llevó vida de santidad desde que emprende su gran camino, sino que para andar por él fué necesario que esa débil mujer fuera, en maravillosa unidad de acción, una síntesis increíble de los más diversos atributos. Si no hubiera vivido en tantos riesgos del alma, no habría sido capaz de imponer la reforma del Carmelo. Si no hubiera sido la mística perfecta no habría prolongado su influencia en los siglos, enseñando hasta hoy el camino de la perfección. Si no hubiera escrito sus libros, las fundaciones de sus conventos no habrían durado más allá de su muerte. Si no hubiera sido tan fuerte, no habría sido tan serena y suave en su bondad activa de fundadora y de mujer. Si no hubiera sido tan misericordiosa en perdonar, no habría logrado establecer la rigidez que aplica a monjas y frailes. Si no hubiera sido tan ardiente en querer, tan

absoluta en no transigir, tan áspera en gritar su verdad a los que nunca comprenden lo terrible que es proclamarse apóstol de Jesús, tan firme en no ceder un ápice de su ideal en nombre de cualquier conveniencia utilitaria, tan española en su tenacidad para combatir hasta más allá de la esperanza, tampoco habría alcanzado a dar a su vida la proyección universal de su espíritu a través de los siglos. Y, finalmente, si la monja Teresa no se hubiera entregado algunos años a pasatiempos del mundo, la futura santa no habría sabido señalar a sus hijas los pasos que llevan a unas almas por senderos humildes en la virtud y a otras por senderos vertiginosos en la perfección, hasta la inconmensurable plenitud de Dios.

Su santidad fué perfecta desde el momento de la conversión. Aquel día cesó en su alma la guerra entre el mundo y Dios. La diversidad de atributos se equilibró en asombrosa unidad, sin dejar nunca de ser riqueza de diversidad. Siguió siendo ella misma en las contradicciones de su naturaleza, que entonces le sirvieron para ajustar su obra, de un modo cabal en cada caso, a los obstáculos de las cosas y los hombres. Es la santa que está más cerca de los hombres, porque cada uno la ve desde un punto de vista distinto, y en cada punto de vista distinto ella es ella y nada más que ella. Mujer ejemplo entre las mujeres, por ser perfección de la mujer. Mujer modelo para los hombres, por la grandeza desmesurada de

su acción. Mujer asombro de los doctores, por la penetración de su inteligencia. Mujer maestro de perfección porque enseña humildemente, como si ella fuera la que está aprendiendo. Mujer extraordinaria entre los santos, porque no pierde nunca un solo atributo femenino, pues si no fuera por la vida que lleva, las fundaciones que emprende, las luchas que soporta y el hábito que viste, se diría que es la más graciosa, fina, mordaz, alegre, juguetona, movediza, seductora y jovial de las señoras de su tiempo. Santa Teresa pudo ser, así, la santa más perfecta sin dejar de ser íntegramente mujer, y pudo ser, así, la mujer más perfecta sin dejar de ser íntegramente santa. Es el prodigio de su genio.

Vuelvo al resumen de su vida. Desde la conversión comienza a darse en obras. Primero vino la purificación mística. Es un proceso que no puede seguirse sino en sus libros o en su incomparable "Epistolario". Se realiza con el alma encerrada en su propio silencio, con ayuda de los grados de la oración, que describe como nadie. Sale de él desposada con Dios, camino de su santidad. Todo lo pensó entonces, y tanto, que ya ningún hombre podrá resistir las artes de su persuasión. El Obispo de Calahorra llega a decir: "más quisiera yo argüir con cuantos teólogos hay, que con la Madre Teresa". Fray Pedro Fernández no pudo menos de exclamar en una ocasión: "Me habíais engañado diciendo que era

mujer; a fe que no es sino hombre varón, y de los muy barbados". No ha de haber exageración en estos juicios. La fuerza de su dialéctica y de su voluntad fué inaudita. De otro modo no se comprende cómo pudo llevar a cabo su obra. Era empresa de varones grandes, y no contaba más que con sus débiles medios de monja enferma y pobre. Fray Luis de León escribe: "Es maravilla nueva que una flaca mujer tan animosa emprendiera una cosa tan grande y tan sabia y eficaz; que saliese con la suya, y robase los corazones que trataba para hacerlos de Dios; y llevase las gentes en pos de sí a todo lo que aborrece el sentido". Tampoco exagera Fray Luis. Todo esto lo hizo. Se propuso reformar el Carmelo, y lo reformó. Soportó la envidia, la cólera de los malvados, la venganza de los vencidos, las calumnias atroces, la mala fe de los ignorantes de toda clase y condición, sin prometer a los suyos nada más que dolores, persecuciones y amarguras. A todos venció, habiendo entre ellos personajes de la Corte Real, altos dignatarios eclesiásticos, y hasta un Nuncio de Roma. ¿Cómo pudo hacerlo? Porque era uno de los milagros vivos que Dios envía a ciertos pueblos para renovarlos espiritualmente. Al aparecer, nadie adivina la trascendencia de su obra. Es la eterna lección de Jesucristo. Debe ser sacrificado en un madero de infamia para que los hombres divinicen más tarde la ignominia del suplicio en lo

que San Pablo llama: "la locura de la Cruz". Santa Teresa infundió en España la locura de la purificación de las almas por las vías de la fe.

Desde que hay mundo existieron dos maneras de prometer al hombre la felicidad. Una le dice: busca y goza cuanto quieras, para vivir tu vida. Otra le dice: cifra tu goce en alcanzar un ideal más alto que tu propia vida. En el siglo de la Madre Teresa, la humanidad quería vivir gozando de la vida en un frenesí de acción. Lo mismo sucedió en la decadencia de Roma. Tal vez lo mismo está sucediendo hoy. Se echan abajo las vallas legales o morales que impiden el placer o causan un dolor. Cada hombre cree que nace en un mundo nuevo, que antes no existió. Se llama vivir la vida a lo que es nada más que un sometimiento del espíritu a las bajas pasiones de una sensibilidad enfermiza, desatada o cobarde. Vaya una gracia en proponerse gozar de la vida como un cerdo en un muladar. ¿Acaso no lo hace también el cerdo sin necesidad de decorar sus instintos con el nombre de filosofía o de considerar que la vida no se vive más que una vez? Santa Teresa vió el mal de su tiempo, y quiso combatirlo por la purificación. Su razonamiento es de una sencillez apostólica. Helo aquí. El hombre se debe a Dios. Cuando se da a El en un sacrificio total, no sólo se salva, sino que es un ejemplo vivo para los demás. El ejemplo enciende la virtud de los buenos, que

de otro modo vivirían en el mal. La virtud de los buenos perfecciona la sociedad porque disminuye la envidia, el odio, la crueldad, la avaricia, el desenfreno, y aumenta correlativamente la paz y el bienestar. Cuanto más monasterios demuestren hasta dónde llega la perfección moral de los Carmelitas Descalzos, tanto más esta humanidad nuestra tratará de alcanzar un ideal mejor que el sensualismo material de la vida. Ese ideal es nada menos que el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Santa Teresa no fué fundadora de conventos sino una reformadora social. Por eso su obra trasciende y vive hoy en muchas almas. En una carta dice estas palabras sobre los conventos que funda a fuerza de vejámenes y sacrificios: "no está nuestra ganancia en ser muchos los monasterios, sino en ser santos los que estuviesen en ellos". La historia de la Iglesia cabe en esta afirmación suya. Hace veinte siglos que vence al mal del mundo, porque los misterios ofrecidos, como creencia esencial, a la fe del hombre, son fuentes inexhaustas de santidad. El santo vive haciendo vivir espiritualmente a los demás los dogmas permanentes, absolutos, en que se asienta la Verdad revelada por Jesús. Mientras haya un santo no prevalecerán contra él los males que producen los malos pastores del Señor. Santa Teresa lo comprendió, una vez iluminada por la gracia. Era menester reformar el Carmelo, cu-

yos religiosos entibiaban la fe del pueblo con su conducta mundana. Dice de ellos: "¿Qué se ha hecho del espíritu y fervor, y de esa locura que en los siglos pasados inundaba de luz los primeros esfuerzos de los religiosos, entregados ahora a una rutina torpe y enbrutecedora?", agregando después: "Los que debieran ayudar a otros, con su ejemplo, a caminar en la virtud, tienen completamente olvidadas las cosas de perfección". Ella se ofrece a remediarlo. Une en la obra de sus fundaciones la rigidez terrible del ascetismo a la inefable ascensión que eleva a Dios las almas tocadas por su gracia. Para ello impuso sus "Constituciones" y escribió sus libros. Para ello transforma el Carmelo en fuente de almas puras, cuya expresión más alta será San Juan de la Cruz. Para ello cruza España de un confín a otro. Ya la llaman la monja errante. Nada vence a su voluntad. Es pobre, enferma, vieja, pero no hay camino por donde no ande, por montes y llanuras, ciudades y campos, bajo los tremendos soles o fríos de Castilla. Nunca se cansa. Va con su hábito raído y sus sandalias rotas, en medio de desprecios, envidias, calumnias y malquerencias, sufriendo cuanto hacen sufrir a las almas grandes, en todos los tiempos y todas las razas, las inquinas plebeyas de las almas chicas, que siempre odian a las cumbres por ser demasiado altas, a la nieve por ser

demasiado blanca y al azul de los cielos por ser demasiado hermoso.

Es la visionaria de Dios. Por serlo, todo lo sufre, animosa y feliz. Desde que funda el primer convento de 1562, hasta que cae agotada en Alba de Tormes, no hay empresa que tema ni dificultad que no quiebre. Cuanto más vieja es, más trabaja. Nadie es más sagaz para buscar dinero; nadie encuentra mejor el modo de persuadir a los ricos avaros, a los vendedores voraces, a los pobres desconfiados, a los enemigos probables; nadie aguanta más la tarea común de remendar, barrer, fregar, acicalar, mendigar; nadie es más humilde ante las monjas que se sublevan, gritan, la insultan cuando se presenta a ser priora del monasterio de la Encarnación, ante una mujer bruta que la castiga en Toledo, o ante unos montañeses que la voltean a patadas en la Catedral de Burgos, meses antes de su muerte; pero nadie, tampoco, es más señora y más altiva ante una princesa de Eboli o ante quien pretenda vejar un derecho de sus monjas; nadie es más tímida para recibir las revelaciones de Dios, pero nadie es tampoco más serenamente heroica para acometer una empresa que ni el mismo Rey Don Felipe II hubiera osado.

Tuvo sobre los hombres una influencia sobrenatural. El pueblo llegó a llamarla: Teresa la Omnipotente. En sus últimos años, la multitud llenaba las calles, cuando se sabía que es-

taba por llegar la vieja monja tullida, montada en su burro o zarandeada en un carro que recorría leguas y leguas de despeñaderos de montaña y andurriales de llanura. Una vez el corregidor de Palencia, poco amigo de los Descalzos, dijo a un mensajero de la Santa, que le pedía permiso para unas fundaciones: "Váyase, y sea como desea, que la Madre Teresa de Jesús debe llevar en su pecho algún mandato de Dios, pues a pesar de nosotros mismos, todos nos vemos forzados a hacer lo que ella desea". Y así era casi en verdad.

Fué gran conocedora de corazones. Pero no los ganó por eso, sino porque venían a ella atraídos por su magnífica personalidad. En cada palabra incluía una ocurrencia o un refrán gracioso. Cuando quiere expresar lo difícil que era gobernar las monjas de la Encarnación, dice: "es tan diferente enseñar mujeres a enseñar varones, como de lo negro a lo blanco. Tengo experiencia de lo que son muchas mujeres juntas. Dios nos libre". Siempre se está riendo, como un pájaro que canta, aunque no sepa cómo comerá esa noche con sus monjas. Discute con la fluidez, elegancia y produndidad del doctor más ágil y avezado. Organiza sus conventos con la prolijidad de un comerciante. En todo anda, y regatea hasta el precio de un pan. Es enérgica y suave; generosa en dar su vida y tacaña en gastar un maravedí de más; soñadora de imposibles que

sólo son posibles con la ayuda de Dios, y administradora de monasterios pobres en que hay que andar viendo todo el día cuánto se gasta en cocinar y cuánto se economiza en leña; mujer, en una palabra, que resume en la inmensidad de su obra y en la miseria material de su vida, los más opuestos atributos del ser humano. Es que la suya parece que fueran diez vidas por lo enorme de su contenido y la extensión y variedad de sus actos. Por eso, nada vence a su voluntad. Para cada enemigo, cada indiferente o cada amigo tiene un arma distinta o un halago particular. Sobre todo, tiene la grandeza moral que emana de adentro afuera en los nobles seres espirituales. Ante ellos el interlocutor o el espectador se sienten en presencia de un espíritu superior. Sus palabras, gestos o ademanes no son los de todos. Trasuntan una señal propia que los convierten en exclusivamente suyos. Santa Teresa debió ser así.

Escuchad este retrato que pintó su primer biógrafo, el P. Francisco de Ribera: "Era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa, y aun después de vieja parecía harto bien, el cuerpo abultado y muy blanco, el rostro redondeado y lleno, de muy buen tamaño y proporción, la color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración se le encendía, y se ponía hermosísima, todo él limpio y apacible: el cabello negro y crespo, la frente ancha, igual y hermosa, las cejas de

un color rubio que tiraba algo a negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco, sino algo llanas. Los ojos negros y redondos y un poco papajudos, no grandes, pero muy bien puestos, y vivos, y graciosos, que en riéndose se reían todos, y mostraban alegría, y por otra parte muy graves, cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad. La nariz pequeña y no muy levantada de en medio, tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo, las ventanas de ella arqueadas y pequeñas, la boca ni grande ni pequeña, el labio de arriba algo delgado y derecho, el de abajo grueso y un poco caído, de muy buena gracia y color; los dientes muy buenos, la barba bien hecha, las orejas ni chicas ni grandes; la garganta ancha y no alta, sino antes metida un poco; las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños al lado izquierdo, que la daban mucha gracia, uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y el tercero debajo de la boca". Yo, por lo menos, la veo en este retrato. Pero ¿qué es su retrato ante lo que fué su alma en la vida, en la lucha, en las obras, en los sueños, en la heroica voluntad de cargar sobre sus hombros la Cruz del Señor? Es la mujer prodigiosamente sobrehumana. Atesora la grandeza que puede hacer grande a un hombre, pero esplende en ella por ser perfectísima grandeza de mujer. ¿Acaso dejó de tener una sola condición femenina? ¿Aca-

so dejó de emplear una sola condición varonil? Su obra es a lo hombre en lo que hace. El espíritu de su obra es a lo mujer en la auténtica pureza de madre amorosa que pone al hacerla. Y el conjunto forma una unidad que asombra y encanta.

Santa Teresa se propuso encarnar en la vida la espiritualidad cristiana. Su regla es límpida. Yo la llamaría regla de oro. Dice: "Así que torno a avisar, y aunque lo diga muchas veces no va nada, pues importa mucho, que de sequedades, ni de inquietud y distracción en los pensamientos, nadie se aflija. Si quiere ganar libertad de espíritu y no andar siempre atribulado, comience a no espantarse de la cruz, y verá cómo el Señor le ayuda a llevarla, y con el contento que anda y el provecho que saca de todo. Porque ya se ve que si el pozo no mana, que nosotros no podemos poner el agua. Verdad es que no hemos de estar descuidados, para que cuando la haya, sacarla; porque entonces ya quiere Dios por este medio multiplicar las virtudes". Este pensamiento ilumina su vida y su obra. Enseñó a los hombres a no buscar el éxtasis en cada una de sus oraciones, pero, a perseverar, en cambio, a la espera del día en que Dios nos traiga de nuevo el agua al pozo del alma. Sólo así la vida se perfecciona en virtud de caridad. Es menester no afligirse cuando la emoción parece seca, cuando sobreviene la inquietud de no sentir, o la distrac-

ción que impide rezar un Ave María. Ese es, precisamente, el momento de ser fuertes. Los santos mismos se pasan los años, a veces, con el alma seca, y sufren. Pero sufren esperando y realizando la perfección de las virtudes. Lo mismo debe hacer el hombre. Si reza, y goza, es que Dios lo ayuda. Si reza, y no siente en sus oraciones la comunión con Dios, seguir rezando y seguir obrando el bien en el alma y en la vida, para que cuando el pozo seco vuelva a manar su agua, sacarla con el gozo de quien encuentra de nuevo el camino perdurable. Y si nunca debe manar ya, por lo menos queda la conformidad de someterse al designio de Dios. Son tres maneras distintas de alcanzar la espiritualidad cristiana por la vía natural de la purificación. Por eso se irrita contra las beatas que pervierten el sentido de la oración. Su oración es alegre. Se alza a Dios en agradecimiento de vivir. Para no citar párrafos sueltos de sus libros, acudiré a un resumen de uno de sus últimos biógrafos, el P. Crisógono de Jesús Sacramentado: "Contra el defecto de dar a la virtud un carácter tristón y sombrío, es bien conocida la actitud de Santa Teresa. Enemiga irreductible de los santos encapotados y cejijuntos, no podía sufrir que se pusiese la perfección en andar cabizbajo y en no moverse durante la oración, como si con el resuello se les fuera a ir la cantidad del alma. Alegría, libertad y amplitud de espíritu quería la

sublime reformadora en sus discípulos. El dolor y las asperezas dentro, para uno mismo; para los demas una sonrisa perpetua y espontánea". Tiene razón el carmelita descalzo. Aunque la Madre Teresa no hubiera escrito veinte pasajes contra la devoción triste, sombría, formulista, su vida de dolores y trabajos es un reproche permanente contra los que olvidan las palabras de Jesús en el capítulo sexto de San Mateo.

Su vida de dolores y trabajos es un himno de gloria a la alegría de vivir sufriendo por el amor de Dios. ¿Acaso no enseñan los Evangelios que Jesús pasó por el mundo, en el camino que llevaba a la Cruz, con el alma serena, la sonrisa en los labios, perfumada de ungüentos la cabeza, a pesar de no tener almohada donde reclinarla en las noches de su eterno cansancio? Santa Teresa fué igual en su pequeñez humana. Sufrió indeciblemente por realizar su obra y alcanzar la perfección, pero ningún dolor la privó jamás de la fortaleza del amor, que es el sustento vivo de la paz del alma. Por eso es grande en la memoria de los hombres, y santa en la acepción católica de la absoluta perfección espiritual. Sabía reír y estar alegre, porque sabía vencer el dolor y la hostilidad con la fuerza santificante de la purificación. Dios llenó el pozo de su espíritu con el agua viva que Jesús prometió a la Samaritana, y de su espíritu manó inextinguiblemente en adelante, arrastrando las almas, a

millones, en su corriente reconfortante y pura. Su sana alegría, su fuerza vencedora, su don de persuasión, el poder de su palabra, la riqueza de sus actos, ¿qué son sino un efecto de ese manantial de agua viva? Lo demostró en los veinte años que van de la fundación de San José a la muerte en Alba de Tormes el año 1582. Muchos y muchos veinte años de grandes dominadores de la tierra son hoy un nombre apenas, y a veces ni eso, en la historia humana. Los veinte años humildes de Santa Teresa viven todavía hoy, como manantial de agua viva, en millones de seres, como viven en otra medida sobrenatural los tres años oscuros y milagrosos de Jesús de Nazaret. Acaso ella misma no supo nunca que viviría en los siglos como una Santa de Dios. Recordad sus palabras: "Tres cosas han dicho de mi vida: que era, cuando moza, de buen parecer; que era discreta; y ahora dicen algunos que soy santa. Las dos cosas primeras en algún tiempo las creí, y me he confesado de haber dado crédito a esta vanidad; pero en la tercera nunca me he engañado tanto que haya venido jamás a creerla". No era un melindre suyo, ni una afectación. Los santos nunca creen ser santos, porque son los que más conocen la distancia infinita que hay de la perfección del hombre a la perfección de Jesús.

Lo que supo, sí, fué que el Señor estaba a su lado el día de su muerte, fortaleciéndola en

el dolor. Durante catorce horas la moribunda no dijo una sola palabra. Movía los labios en un soliloquio, que tal vez fué un diálogo con su alma, o tal vez un postrer arrobamiento. ¿Quién puede saber lo que hubo en el silencio absoluto de un alma como la suya? Para adivinar el contenido de aquellas inconmensurables catorce horas de agonía dulce y humilde, sería menester ser como Santa Teresa y haber vivido su misma vida. El rostro se emblanquecía cada vez más. Los dedos mantenían el crucifijo inmóvil sobre el pecho. A las nueve de la noche cayó el último minuto en el misterio eterno del tiempo que se va. Una luz venida milagrosamente a su carne iluminó por dentro las facciones con un resplandor sobrenatural. Los labios quedaron sonrientes y quietos. La paz de Dios descendía misericordiosamente a sus pobres miembros fatigados de tanto andar sin reposo por los malos caminos de la tierra y por la inmensa miseria moral de los hombres. Su misión quedaba cumplida. El tiempo diría luego a las generaciones si fué fecunda como una larga primavera, o inútil como la lluvia que cae en un erial de terrones secos.

El tiempo ya nos probó que su misión fué fecunda, hasta hoy, por lo menos, como una larga primavera. Cumplió apostólicamente el ideal que el Santo Padre Pío XI define en su Encíclica de 20 de Diciembre de 1935 sobre el sacerdocio católico, y que reprodujo, hace unos

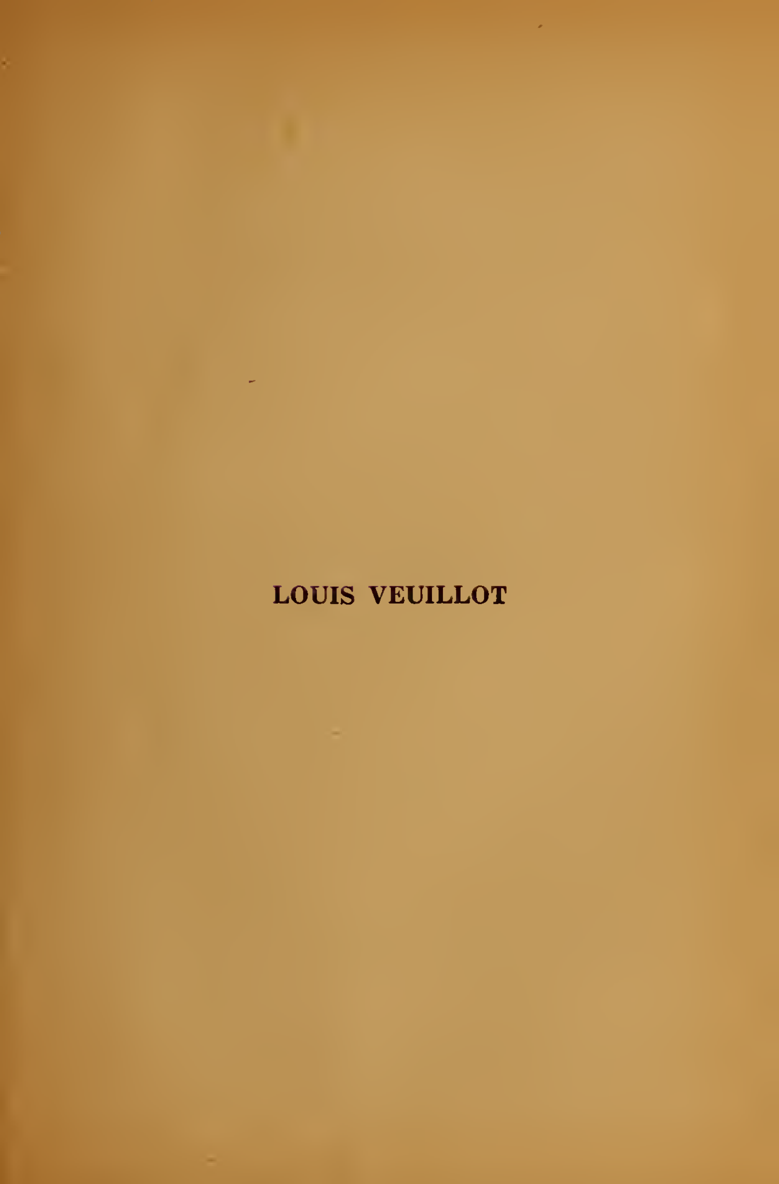
meses, en la Encíclica "Divini Redemptoris", demostrando cómo los males del mundo, en esta actual hora trágica de la humanidad, no pueden ser curados, ni evitados siquiera, con las leyes y contiendas de los hombres, sino por "una universal y santa cruzada de oración y penitencia". Teresa de Avila se fué de la vida confiando en que su obra de combate, oración y penitencia duraría en los siglos. No necesito demostraros que aún guarda esta milagrosa inmortalidad. El solo hecho de que vosotros estéis aquí comprueba que es todavía un manantial de espiritualidad cristiana. Más de uno estará en esta sala confirmándolo con su propia vida. Quizá en este instante siente en su corazón la presencia de la santa. Esta proyección de su espíritu en el tiempo es la más divina de las tareas humanas, pero la más difícil de todas, también. Para emprenderla es menester tener alma de héroe. Para realizarla es menester ser santo, porque la santidad es la suprema perfección del heroísmo. Santa Teresa fué lo uno y lo otro de una manera que sigue siendo un modelo vivo para todos los hombres de buena voluntad a quienes acaba de dirigir el Santo Padre de Roma uno de los documentos de más pavorosa significación que hayan conmovido la conciencia moral del mundo. Escribí mi conferencia para terminarla con estas palabras. Cumplido mi propósito, sólo me queda pedir a la

el dolor. Durante catorce horas la moribunda no dijo una sola palabra. Movía los labios en un soliloquio, que tal vez fué un diálogo con su alma, o tal vez un postrer arrobamiento. ¿Quién puede saber lo que hubo en el silencio absoluto de un alma como la suya? Para adivinar el contenido de aquellas inconmensurables catorce horas de agonía dulce y humilde, sería menester ser como Santa Teresa y haber vivido su misma vida. El rostro se emblanquecía cada vez más. Los dedos mantenían el crucifijo inmóvil sobre el pecho. A las nueve de la noche cayó el último minuto en el misterio eterno del tiempo que se va. Una luz venida milagrosamente a su carne iluminó por dentro las facciones con un resplandor sobrenatural. Los labios quedaron sonrientes y quietos. La paz de Dios descendía misericordiosamente a sus pobres miembros fatigados de tanto andar sin reposo por los malos caminos de la tierra y por la inmensa miseria moral de los hombres. Su misión quedaba cumplida. El tiempo diría luego a las generaciones si fué fecunda como una larga primavera, o inútil como la lluvia que cae en un erial de terrones secos.

El tiempo ya nos probó que su misión fué fecunda, hasta hoy, por lo menos, como una larga primavera. Cumplió apostólicamente el ideal que el Santo Padre Pío XI define en su Encíclica de 20 de Diciembre de 1935 sobre el sacerdocio católico, y que reprodujo, hace unos

meses, en la Encíclica "Divini Redemptoris", demostrando cómo los males del mundo, en esta actual hora trágica de la humanidad, no pueden ser curados, ni evitados siquiera, con las leyes y contiendas de los hombres, sino por "una universal y santa cruzada de oración y penitencia". Teresa de Avila se fué de la vida confiando en que su obra de combate, oración y penitencia duraría en los siglos. No necesito demostraros que aún guarda esta milagrosa inmortalidad. El solo hecho de que vosotros estéis aquí comprueba que es todavía un manantial de espiritualidad cristiana. Más de uno estará en esta sala confirmándolo con su propia vida. Quizá en este instante siente en su corazón la presencia de la santa. Esta proyección de su espíritu en el tiempo es la más divina de las tareas humanas, pero la más difícil de todas, también. Para emprenderla es menester tener alma de héroe. Para realizarla es menester ser santo, porque la santidad es la suprema perfección del heroísmo. Santa Teresa fué lo uno y lo otro de una manera que sigue siendo un modelo vivo para todos los hombres de buena voluntad a quienes acaba de dirigir el Santo Padre de Roma uno de los documentos de más pavorosa significación que hayan conmovido la conciencia moral del mundo. Escribí mi conferencia para terminarla con estas palabras. Cumplido mi propósito, sólo me queda pedir a la

Santa que perdone mi osadía de haber venido a hablar, con el único auxilio de mi sinceridad y mi amor, de quien excede, como ella, por su grandeza espiritual, cuanto pueden decir en su alabanza unos pobres labios como los míos.



LOUIS VEUILLOT

Louis Veuillot

A principios de 1848 vive en París un periodista que tiene ya dos hijas y espera el nacimiento de un varón. Se lo participa así a un amigo: "el próximo mes tenemos que preparar una tercera cuna. Ruegue usted a Dios que ponga un varón en ella, y sobre todo que le conceda la más alta de las vocaciones humanas. Que sea un sacerdote, y si es posible un religioso, y si es posible un misionero, y si es posible un mártir. Dios hará de él lo que quiera, y cuanto haga estará bien, pero nuestro primer varón ya le está ofrecido y consagrado en nuestros corazones, pues lo dedicamos a la cruz que salvó al mundo. Se llamará Pedro, para que crea, para que ame, para que su alma quede preservada de toda ponzoña herética".

En vez de un varón nació una tercera niña, y luego una cuarta y una quinta, aunque los padres seguían rogando por el nacimiento de Pe-

dro. Cuatro años después, en Julio de 1852, pierde la menor de las hijas, y en Diciembre a la esposa, que acaba de darle una más. En Mayo de 1855 muere la mayor, en Julio otra, y un mes más tarde una más. Ante una sucesión tan implacable de desgracias, los hombres, por firme que sea su fe, suelen a veces blasfemar de Dios. Este hombre, que ayer no más era feliz del todo, escribe a un amigo médico esta carta que os voy a leer:

"Mi querido Enrique. Agradezco tus palabras. Dios me envió una prueba terrible, mas lo hizo a la manera de un padre, misericordiosamente. Han penetrado en mi corazón más luces y consuelos que las lágrimas que lloré. La fe me enseña que mis hijas viven, y yo lo creo. Hasta me atrevo a decir que yo lo sé. Las contemplo en el cielo. Tengo la certidumbre que me ayudarán en lo que debo hacer para reunirme con ellas. Ante sus tumbas niego la muerte, niego hasta la separación. Sólo el pecado es muerte. Dolores como éstos encienden en el alma un fuego que la purifica, consumiendo al pecado. Jamás sufrí tanto, y jamás, también, sentí en mí serenidad más celestial. Dios obra con nosotros como tú procedes con tus enfermos. Les suministras amargos mejunjes; tajas, cortas, quemas para curarlos. La ciencia del Señor no es limitada ni falible. Acércate, mi querido amigo, a estas verdades divinas. Lo son todo, y el hombre no es

nada sino por ellas. Purifican la alegría, santifican el dolor, dan la solución de todos los enigmas. Si no las tuviera, arrojaría mi fardo, o quedaría aplastado bajo su peso. Con ellas, lo cargo. Si estuvieras aquí con nosotros, comprenderías lo que es la religión, viendo a mi hermana. Verías el colmo del dolor y el colmo del valor. Amaba a mis hijas como una madre. Tuvo que sepultarlas, y sus lágrimas corren desde entonces, pero no muestra al mundo sino un rostro sereno y sonriente. No estamos aplastados, sino de rodillas, pues no tenemos que hacer ningún esfuerzo para someternos a la voluntad de Dios, bendiciéndola y amándola.

"Adiós, mi querido amigo. Saludo fraternal a tu mujer, y te abrazo con toda la ternura de mi vieja amistad".

Yo no conozco en cuanto leí en mis años una página de igual sublimidad. Resplandece de la grandeza desmesurada y humilde que Dios presta a las almas que arden de amor por El. Es el grito de un corazón que sufre el mayor dolor de los dolores, mas lo profiere con serenidad casi sobrenatural. No habla así por ser un hombre manso, un hombre frío, un hombre que acaso piensa en el castigo del cielo por la impiedad de su vida o la maldad de sus obras. No. La suya es una tremenda voz sonora que clama en Francia, desde hace años, sin miedo de los grandes ni de los fuertes, contra los enemigos de Dios, con-

tra los ofensores de la Iglesia de Dios, contra los negadores de la verdad de Dios. Sus palabras suscitan el odio de unos y el amor de otros, porque es terrible en la polémica, ardiente en el combate, tesonero en el propósito, duro en el desprecio, mordaz en el sarcasmo, absoluto en la afirmación, gallardo en la apostura, tajante en la embestida, impávido ante el ataque, siendo además un magnífico escritor en cuya prosa el estilo brilla como un infalible instrumento de eficacia, belleza y persuasión.

Se llama Luis Veuillot. Nace el 11 de Octubre de 1813 en la aldea de Boynes, hijo de un pobre tonelero. A los trece años va a París como amanuense de un procurador, con treinta francos al mes. Para ganar unos céntimos más, se levanta al alba, a juntar arena en los malecones del río. De noche casi no duerme, pues lee cuanto cae en sus manos. Al poco tiempo su patrón le aumenta el sueldo. Escribe en los periódicos. A los diez y siete años es cronista de L'Echo de la Seine Inferieure, y gana fama de buen periodista. Una hoja del Sur, que sale en Perdigueux, necesita un redactor. Alguien propone a Luis Veuillot. El mariscal Bugeaud, uno de sus dueños, mantiene con el candidato este diálogo revelador: ¿Qué edad tiene usted? — Diez y nueve años. — Yo preferiría que usted tuviera veinticinco. Yo prefiero tener diez y nueve, contesta en seco Veuillot. La respuesta place al sol-

dado. Lo nombra redactor en jefe. Inmediatamente el escritorzuelo se transforma en escritor, por su sinceridad, su fuerza, su estilo, su vocación de polemista, su arte de revestir los argumentos de gracia y claridad. Antes de cumplir los veintitrés años, lo llaman a un diario de París. Para otro esto sería el camino de los triunfos. Veuillot no se halla cómodo en él, y lo abandona, prefiriendo andar con desgana de diario en diario, porque ninguno es conciliable con su altivez.

Aunque todavía no se ha convertido al catolicismo, ya siente en su espíritu la inquietud de toda vida humana que carece de un ideal trascendente. Es el trabajo oculto de la fe que se inicia socavando, en la mente del hombre a punto de ser tocado por la gracia, los cimientos de la falta de fe. La invitación casual a un viaje, lo lleva a Roma. Dios lo ilumina, y comulga una mañana de 1838, cuando apenas tiene veinticinco años. Ese día su vocación se consagra a un ideal que no tendrá en su vida una sola pausa, ni una sola claudicación: la defensa del catolicismo en obediencia absoluta a los principios de la Iglesia de Roma. Desde el momento que accede a la fe, su fe es completa. Descarta todo inútil problema dogmático. El dogma existe, y basta. Su único intérprete es el Papa que habla infaliblemente, bajo la inspiración del Espíritu Santo. Dios, y no el hombre, es la medida de todas

las cosas. Sus actos, en relación con nuestra vida, obran siempre en nuestro bien, aun en los momentos en que nos parecen incomprensibles. Esta manera de comprender y practicar la fe aclara el sentido de las cartas que os he leído sobre el hijo que está por nacer y sobre las hijas que acaban de morir.

Concluído en Roma el proceso espiritual de la conversión, Veuillot pasa un tiempo de prueba en Friburgo. Vuelve a París. Escribe libros en que su fe aspira ya a evangelizar. En 1840 ingresa en L'Univers, diario católico, en el cual antes había escrito. El gobierno de Guizot lo envía en comisión a Argelia, donde pasa varios meses al lado del general Bugeaud. Se reincorpora a L'Univers en 1842, consagrándole desde ese momento las horas de su vida, los frutos de su inteligencia, las esperanzas y ambiciones del alma.

Francia vivía, bajo el régimen de la burguesía liberal, una de las épocas de mayor decaimiento religioso. La política era la única preocupación de hombres y gobiernos. El catolicismo no influía en nada, por no ser elemento de elecciones ni de revoluciones. El clero, galicano en buena parte, no veía con agrado la influencia de la Santa Sede. El liberalismo doctrinario proclamaba el dogma democrático de la libertad; mas la libertad de los católicos, prácticamente, se limitaba a la esfera del culto, sin amparar tam-

bién, como debía ser, la libertad de enseñanza establecida en la Carta de 1830. De esta contradicción entre los principios y la realidad social, entre lo que exigían las tradiciones de un país católico y lo que los hombres de fe combatiente se veían forzados a soportar, surgió en unos pocos individuos la necesidad de afirmar enérgicamente los derechos de la religión.

Mas ¿cómo afirmarlos? Unos, como Lamennais, Montalembert, Lacordaire, erraron de entrada el camino. El Papa los llamó a silencio. Lamennais se sometió, pero quedó herido. Años después acabó en rebelión contra la Iglesia. Otros eran católicos legitimistas, católicos liberales, católicos indiferentes a la situación social de la religión, católicos que anteponían los derechos del Estado a los derechos eclesiásticos, católicos transigentes, católicos ansiosos de una paz que les conservara, por lo menos, la tolerancia de los enemigos, aunque fuera a riesgo de concesiones en que es maestra la debilidad moral. En hora tan grave, Luis Veuillot asume la jefatura de redacción de L'Univers.

En el acto define su pensamiento de un modo nítido y cabal, coincidente con la opinión de los buenos católicos franceses. Dijo en su manifiesto inicial:

"No nos proponemos anticipar el juicio de Dios sobre los problemas que hoy se debaten, ni forzar lo porvenir para arrancarle secretos que

serán esclarecidos nada más que cuando deban serlo. Sin embargo, despojados de toda prevención contra opiniones leales y permitidas; persuadidos de que lo que hay de honesto y legítimo en el desorden presente hallará su lugar en el orden futuro, asentándose por sí mismo, nosotros no somos totalmente hostiles sino a la fuente radical del desorden, que es la impiedad, la depravación de las doctrinas, el espantoso envilecimiento de las costumbres. Justos con todos, sometidos a las leyes del país, devotos de las ordenanzas de la Iglesia, libres y cristianos, reservamos nuestros homenajes y nuestro amor sólo a la autoridad digna de nosotros, que apartándose de la anarquía actual, dé pruebas de pertenecer a Dios por ir hacia los nuevos destinos de Francia, con una cruz en la mano".

La vida entera de Veuillot está contenida en estas palabras. Ni una vez dejará de cumplirlas en su contienda de años contra amigos y enemigos. Las sirvió como un apóstol indomable y sereno de la verdad. Sus polémicas, en el seno del catolicismo francés, jamás se debieron a otra cosa que al modo categórico y cabal con que Veuillot planteó el problema religioso en una nación como Francia, donde el pueblo es casi todo católico, y donde la política de los hombres de gobierno, muchos de ellos católicos también, es velada o francamente anticatólica desde hace más de siglo y medio.

El espíritu de Veuillot era generosamente rico. Dios lo colmó de dones y virtudes, que él consagra a la Iglesia por entero. En los cuarenta volúmenes de sus obras completas no hay una palabra, ni aun en las íntimas efusiones del amor o la amistad, que no sea de fidelísima obediencia a sus deberes de periodista cristiano. Tal vez no haya otro ejemplo de un gran artista que no quiso ser sino periodista cristiano, pudiendo haber sido un gran escritor, en la más alta acepción del término, por la nobleza de sus emociones, por la tersura y la gracia de su sintaxis, por el arte de saber dar a las palabras el encanto de una música y la precisión acabada de su ajuste a una idea o a una sensación. Si hubiera tenido una virtud menos fuerte y recta, poniendo su magnífico genio verbal al servicio de las filosofías demagógicas o ilusas del siglo XIX, tan fáciles de simular por los aventureros de la política, su fama igualaría hoy más de un renombre universal en su patria y en el mundo.

Veuillot supo siempre que era un gran escritor, pero asumió la empresa de ser nada más que un soldado de Dios. Dice en 1867: "En literatura, la vía católica, la única honorable, es muy laboriosa porque no produce ganancias, y muy peligrosa, porque no da gloria". En 1865, escribe: "Sostengo que vale más obrar a lo cristiano y morir en el hospital, que hacer otras cosas, aunque no sean criminales, y llegar a sena-

dor". Ya lo había expresado en 1858: "L'Univers se propone hacer conocer la Santa Iglesia romana, para que la amen. Quien no ama verdaderamente a la Iglesia no ama verdaderamente a Dios. Este es el mal de nuestros tiempos". ¿Fué la suya ceguera de sectario? No. Escuchad esta espléndida declaración: "El único fin de L'Univers es servir a la Iglesia. Uno lo realiza olvidándose por completo de sí mismo, y contentándose con las recompensas que serán distribuídas el día del juicio final".

Supo bien lo que hacía pues, cuando puso al servicio de la Iglesia, en la dirección de L'Univers, con un sueldo mezquino, su vida y su obra. Era pobre, cargado de familia, rico de un gran talento. Entre el aplauso remunerador de la muchedumbre y la defensa de su fe, escogió el camino peligroso y obscuro de estar siempre en contra de los personajes de la crítica oficial. Todos ellos, en vez de alabarlo como lo harán después un Jules Lemaitre o un Paul Claudel, lo insultarán cuarenta años con el mote de rata de sacristía. Veuillot se conformó con pedir a Dios la gracia única de obedecer cada vez más y de amar cada vez más a la Iglesia en su doble aspecto de institución divina y de magisterio social. Su desprecio por la fama asombra, cuando uno sabe lo que pudo alcanzar a ser, de enderezar la inmensa mole de su producción a cualquier otra actividad literaria.

Lo demuestran los cuarenta volúmenes que se están publicando de nuevo en Francia en estos años. Muchos son de un valor sobresaliente. Para admirar el vigor, la altura, la riqueza de su genio y la perfección técnica de su pluma, basta leer Ca et la, Le parfum de Rome y su maravillosa Correspondencia. Es pintor de retratos vivos y de cuadros de vasta composición. Hace brotar un alma de la apostura y la fisonomía. Escudriña el fondo de las conciencias, la raíz oculta de los actos, la trama de las apariencias y subterfugios sociales, el tejemaneje de las costumbres, y sabe ver y acendrar el paisaje, la luz, las sutiles correspondencias de las cosas. Es un poeta que escribe en prosa severa y prudente, a la manera de los maestros franceses del siglo XVII. Su frase es nerviosa, moderna, casi actual, rica en inflexiones, dócil a las necesidades del tema, ajustada a un régimen sintáctico que excluye casi la vulgaridad del adjetivo. Extrae su abundancia de efectos y matices del solo empleo de sustantivos y verbos en lúcida trabazón verbal.

Su obra entera es literatura de combate. La historia del catolicismo francés, entre 1840 y 1880, está vinculada a su nombre en todas sus polémicas, afirmaciones y triunfos.

Yo no puedo resumir su vida y sus obras. Si lo hiciera transformaría mi conferencia en un repertorio de citas, fechas y acontecimientos. Fué

tanto lo que hizo, combatió y escribió, que su mejor biografía consiste en decir cómo actuó en la vida y no cuáles fueron sus hechos más significativos. En un paladín de ideas, a lo Veuillot, los hechos solos nada valen sin el conocimiento del espíritu que los inspira. Hablaré más de su espíritu que de los episodios sociales en que tuvo ocasión de intervenir.

En 1856, Monseñor Parisis, obispo de Arras, cuando todas las fuerzas enemigas de la Iglesia, unidas a algunos católicos franceses, eran hostiles al diario de Veuillot, definió con estas palabras la importancia de L'Univers: "lo que yo defiendo no es un diario, sino una gran institución católica". Fué un acto de justicia que tuvo gran trascendencia espiritual. El hombre que la mereció en años de obstinada contienda, que antes y después fué defendido también nada menos que por el Papa Pío IX, debió tener buena riqueza de atributos espirituales y valores morales para poder triunfar solo contra tantos y tan eminentes enemigos. El estudio de su personalidad constituye, pues, el elemento principal de su biografía. Voy a desentrañarlo de sus propias palabras, para que ilustre mejor la parte que tuvo en la orientación del movimiento católico en Francia. De ese modo amparará con sus cualidades más típicas la insuficiencia de mi interpretación. La conducta de todo hombre proviene de lo que podríamos llamar el prin-

cipio vital de su personalidad creadora y actuante, esto es, lo que forma la fuente de su unidad psicológica, temperamental y sensible. Veré si consigo penetrar el secreto de la suya, a través de su manera de encarar la relación entre su ideal y sus actos. Seré un poco desordenado, a la fuerza, pues debo extraer de diversos atributos el tipo prevalente que los resume armoniosamente a todos.

Veuillot no conoce otro modo de ser católico que la lucha permanente contra el anticatolicismo. Apenas en sus comienzos, escribe en 1843: "Para la seguridad de un templo, temo menos a los furiosos que quieren echarlo abajo, que a los fieles que no piensan sino en su provecho en presencia de ese peligro. Los verdaderos destructores de la Iglesia son los que no la amurallan con su cuerpo, los que no se hacen matar a sus puertas por la menor de sus prerrogativas". La frase es tajante. Cualquiera puede escribirla, si escribe bien. No todos pueden vivirla cabalmente, como Veuillot lo hizo cuarenta años. ¿Qué otra cosa sino eso fué su vida? Donde una voz o un acto se levantaron contra la Iglesia, él se alzó enfrente de ellos, sin medir jamás las fuerzas o las armas del adversario. Su ataque era entonces repentino y total. Siempre iba de frente, en la límpida claridad de su prosa. Odiaba los caminos de soslayo. Su verdad era absoluta como la idea de Dios, que no admite la atenua-

ción del interés o del miedo. Dice en otra carta de ese año: "¿Qué es lo que se debe hacer? En primer lugar, orar al buen Dios. Pedirle, como única gracia, que nos deje amarlo locamente, sin ninguna clase de prudencia ni de razón en lo que nos concierne a cada uno. Aceptar la cruz, las afrentas. Solicitarlas. Prepararnos a no temer nada. No jurar siquiera que alguna vez no nos aplicaremos unos disciplinazos. En lo que concierne a nuestros hermanos queridos, adoptar inmediatamente las medidas necesarias para que los muelan a golpes, pues es la única manera de que se defiendan y se acuerden de que forman en este mundo la Iglesia militante y no la Iglesia aplastada". La frase revela su constante apostura en la vida. Lo bueno y lo malo existen, para él, nada más que en la medida de su aproximación o alejamiento de la verdad absoluta, que es la Iglesia de Dios.

En el concepto del mundo que tiene Veuillot, la Iglesia no debe transigir jamás con el error, la impiedad, la mala fe, porque ni ella ni el buen católico pueden tener miedo de perder lo terrenal si aspiran verdaderamente a lo divino. Veuillot vitupera más el miedo del creyente que la impiedad del ateo. Este, por lo menos, ignora que tras los goces de la vida está la tremenda justicia de Dios. El creyente temeroso y manso vive en la increíble contradicción de saber que hay un Dios y de temer menos a Dios que

a su miedo de mostrarse cristiano en las obras de heroico valor moral que exigen los dogmas de su fe. Por eso escribe en 1861: "No es en sus bajos fondos donde se ve lo innoble y espantoso de la sociedad actual, sino en sus alturas. Son los que no son fieles, y no los que son incrédulos, los que atraerán la cólera de Dios". Por eso quiere que se muela a palos a los católicos tímidos, para que no se olviden de que forman la Iglesia militante y no la Iglesia inerte y mansa. Es uno de sus temas favoritos. Un año antes escribió: "Es menester orar y pedir a Dios la gracia de no ser cobardes. La gran enfermedad de nuestros tiempos es la cobardía". La frase es dura, pero él sabe por qué la dice. Hace veinte años que viene librando su batalla contra los enemigos de Dios, y muchas veces su mayor trabajo fué convencer a sus hermanos en la fe que el medio mejor de ser vencidos siempre, es viejo como el mundo. Consiste en no querer irritar al adversario, por injusto o infame que sea, para que no nos pegue más y nos deje vivir de lástima. Veuillot no concibe esa ignominia. Tal vez recuerda que antes de llegar a la Iglesia estuvo lejos de sus altares, precisamente porque no lograba convencerse de que fuera divina una institución que tolera en su seno a muchos que proclaman a Dios con la boca y niegan a Dios con los actos, pues demuestran no temer su cólera o esperan adularla como adulan a los hombres

poderosos a quienes temen. Oíd unos párrafos de la carta que escribe en 1862 a un publicista italiano: "Continúe V. en estos útiles y valientes trabajos. Desafíe el temor, la multa y la prisión. Si a su lado hay algunos hombres como V., V. valdrá más que un ejército. Todo le saldrá bien y sus derrotas serán victorias. Si me es dado aconsejarle algo, le aconsejo que esté siempre en la verdad, a cualquier riesgo, hasta el riesgo de la impopularidad. En este tiempo de abierta rebelión o de traición oculta contra todas las verdades, nosotros debemos tener el coraje de afirmarlas todas juntas. No aflojemos en nada; no abandonemos ni descuidemos ninguna con el propósito de conseguir partidarios. Esto es, a mi juicio, lo que Dios quiere de nosotros. Después hará triunfar las verdades que hayamos defendido, las verdades que no podemos defender eficazmente sino confesándolas y honrándolas en alta voz. No hay límites en el camino de las concesiones. Nos debilitamos a nosotros mismos sin satisfacer jamás a los adversarios de mala fe. Siempre quieren el abandono total de la verdad, aun en los momentos en que su política no ataca sino a una parte de ella. Los católicos no logramos constituir un verdadero cuerpo sino cuando defendemos el cuerpo entero de la verdad. Porque nunca pueden ser unánimes, el primer efecto de las concesiones es dividirnos entre nosotros, hasta que

muy pronto se nos reduce a la impotencia. Esto es lo que nos ha perdido en Francia".

Así fué y obró Veuillot. No en balde había comprobado, a su ingreso en el catolicismo, que la transigencia de los que siempre ceden esperando apaciguar al enemigo, sólo sirve para que el enemigo exija más y consiga más. Un amigo le escribe en 1868 que quiere entrar en el periodismo católico. Veuillot contesta: "La carga es pesada. Hay un medio de aliviarla, y es llevarla sin esperanza humana, por el solo amor del triunfo futuro de la verdad. Todo lo que sugiere el espíritu de las concesiones, es embarazoso y abrumador. La calamidad del mundo es la disminución de la verdad. De eso está muriendo. La verdad no comunica sus fuerzas a quien la disminuye. Cuando uno quiere recoger cosecha es menester sembrar el grano entero".

Veuillot combatió sin esperanza humana. Es la grandeza y la belleza de su vida. Todo lo dió. No tuvo miedo, confiado en la verdad absoluta del catolicismo en su significado sobrenatural. Pudo ser una eminente figura de Francia por los muchos atributos que Dios derramó en su espíritu, y que pocas veces se juntan en un solo ser humano. No lo quiso, por cumplir el mandato del Señor: "ninguno puede servir a dos señores". Se sometió con la alegría en el alma, sin hacer mérito del sacrificio. Escuchad esta carta de 1860. Acordaos que pocos años antes

había perdido a su mujer y cuatro hijas. "Es cierto que parezco defender una causa perdida. Nadie me ahorra injurias ni burlas. Yo sé que la causa es inmortal y triunfará un día. Sea lo que fuere, es dulce compartir su aparente derrota, siendo fiel hasta en medio del pretorio, hasta el pie de la cruz, hasta las puertas de la tumba. Si la causa de Dios debe perecer ¿qué hay de más grande que desear perecer por ella y con ella? En cuanto a las injurias, carezco de mérito afrontándolas, pues no me resiente ninguna. Me inspiran apenas el sentimiento que provocarían la lluvia y el barro si tuvieran la presunción de impedirme ir a misa. Paso tranquilamente en medio de eso, sin pensar en eso. En cambio, las simpatías que despiertan hallan el camino de mi corazón. Gozo de ellas deliciosamente. Pocos hombres en el mundo son tan felices como yo. Tengo la dicha de amar la verdad, y tengo la aprobación de los justos. El resto es la carga ordinaria de la vida. Mucha gente la lleva más pesada por un fin menor, y sin gustar los mismos consuelos ni recibir los mismos socorros".

Esto no es un pieza de literatura. Veuillot se pinta como era. A un amigo que le transmite una infame calumnia de Víctor Hugo contra él, Veuillot contesta en 1853: "Cuando la gente me insulta, yo, felizmente, no les guardo resentimiento. Pueden hacer lo que quieran. Siempre me tendrán de adversario, nunca de enemigo".

Sin embargo, tiene fama de hombre acre, ponzoñoso, cruel. Por conocer a fondo su vida y su obra, yo afirmo que es falso. Veuillot era entrañablemente bueno. No hay una frase de odio en su correspondencia. Sus enemigos urdieron su fama. Fué un astuto medio de defensa. Cada vez que injuriaban la religión, sabían que al día siguiente saldría en L'Univers el artículo vengador de Veuillot, cimbrante como un látigo, sonoro como una bofetada, penetrante y fino, escrito en elegante prosa clásica que hiere más y duele más que la prosa plebeya y torpe de los insultadores de profesión. No siendo capaces de hacerlo callar le inventaron leyendas de ferocidad para dañarlo. El sistema es viejo como el mundo. Hasta hoy mucha gente ingenua cree que tenía el corazón duro y el hígado enfermo. Y no es verdad. Veuillot no tenía la prudencia de los cobardes, que encubren su odio con miel de veneno, que retratan sin nombrar, que tiran la piedra y esconden la mano. Veuillot era el perfecto caballero de las letras. Peleaba con la visera alta, para que le vieran el rostro, mas nunca lo hizo en causa personal. Su única inspiración fué la defensa del derecho que tiene Dios a no ser insultado impunemente, ante el silencio de un pueblo de treinta millones de católicos impasibles.

Por eso, cuando los católicos quedaban impasibles ante algo que hería la substancia o

la forma de la religión, Veuillot no temía guerrear contra ellos con el mismo ardor que empleaba en su defensa, cuando obraban bien. Sobre esto escribió en 1856 una carta que revela su psicología de combatiente y la pureza de los motivos que lo forzaron siempre a combatir. Era en lo más fuerte de la lucha que le llevaron algunos católicos eminentes, ciertos altos dignatarios de la Iglesia, entre ellos el arzobispo de París, y plumas de pasquín, de las que se venden al mejor postor. De todos lados lo atacan con furia, y él responde enérgicamente a todos. En tal momento escribe a un amigo: "Un deseo del Santo Padre bastaría para hacerme callar, yéndome de esta lucha en una paz profunda y alegre. Pero todas las conjuraciones del mundo no podrán obligarme al silencio, pues cuando me hayan cortado las manos será menester, además, quebrarme los dientes. Yo no estoy cansado todavía, y nadie me cansará".

Así era Veuillot. Altivo como un paladín, obediente como un soldado o un monje. El jefe de Veuillot es el Papa de Roma, y nada más que él. Jamás discutirá lo que el Papa mande, pero, mientras no le diga que obra mal, Veuillot creerá que obra bien, por obrar de acuerdo con su conciencia de católico total. En 1857 el Arzobispo de París le asesta un golpe en una advertencia pública. Es casi una excomunión a su diario. Veuillot escribe a su mujer: "espero

con tranquilidad. Si el Papa nos condenara también, entonces deberíamos bendecir a Dios, porque viéndonos en error se preocupó de advertirnos y sacarnos de él". En ningún caso violó esta norma de conducta. La controversia con los católicos lo llevó varias veces al Tribunal del Papa. El Papa Pío Nono le dió la razón todas las veces. Sólo en una circunstancia política se la negó en 1872. En el acto se sometió sin una queja, aunque sí con una doliente amargura, que brota de sus cartas como un suspiro de alivio. Pudo hacerlo porque su vida parece resumirse en estas palabras escritas pocos años antes de su muerte: "La derrota nada importa a los que tienen la certidumbre de revivir y no quieren ser vencidos. La gran sabiduría del hombre consiste en no sentir su miseria y en no desesperar".

Veuillot no desesperó jamás. Confió en el triunfo de la Iglesia, a pesar de ver, a medida que pasaban los años, cómo disminuía la fortaleza moral de los católicos, conquistados por el liberalismo, y cómo aumenta la audacia de los demoledores de la religión. Lo expresa a veces proféticamente. Dice en 1852: "el liberalismo es la mentira. Nos engañó como niños. Pero nos vengará en forma cruel, primero a expensas nuestras, y luego a las suyas". Ya esto está sucediendo en el mundo, señores, como bien lo sabéis. Antes, había escrito en 1844: "teníamos

razón en decir que la humanidad estaba madura para catástrofes inmensas, pero no pensábamos en cuánta razón teníamos. Ya viene el gran arado que pasa, derribando nuestros pequeños edificios, aunque abriendo, también, inmensos surcos para la vida eterna". Es una frase magnífica, iluminada de noble esperanza humana. He aquí otra carta de 1861, que parece escrita hoy: "el aspecto del mundo es triste y execrable. Los países que eran buenos, y lo continúan siendo en cierto sentido, declinan rápidamente. La gente va a misa, se confiesa y comulga, pero cada uno es, socialista en primer lugar, en segundo imperialista, y sólo en tercero cristiano. La policía, los diarios, las carreras, los figones hacen un mal incalculable. Ya no quedan cabezas. El género humano ya maduró para el despotismo, y será atado como una bestia de carga en provecho de algunas bestias de presa". Y esta otra de 1860: "Nuestros tiempos son la vergüenza de la humanidad. Anuncian la próxima caída de la civilización. Ya no dispone sino de instrumentos materiales, que no le servirán sino para envilecerla en proporciones inauditas, a punto tal que la barbarie pura llegará a ser una felicidad comparada con el orden en que vivirán nuestros hijos".

Por más que éstas son frases pesimistas, el pesimismo de Veuillot se refiere al momento en que vive. Su fe en Dios es demasiado grande, pa-

ra creer que el mal es eterno. Afirma que sólo la verdad ha de curarlo, en la medida que Dios permita. Dice en 1851: "Ya no queda sino deplorar la situación de una sociedad que necesita que se le griten verdades de esta naturaleza, que no alcanza a entender. Nada importa. Siempre hay que decir la verdad. Realiza, por lo menos, conquistas individuales, y entre los individuos a quienes llega, puede hallarse quizá el joven que será un día el conductor de los destinos públicos. Esta es mi esperanza". Su esperanza, como se ve, es luminosa, y anticipa lo que está realizando en el mundo la Acción Católica, apostolado laico de la Iglesia. Sobre ello escribe esta carta en 1853 al conde de La Tour: "Rezaremos juntos, pediremos a Dios que nos dé el verdadero valor y la firme fe de los cristianos, para quienes no hay otro bien en la vida que cumplir amorosamente la voluntad de Dios. ¡Qué grandes seríamos si fuéramos lo que Dios quiere y lo que nos da ocasión de ser! Después de todo las tumbas abiertas en nuestro camino son los peldaños de una escala que termina en el cielo. Miremos el fin con confianza. No nos descorazonemos, y sea cual fuere el esfuerzo a sobrellevar, subamos hasta Dios". Por último cuando las tropas italianas desposeen al Papa de su poder temporal en Roma, cosa que entonces pareció a muchos la crisis de la cristiandad, Veuillot escribe sobre Pío Nono estas soberbias palabras

que sonaron como las notas solemnes de un himno en la conciencia de los pueblos católicos que presenciaban el hecho indiferentes y fríos: "Salve magnífico anciano, que fuiste fiel hasta lo último a Aquél que te envió y a aquéllos a quienes fuiste enviado. No traicionaste a tu Dios, ni a tu misión, ni a nuestras almas. En ti tenemos la gloria del combate, el honor de la derrota, la dignidad de la muerte, la certidumbre de la resurrección. Nuestra voz, que pronto enmudecerá quizá, te saluda por vez postrera. Nuestros ojos y nuestros corazones te revisten de admiración, de gratitud y de amor. Ojalá te contemple y se compare con tu majestad este coro cobarde de reyes y jefes del pueblo, que se envanece de haberte arrebatado la dirección del género humano. Se cree libre de ti. Tú hiciste lo que era necesario para vencerles, y lo que tú realizaste, los vencerá. Duerme tranquilamente, en medio de la tempestad, sol de nuestros días. Tú serás mañana el sol que nace".

Yo no sé, señores, si he logrado pintar a fuerza de toques de su propia pluma, la fisonomía espiritual de Luis Veuillot. Mi tarea es difícil. El modelo, además de ser rico en atributos, es un hombre que vivió en incesante actividad creadora, docente y combativa. Fueron cuarenta años de esfuerzo y acción, aunque su vida forme apenas una sucesión de hechos sin detonante trascendencia social. Cualquier advenedi-

zo de la política, cualquier buscador de aplausos, cualquier periodista de grandes frases y actos mezquinos, cualquier escritor escandaloso, cualquier orador de muchedumbres engañables, tiene una historia externa más conocida y abundante que la suya. Ni siquiera fué uno de los cientos de miles de diputados o uno de los miles de ministros que tuvo Francia en sus enredos democráticos de un siglo. Los diccionarios en que figuran centenares de escritores que no merecen desatar la correa de sus sandalias, dedican a Luis Veuillot unos cortos párrafos en que casi siempre se menciona la violencia de sus palabras, la intransigencia de sus opiniones, la intolerancia de sus juicios, la brusquedad de su conducta. Es todo lo que saben de él los hombres de hoy, y lo que dificulta mi propósito en esta conferencia. Por eso, en vez de estudiar su obra y sus combates, vengo a hablaros del hombre por dentro. Si su historia fué nada más que una larga guerra de palabras, su espíritu fué de una enorme riqueza y de una increíble unidad moral.

De haber sido socialista, radical o católico liberal, Veuillot hubiera alcanzado la cumbre de los honores y tendría estatua en París, porque ningún periodista tuvo en Francia una pluma tan perfecta, clara, flexible y dócil a la expresión del sentimiento o la idea. Emilio Augier, un escritorzuelo de quien nadie se acuerda, aunque

lleven su nombre una calle y un bulevar de París, quiso burlarse de él atribuyéndole funciones directivas en la Iglesia. Veuillot escribió en 1862: "Me acusa de querer representar el papel de cura, y aun de obispo. Me concede más de lo que yo merezco. Nunca me propuse otra cosa que desempeñar la tarea del criado de sacristía que hace callar a los que hacen ruido y echa afuera los perros para que no se perturbe el oficio divino". Por cierto que lo hizo a conciencia. Todo el que atacó a la Iglesia, en la menor de sus prerrogativas, tuvo que vérselas con Veuillot. Todo católico que quiso conciliar la verdad eterna de los dogmas con la política ocasional o con los intereses transeúntes de los individuos, fué advertido por Veuillot de que la verdad absoluta no debe transigir con las ideas de los enemigos de Dios. Pero nunca fué a herir a nadie en su vida privada, ni se alzó contra un dignatario de la Iglesia, ni siquiera cuando éste persiguió a Veuillot con la difamación o el ataque injusto. En ocasión dolorosa del año 1853 escribe a su hermano: "El Cardenal Antonelli está indignadísimo contra el arzobispo (de París). Dice que lo que hace (conmigo) es monstruoso y extravagante, pero, agrega que si yo apelo se sentirán (en Roma) muy molestos. Mi sacrificio llega al punto de tener en cuenta esa debilidad. Si quieren recibir mi apelación, apelaré. En esa forma quedaremos justificados. Si

me exigen que no apele, no alcanzo a ver que haya término medio entre una defensa pública mía, que cubrirá de ignominia a dos o tres obispos y una retirada voluntaria mía, que remita a Dios la causa de nuestro honor. Tengo ya resuelta esta última solución. Yo no vine al mundo a batirme con obispos. Prefiero dejarme aplastar que derrotar a semejantes enemigos con armas que cualquiera podrá emplear contra la religión, y que son de un uso muy delicado".

Veuillot queda pintado en estas frases. Es un invulnerable valor moral, porque su fe sabe que: "en la vida no hay sino una sola alegría, y es la alegría que está fuera de la vida". Escuchad lo que escribe a un sacerdote, cuando ya se siente viejo y enfermo: "Estamos hechos para soportar la injusticia durante un tiempo, pero la injusticia no está hecha para alejar de Dios. Dios está aquí. Lo vemos y no nos dejamos abatir. El primer cristiano que perdió su pleito fué San Esteban. Lo mataron. Al caer dijo: veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre sentado a la diestra de Dios. Desde entonces sucedió siempre lo mismo. Desde entonces San Esteban vive imperecederamente. Nuestros tiranos y verdugos son unos torpes. Los golpes que mejor preparan acaban de caerles encima en fin de cuentas. Cuando nosotros confesamos la fe en Dios, no estamos diciendo cosas que el hombre pueda eliminar. Nada pueden suprimir, ni suspender na-

da, tampoco. La muerte no les obedece. Si la envían, pierde todo su poder. La muerte entierra un grano de trigo en el suelo, y de él sale una espiga. Entre los testigos que presenciaban conformes el martirio de Esteban, estaba un hombre que después fué Pablo. Buen negocio hicieron los verdugos". Escuchad otro argumento de fortaleza que emplea con su sobrino en 1875: "Nobleza obliga. Llevas un nombre noble. Haz con gallardía lo que tu nombre te impone. Es necesario que un Veuillot pase dondequiera con la cabeza en alto, como un cristiano de guerra. Se llega a merecerlo obedeciendo. Tu padre y yo quisimos ser, ante todo, hombres obedientes. Obedientes a Dios, entiéndelo bien. Sólo esta obediencia preserva de los abominables servilismos a que fué condenada la especie humana por la desobediencia a Dios. Tú sabes que la gran frase del diablo fué: "yo no obedeceré, **non serviam**". Desde entonces el diablo ha sido el mentecato eterno". Y he aquí las palabras solemnes de la última carta que su mano impotente escribe en 1879, tres años antes de morir: "Creo que ya no puedo trabajar más, y que mi hora se aproxima. Me faltan las fuerzas. Mi jornada duró cuarenta y cinco años en L'Univers, y entre todo casi cincuenta. Soy un viejo obrero. Entré en L'Univers en 1838. Venía de Roma, donde encontré a Dios, me incorporé a la Iglesia, y cambié mi vida. Hice entonces mi primer

juramento. Gregorio XVI lo recibió. Jamás hice otro, y nunca falté a ése".

Veuillot fué obrero de esa única labor. Adoptó la profesión de cristiano de guerra. Ajustó a su medida humana la inconmensurable afirmación de Jesús: "no tenéis que pensar que yo haya venido a traer la paz a la tierra: no vine a traer la paz sino la guerra". Desde que comienza a escribir para Dios, los católicos de Francia están con Veuillot o contra Veuillot. Cada día levanta clamorosas aprobaciones y enérgicas resistencias, porque siempre se sitúa en lo más alto de la posición afirmativa que Jesús impuso a todo hombre: sí, sí; no, no. Veuillot no concibe que el cristiano de Francia, acosado de enemigos, pueda decir que sí cuando debe decir que no. Menos concibe que la Iglesia de Dios tenga necesidad de ser galicana o liberal para que los enemigos de la fe la dejen vivir tranquila. Y como hay quienes eluden un no con un sí, y hay quienes no acatan la autoridad total del Pedro que está en Roma, y hay quienes quieren que el Papa sea nada más que un símbolo de una jerarquía no vivificada por la autenticidad y la infalibilidad del Espíritu Santo, todo "sí" de Veuillot y todo "no" de Veuillot suena como voz de guerra, aunque sólo versen sobre una menuda cuestión extraña a intereses inmediatos. Es que en materia espiritual nada es menudo para el católico auténtico, porque todo está

en conexión con la base sobrenatural de la Iglesia de Roma. Veuillot lo entendía así, afirmándolo de un modo que forzaba al tibio o al adversario a definirse en favor o en contra de su manera trascendente de plantear el problema. Los católicos más o menos liberales o galicanos no podían callarse, porque el silencio hubiera sido aceptación, y no podían declarar su opinión contraria, porque atentaba a la primacía espiritual de Roma. La polémica, entonces, se circunscribía a la persona de Veuillot. Las pasiones mezquinas se enconaban, oscureciendo los altos ideales de sus adversarios. Era menester obligarlo a callarse, aunque fuera empleando la pluma de un calumniador, a quien más tarde redimió la gracia divina, y Veuillot ayudó a vivir, a pesar de lo atroz de sus calumnias. Mas como Veuillot no es hombre de callarse sino cuando el Papa lo manda, sus polémicas duran hasta el fin de sus días, porque Pío Nono siempre le dió la razón de una manera directa o soslayada.

Fué el polemista más temido de su tiempo, porque su conciencia era insobornable. Víctor Hugo, para herirlo, se valió una vez de un insulto infame contra la madre de Veuillot. Napoleón III lo temía más que a los demás periodistas juntos. Varias veces lo amenazó con cerrar L'Univers. Veuillot seguía impasible en su obra. Por último, le ordenaron que no publicara una encíclica papal. Veuillot la publicó. Fué

la muerte de L'Univers, el 29 de Enero de 1860. Fué el silencio forzado de Veuillot. Los enemigos se regocijaron. No supieron que la impotencia del polemista engrandecería al escritor. Para ganar su vida vuelve a la literatura. Ya no escribe artículos que mueren al nacer, sino folletos que se imprimen en cien mil ejemplares y libros cuyas ediciones se agotan en un mes. Aparecen la "Vida de Nuestro Señor", obra de fe fervorosa; "El perfume de Roma", epopeya de sus amores poéticos y militantes; "Los olores de París", ardiente sátira contra la bajeza de su tiempo; "Aquí y allá", canto de sus sueños líricos y sus esperanzas afectivas. Hizo, además, no sé cuantas reediciones de libros viejos y tomos de las "Mélanges". El pensamiento se aclara y robustece a medida que las páginas, sin el apremio de la hora, van naciendo a la vida en su prosa limpia y profunda de gran escritor. Su fama se difunde a pesar del silencio medroso u hostil de la crítica oficial. El estilo se acendra en concisión y se purifica en la ternura rebosante de su gran corazón de hombre noble, bueno, tierno, fiel. Es que en todo sigue siendo el obrero de una única labor. No emplea la literatura para la vanidad ni la riqueza, sino para cumplir su deber de soldado de Dios, y nada más.

El flamante liberalismo de Napoleón III, deja revivir L'Univers en Abril de 1867. Veuillot vuelve a su combate, a sufrir, a atacar y a de-

fender. Para eso ha nacido, y debe cumplir su misión aunque sacrifique su talento de escritor.

Llegado aquí, señores, casi al fin de una hora, veo que necesito muchas más si quiero presentaros un retrato en pie de este hombre que no cabe en el dibujo de contorno que acabo de trazar. El tema no tiene límites, pero sí el tiempo y la paciencia de mi auditorio. Sin embargo, disponed de algo más, y escuchadme otro poco.

Quiero decir unas palabras de su "Correspondencia". Forma 4800 páginas de texto apretado. Narra su vida, al correr de la pluma. Es la prosa epistolar más ágil que se haya escrito en el mundo. Son 4000 cartas. Ninguna deja de decir algo, y a menudo dice un sinfín de cosas en un mínimo de palabras. Pasan de la sencillez a la elevación por la sola presencia de un término que repercute de repente en un acorde a lo Wágner. No tiene alardes de pedantería ni cebos para la posteridad. El estilo es tan perfecto en la expresión de lo que la pluma quiere decir, que uno nunca sabe si está leyendo o si está escuchando. Algunas son muy cortas, pero ninguna es trivial. El genio del escritor aparece en una transparencia de vertiente montañesa que repite el cielo azul. La frase corre, salta, pinta, evoca, sufre, sueña, vuela o canta del mismo modo natural como un niño vive o una flor se abre. Yo agotaría los adjetivos del idioma si quisiera describir la prodigiosa variedad de sus medios

expresivos. No la supera ni la iguala otra correspondencia en su maravillosa intimidad. Sea que las cartas vayan a una modesta amiga de la juventud, a un alto prelado de Francia, o a un nombre de gran alcurnia, pues de todo hubo en las amistades que hermosearon su medio siglo de vida combatiente, cada una es un exquisito poema espiritual. ¿Acaso por la magia del estilo o la altura de los temas? No. Es porque muestran un alma al desnudo, con una limpidez de cristal. Las palabras son nada más que la expresión de una admirable unidad emotiva interior. Quien sólo conozca la fama del Veuillot duro, violento, irritable, cruel, se asombrará de no hallar una carta que no sea tierna, generosa, humilde, tranquila, aunque casi todas se refieren a polémicas, enemistades, amarguras y desilusiones. Y no es porque haya contradicción entre el hombre y su literatura. Su fama es la que miente. La fabricaron sus enemigos y la difundieron los que no sabían nada de su vida ni de su obra.

Yo he leído lo malo que se escribió de Veuillot, y tengo un gran respeto moral por alguno de sus adversarios, un Monseñor Dupanloup o un conde de Montalembert. Sobre esa base afirmo que Veuillot fué un intrépido hombre de guerra y un corazón amable y generoso. Buscad en la inmensa compilación de sus libros, en su correspondencia confidencial, una frase de rencor contra un adversario, y no la hallaréis, ni

con lente de aumento. En cambio, si vuestros ojos leen el hermoso epitafio que escribió para su tumba en Ca et la, admiraréis la estrofa que dice: "dejar hacer a los que hicieron mi nombre con viles mordeduras, porque quizá sus heridas sirven para encubrir mis pecados". Lo que hubo fué que Veuillot se exaltaba contra las ideas que contradecían, con fines mezquinos, la idea católica de la esencia sobrenatural del hombre. Una frase suya revela el fondo más íntimo de su conducta en relación con los hombres y con las ideas de los hombres: "Yo no he tenido más que una sola idea, más que un solo amor, más que una cólera sola. Amé a la Iglesia, que es la suprema justicia, y odié la impiedad, que es la iniquidad suprema, la iniquidad social. En cuanto a odios personales, no conozco ninguno. Nadie avanza en la vida sin acabar por saber que debe ser indulgente con los demás. Todas las formas del odio me parecen totalmente ridículas, menos una, que es totalmente abominable: el odio del bien". Su correspondencia lo prueba. Es un himno a la amistad, a las cosas buenas y sencillas, a la paz del alma, a las menudencias de lo cuotidiano, a la generosidad de la conducta ajena, a todo lo que puede decirse en una carta de amigo a amigo. Veuillot no odió sino al odio del bien. Por eso esas páginas íntimas no destilan una gota de veneno sino un magnífico y reconfortante manantial de amor.

¿Queréis una prueba? Ya dije que Víctor Hugo quiso ofender a Veuillot ofendiendo atrozmente el nombre de su pobre madre. Años después Veuillot escribió un juicio que engrandece a Víctor Hugo. Veuillot no odió siquiera a los que lo odiaron con saña. Por ser ardiente y combatiente, más de una vez fué violento, fué injusto, erró en la apreciación moral de ciertos adversarios. ¿Qué hombre manso no hubiera sido violento e injusto, como él, en aquella tremenda lucha del catolicismo francés en cuya extrema vanguardia iba siempre el hombre de la absoluta intrepidez, del absoluto desinterés y de la absoluta obediencia a la autoridad del Papa, que tenía por nombre Luis Veuillot? Mas si Veuillot erró cien veces, lo que no sé, acertó otras mil en los cuarenta años de batalla por la única causa santa que hay en el mundo, la causa de la Iglesia de Dios, que es también la única causa santa de esta miserable humanidad nuestra, que millones de veces por día pone de nuevo en la Cruz a Nuestro Señor Jesucristo, porque no sabe quién es, porque no quiere el reino de Dios, porque sacrifica la ley del Creador al amor de la criatura, porque busca los goces de la vida sin pensar en el más allá de la muerte, porque nunca recuerda, en el momento propicio, que Jesús es un transeunte oculto que pasa por la vida, trayéndonos la gracia, y que a veces no pasa más, hasta la hora del Juicio, para aquel de nosotros

que no escucha el sentido sobrenatural del mensaje que le trae. Veuillot lo escuchó, cargó su cruz, y siguió al Señor con una abrasadora fidelidad de Santo. Erró cien veces, pero erró amando, luchando, sufriendo, obedeciendo en actos y en intenciones al Pastor de Roma. Dios le concedió que tuviera siempre sobre él, en la batalla, la mano de Pío Nono tendida en el ademán misericordioso de la bendición. Por eso León XIII pudo llamarlo "padre laico de la Iglesia", y Pío décimo proclamarlo el "modelo de los que luchan por las causas santas".

Todo esto esplende en su correspondencia. Con una sola prueba voy a convenceros. El arte epistolar de Veuillot consiste en saber pasar instantáneamente, como un organista eximio, de la nota suave, que nace como un suspiro, a la enorme vibración que sacude el templo en un sonoro torrente de música. Mil veces el tema comienza en una nota minúscula y se agranda en un vastísimo escenario de horizontes por una luminosa aproximación de causas y consecuencias. Voy a traduciros una carta escrita el 15 de noviembre de 1860 a sus hijas Agnés y Luce, de pocos años de edad: "Mis queridas hijitas: las cartitas vuestras me dieron un gran placer. Hacéis muy mal en creer que no tenéis nada interesante que decirme. Para mí es interesantísimo saber que trabajáis, que me queréis, y que tenéis una hermosa muñeca a la que hay que

componer un brazo y una cabeza. ¡Qué feliz muñeca! ¡Qué ventaja para mucha gente si fuera posible componerles una cabeza! Unos se harían hacer la nariz de nuevo, otros el cutis, otros la cara entera. Se vería entonces muchas personas que parecen encantadas de su rostro y que sin embargo, no están muy contentas de él por dentro. Pero, como la mayor parte de los que se harían componer la cara no pensarían lo más mínimo en hacerse rehacer el cerebro, seguirían siendo tan desagradables y tan feos como antes, y no acabarían de asombrarse que se pasaban la vida en lo del fabricante de cabezas sin dejar de ser siempre los mismos, es decir, tontos, aburridos y fastidiosos. En esto, nosotros los cristianos, si lo queremos, tenemos más suerte que las muñecas. Hay un fabricante, cuya dirección puedo daros, que por medio de pequeños retoques en el cerebro, sin cambiar aparentemente nada del rostro, lo reforma, sin embargo, considerablemente, y hasta llega a cambiarlo del todo. Lo hace abierto, afable, gracioso, amoroso a pesar de los defectos que pueda tener. Mantiene en él la inocencia cándida, blanca que constituye la mejor tez, y la más sólida. Lo ilumina de inteligencia, que es el brillo que sobrepasa todo brillo. Por último, lo embellece de bondad, encanto supremo que place a todas las miradas y ata los corazones. Donde luce la bondad ya no existe la fealdad. Desaparece la gran nariz, los ojos

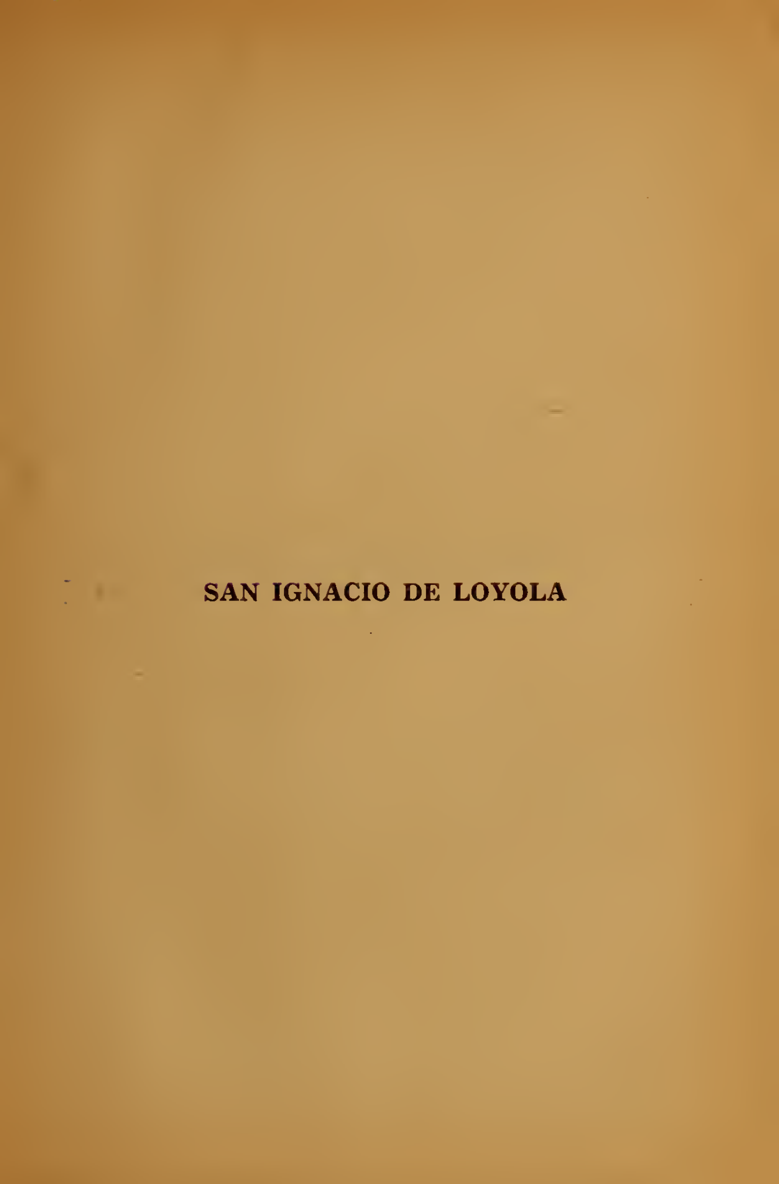
chiquitos, los dientes feos, todo lo malo, en una palabra. Podéis enviar vuestra muñeca a lo del fabricante que recompone las caras, pero vosotras, queridas hijitas mías, id hacia Aquél que retoca y remienda las almas, si es que tenéis necesidad de ello". Yo no sé, señores, si mi admiración por Luis Veuillot me ciega al punto de ver en esta carta lo que en ella no hay. Creo que no. Si la habéis escuchado bien, compartiréis quizá mi admiración. ¿Cuántos escritores en el mundo han visto a montones, muñecas rotas? Uno solo, que es Veuillot, sabe decir a dos criaturas, en una paginita humilde, el mundo de cosas que encierra la idea del hombre que cuida el rostro y olvida el alma, la idea del hombre que cuando cree en Dios y entrega a Dios la dirección de su vida, descubre que la perfección del alma perfecciona el rostro. Este es el arte maravilloso de Veuillot. Enaltece lo minúsculo de tal modo que da la sensación cabal de que Dios está presente y actuando en cada uno de los actos de nuestra vida. Nos da la imagen sensible y natural de lo sobrenatural.

Veuillot fué una pluma en una mano de soldado. El día en que la mano ya no pudo sostener la pluma, Veuillot enmudece del todo. Vive tres años más en el recuerdo, en la plegaria purificante, en la resignación de su impotencia, en la esperanza próxima de ver a Dios. Había cumplido su deber como pocos hombres, fuera de los

Santos del Señor. Era hora de morir. Las dos hijas que le quedaron, vivían lejos de él. Una se casó. Otra tomó los hábitos en 1874. Oíd lo que escribió una vez a ésta: "te aseguro que es bueno y dulce pensar que uno es padre de una religiosa. Esto humilla y eleva al mismo tiempo. ¡Qué esplendor, qué majestad! La hija estará en el cortejo especial del Cordero, cantará eternamente sus alabanzas. El Cordero oirá su voz claramente, y se encantará. ¡Y ella es mi hija, y le he puesto algo de sus atavíos inmensos e inmortales! Ahora es Marie-Luce, pero antes fué Luce Veuillot, y se acordará tan perdurablemente de haberlo sido, como el Rey de los Cielos se acordará de haber sido Jesús de Nazaret. Estos son los zancos sobre los que se encarama Luis Veuillot para infinitas eternidades". Esos y otros, muchos otros, fueron los zancos con que Luis Veuillot se alzó a lo divino de esta otra carta escrita a Inés, casada con el comandante Pierron, que más tarde fué general de Francia, con motivo de un paseo en coche, que el padre acaba de hacer convaleciente de una enfermedad: "Iba solo y triste. Yo estaba contigo, pero tú no estabas conmigo. El tiempo era muy hermoso, muy dulce, muy gris. El Bosque parecía muy limpio y muy aburrido. Ya no quedaba una hoja muerta ni en el agua, ni en los caminos, ni en el aire. Yo no sabía que gustaran tanto las hojas caídas. Si tú hubieras estado allí, yo me ha-

bría fijado mucho menos en que no las veía. El árbol de la avenida de la Emperatriz me reconoció en mi coche solitario. — Pobre hombre, me dijo. ¿Tú también perdiste tus hojas? — Ay, sí, le respondí, pero yo ya no reverdeceré más. — No vi después ninguna hija que fuera paseando a su padre, y hubiera llorado si no hubiera pensado en la felicidad de M. Pierron".

Sin sus hijas, sin su diario, sin su pluma, Veuillot se fué consumiendo y purificando en su larga agonía esperanzada. Cuando llegó su hora, cerró los ojos como un santo, el 7 de abril de 1883. Había consagrado su vida al servicio exclusivo de Dios, y Dios daba misericordiosamente a su vida en ese instante, quizá, la muerte dulce que anticipa a los buenos la próxima entrada en el goce de la promesa sobrenatural que trajo al mundo la muerte redentora de Jesús.



SAN IGNACIO DE LOYOLA

San Ignacio de Loyola

La vida de San Ignacio es casi un milagro vivo. Viene de raza que nace y muere peleando, desde que existe en Guipúzcoa el solar de Loyola. Tiene alma de soldado y vive en tiempo de batallas.

Le placen los duelos, las mujeres, las aventuras, el boato de las cortes. Cuando en los ratos perdidos pensó alguna vez en sus futuros años de hombre, seguramente se vió a sí mismo ganando gloria con espadas, amores, naipes o atavíos suntuosos. Creía en Dios, pero en un Dios de realidad lejanísima. El rezo era apenas una costumbre de ciertas horas. La misa un lugar de galanteos. El pecado la más adorable ilusión de la juventud. La muerte un acontecimiento sin importancia, en que a veces se mata a otro, en que alguna vez lo matan a uno. La vanidad una forma natural de la altanería. El libro un pasatiempo de gente vieja, teólogos y beatos. La cu-

na y la fortuna son consecuencias naturales de la vida.

Iñigo de Loyola es como todos, ni más malo ni más bueno. El mundo es así, y él vive en el mundo. Sólo la guerra es beneficio y gloria para la mozada noble, con sangre en las venas. España sabe que es la más grande de las naciones. Su joven rey recién llegado de Flandes, es ya emperador de Alemania. Los comuneros se alzan contra él, y él ahoga la rebelión en batallas y cadalsos. Francia y Castilla se disputan el señorío de Navarra. Iñigo de Loyola que arde en ansias de iniciar su carrera de soldado, aprovecha la ocasión. Es hora de que cada uno pruebe hasta dónde le alcanzan las fuerzas. Los ejércitos de España tienen por delante todos los campos de batalla del mundo. Hoy pelean en Navarra y mañana estarán en París. Iñigo anda alrededor de los veinticinco años cuando corre a Pamplona, sitiada por los franceses. Mal comienzo de la gloria. La mejor fortaleza de Carlos V se rinde a las pocas horas de combate, el 19 de mayo de 1521. Iñigo queda con una pierna herida y otra quebrada por una bala de cañón.

La curación fué larga en el castillo paterno. La quebradura se suelda mal y hay que romper el hueso de nuevo, para recomponerlo otra vez. Mientras tanto, los españoles derrotan a los franceses, pero el soldado herido no pudo

estar en el ejército de los vencedores. La gloria fué esquiva con él de nuevo. Ya retornará, cuando su pierna lo deje andar en los ejércitos. Pero los días pasan y pasan, y él sigue inmóvil en una cama o en una silla. Su cabeza está hecha para meditar despacio, y piensa. Su corazón está hecho para amar lo más alto, y sueña. Sueña nada menos que con Germana de Foix sobrina de Luis XII de Francia, viuda de Fernando de Aragón, el viudo de Isabel la Católica, reina de Castilla. Un día le llegan unos libros sobre Jesús y los santos. Como las horas son aburridas, los lee minuciosamente, palabra por palabra. El amor de la mujer y la fama se transfundió en amor de Dios. Vió una imagen viva de la Virgen y el Niño Jesús. La decisión del alma en éxtasis fué entonces absoluta e irrevocable. El mundo desapareció a sus ojos. Las esperanzas del soldado se desvanecieron. En vez de querer sanarse para ganar batallas y humillar a los hombres, ahora se humillará él mismo, emprendiendo, desarrapado, miserable y solo, la peregrinación de Jerusalén. Todo lo demás moría de golpe. En el silencio recóndito de su alma nace una vocación de apóstol que no sabe nada más sino que Dios lo está llamando. De qué manera fué, nadie lo conocerá jamás. Pero desde ese instante hubo en su vida todas las tribulaciones y consuelos del estado sobrenatural de gracia.

Largo, infinitamente largo, fué el camino

de su nueva vida. Va por él a pasos cortos, infinitamente cortos, como si la vida no tuviera fin, pero cada día sube un trecho, cada recogimiento trae una purificación, cada propósito ensancha el horizonte, cada experiencia acendra la esperanza, cada minúscula conquista acerca a Dios. La idea de camino es el símbolo más pertinente de su actividad. Es el hombre de la eterna paciencia. Yo no puedo imaginarlo sino andando por senderos que se prolongan más allá de la muerte. Desde la noche de Montserrat, el 24 de marzo de 1522, en que regala a un pobre sus atavíos de caballero, hasta que muere el 31 de julio de 1556, organiza la más prodigiosa empresa de voluntad que sea dado concebir. Comenzó por eliminar el tiempo del problema de la vida, para acabar por aliviar la vida del problema del tiempo. Nadie tuvo como él el concepto de que el hombre es un elemento de la eternidad. La hora que pasa en vano para los demás, no es para él hora que se pierde, sino conquista de experiencia que queda dentro, atrayendo a sí los miles de horas que necesite la perfección cabal del individuo frente a Dios.

Sus plazos son inmensos. Primero su renuncia a la vida del mundo, luego los "Ejercicios espirituales", el viaje a Jerusalén, los estudios universitarios y los actos de caridad. Más tarde el plazo en que busca a sus compañeros iniciales, el plazo de la formación de la Compañía,

luego el plazo en que la asienta sobre la piedra angular de la vocación, luego el plazo para que la Compañía difunda por el mundo el espíritu invulnerable de las "Constituciones". Pero cuando ya no falta nada más, un único minuto para morir con el convencimiento de haber realizado con sus pasos infinitamente cortos el camino infinitamente largo que Dios le señaló.

Es un extraño fenómeno de psicología. Quien lo ve obrar cautelosamente en cada acto, debe tenerlo por un hombre frío. Quien lo ve vivir mendigando y sufriendo, a través de humillaciones, persecuciones, condenas, desprecios y calumnias, no puede menos de pensar que su alma es una tremenda fragua de pasiones puestas al servicio de un ideal inconmensurable. Para obrar así es menester ser loco, ambicioso o santo. Loco no es. Sus actos translucen la perfección de un ajuste cabal entre lo que el cerebro manda y lo que la conducta realiza. Ambicioso no es. Renunciar a cuna, nombre, posición, espada, protectores y parientes de valimiento, en los años de la hegemonía española en el mundo, con la sola esperanza de que al fin de su vida de mendigo, rodada por los andurriales universitaros, llegará a ser el jefe de unos cuantos pobres como él, si es propósito de ambición, es ambición del cielo y no ambición del mundo. Santo, en cambio, sí lo es, hasta más no poder. Armoniza de una manera maravillosa la desconcertante

contradicción de sus atributos más significativos. Arde en fuego de amor divino, místicamente, y pesa el pro y el contra de la conquista de las almas con la precisión de un arquitecto que calcula la exacta medida de una torre. Quiere que los hombres vivan para Dios, y en vez de llevarlos a El, en un arrebato de exaltación, como el que su propio espíritu siente y goza en sus éxtasis de Manresa, tarda años y años en redactarles el más perfecto tratado de limpieza interior que haya podido concebir un maestro de psicología experimental. Emplea en todo una actividad devorante de días y fatigas, y no se mueve de su sitio, como si fuera un tranquilo borroneador de papel. Teme el vendaval de herejía y de impiedad que atizan los enemigos de la Iglesia, en cuyo seno él vive apostólicamente, desprovisto de toda dignidad jerárquica, y en vez de apresurarse a contenerlo como las antiguas órdenes religiosas y las nuevas de los teatinos, los capuchinos, los somascos, los barnabitas, se pasa media vida mendigando y estudiando, desde los veintitantos hasta los cuarentitantos años en Barcelona, Alcalá, Salamanca y París. Viene de la sociedad militar de su tiempo, capaz de vencer en las empresas más desmesuradas de los cuatro confines de la tierra, y no anda sino entre gente menesterosa, sembrando la lección del Evangelio, a costa de limosnas y humillaciones permanentes.

Esta suma de atributos y operaciones carece de toda explicación que prescinda del genio particular del individuo y de la influencia de Dios. Dentro de la Iglesia católica, el problema inexcrutable de la santidad sólo se resuelve, en cada tipo, por la autoridad de Roma, asistida del Espíritu Santo. Iñigo de Loyola fué el más transcendente genio de la organización que haya existido hasta hoy. Sus propios enemigos están de acuerdo con esta afirmación. Los hechos, además, la verifican acabadamente. La Compañía de Jesús no fué una orden como todas. La sola idea de fundarla sobre la base de una experiencia espiritual extraída de su propia vida de hombre, revela la asombrosa altura de su genio. Aparece nítidamente en la larga elaboración de las "Constituciones". La Compañía ya existe, se difunde por el mundo, triunfa en todas partes. Iñigo de Loyola quiere mucho más: la duración incorruptible de su obra. Por eso asienta su organización total en una única idea dominante. La orden será una milicia de hombres apostólicos y sabios, cuya capacidad de trabajo no está trabada por el cumplimiento de fórmulas rituales, y cuya docilidad al superior jerárquico excluya todo sentimiento de orgullo o vanidad.

A primera vista, el propósito parece imposible. En un siglo turbulento y sensual, propone al ser humano una obediencia tan firme, completa, vigilante y universal que llega casi a las

fronteras de lo inaccesible. Coloca en todo al hombre, con la única excepción del pecado, bajo una subordinación infranqueable. Luego vienen los tremendos deberes que duran la vida entera. La actividad del profeso abarca todas las formas del apostolado. Cada uno hará lo que se le mande, e irá a donde lo manden. La Compañía no es una agrupación sino una milicia. Quiere formar héroes de la voluntad y héroes de la acción, para que sean apóstoles, predicadores, confesores, polemistas, descubridores y conquistadores de tierras vírgenes, mártires, educadores, santos, exigiéndoles, además, que obren en cada uno de sus actos con la certidumbre de ser un soldado del Evangelio al servicio de un jefe infalible, que es el Papa de Roma. Para obtener este sometimiento absoluto del individuo, el fundador de la Compañía, psicólogo genial, lo estableció sobre un principio de apariencia paradojal. Es la eterna paradoja del catolicismo, que el Hijo de Dios instaló, como un desafío a la concupiscencia humana, en el misterio de la redención.

El sometimiento espiritual de un hombre a otro, varía de hombre a hombre. Unos se someten por falta de voluntad, otros por incapacidad de la inteligencia, otros porque tienen alma de rebaño, otros porque su propia razón lo determina en forma de un acto libre de la voluntad. Iñigo lo sabe por experiencia. Para vivir y

gozar en el mundo no necesitó sino dejarse llevar por impulsos y deseos. Para vivir y gozar en Dios, necesitó callar, domar y matar deseos, impulsos, vanidades y orgullos en un esfuerzo terrible y perseverante que muy pocos hombres por siglo son capaces de ejecutar a costa del sacrificio de cuanto los demás siguen viviendo y gozando. Esto no puede exigirse a todos, como conducta de vida, pero puede proponerse como un ideal a los menos, a los que tienen fuerzas para vencer la atracción concupiscente del mundo, por medio del vencimiento de sí mismos.

El ideal cristiano no pone la meta del hombre en la sola perfección del individuo, sino en que Cristo viva misericordiosamente en él. No es un ideal individual, sino una participación de cada uno en el cuerpo místico de la Iglesia, cuya cabeza es Jesús. El cristiano de verdad, por el sentimiento humilde y sobrenatural de creer que Jesús es su camino, su verdad, su resurrección y su vida, adquiere la libertad de la fe. El hombre es libre, en potencia y en acto, de prestar o no el asentimiento de su convicción razonada a los motivos de credibilidad en la autoridad de Dios Revelador. La libertad de la fe lleva a la libertad en la obediencia. Es la única forma de dotar al individuo de un sentimiento invulnerable. Fué la maravillosa inspiración del genio de San Ignacio.

No la alcanzó de golpe. Todo en él es len-

to y regular. A tal edad corresponde tal forma y tal atributo. Nada acontece sino en su hora. Primero el ideal de la purificación: 1521 a 1526. Luego el ideal del estudio y el apostolado oculto: 1526 a 1535. Luego el ideal de la conversión lejana de los infieles: 1535 a 1539. Por fin el ideal de la fundación de la Compañía: 1539 hasta el día de la muerte. Es una perfecta línea recta, aunque cada día y cada período ignoren lo que sucederá en el momento venidero. Lo prueba el voto de Montmartre el 15 de agosto de 1535. Los siete hombres que lo formularon en una ceremonia puramente apostólica, no saben, en ese instante, que están a un paso de una obra cuyas proyecciones serán eternas. Pero de ese acto sale el paso que los reunirá en Venecia todavía ignorantes del fin ya ínsito en su obra, y de Venecia sale el paso que lleva a Roma, sin que ninguno sospeche que delante de ellos va el designio de Dios. Sin embargo, el designio de Dios es manifiesto. De otro modo no se explica que un propósito de tantos años se transforme repentinamente en propósito distinto. En la vida de Iñigo y sus compañeros no hay una sola palabra que demuestre la intención de fundar una orden religiosa nueva, antes de 1539. Para eliminar el designio de Dios en sus actos, es menester, pues, eliminar la idea misma de Dios que es la base del catolicismo, o suponer que aquellos hombres eran los más portentosos ge-

nios del disimulo y la previsión que conozca la historia humana.

La obra de San Ignacio sólo se explica a la luz de su genio y de su larga experiencia. No pudo fundar otra orden que no fuera la Compañía de Jesús. La iglesia es una institución divina, pero en su tiempo, buena parte de sus miembros obraban como si los hombres fueran mensajeros de Satanás. Eran débiles, cobardes, desvergonzados o torpes. Engañaban y escandalizaban a los creyentes con sus palabras y sus obras. Los pueblos del norte se precipitaban fuera de la obediencia papal. Iñigo de Loyola, caballero noble, que abandonó las armas, la fortuna y la gloria por la profesión de mendigo y el apostolado entre los humildes de la tierra, ve a cada instante que las almas se iluminan de fe al solo contacto de su amor purificado de ascetismo varonil y ejemplar. Intuye entonces, que para vencer el mal del mundo, los profesos de su Compañía deben formar una milicia a la española. En su alma de peregrino de lo absoluto no cabe otro propósito que el de obrar dándose por entero a la misión que Dios depara a cada hombre. De esto proviene el principio de la obediencia a la regla libremente aceptada, que lleva a la aceptación incondicional de la autoridad, salvo en el pecado, al sacrificio de los bienes y de la vida, a la acción pertinaz e insobornable de combatiente por la fe. El secreto del triunfo

instantáneo de la Compañía en el ámbito del mundo no se debe sino al acierto de estas normas que inspiraron su fundación. Para ser jesuita de verdad era menester ser apóstol de verdad. Para ser apóstol era menester ir a los hombres como Jesús lo estableció. Y como el apóstol siempre vence, cuando lo mueve la certidumbre de su convicción, y la cumple a su medida, en la forma que le permite la gracia de Dios, la Compañía de Jesús aparece en la cristiandad, desde que nace, con la proyección y la significación de una fuerza natural y fecundante.

Fué nada más que un ejército de diez hombres que obedecían y un hombre que gobernaba con amor de padre y serenidad clarividente de jefe. Carecen de casa, de fortuna, de todo. Pero anhelan y obran como si la tierra entera fuera suya. Saben que el hombre es débil. Pero saben también que Dios quiere la salvación del hombre, y se consagran a ayudar a Dios en su obra misericordiosa. El Creador vive en la criatura por el misterio de la Encarnación. Pero es menester empujarla para que suba por el camino que lleva al cielo. Se ponen a la tarea de salvar al mundo de la herejía y el mal que amenazan ya a media Europa. Obran concienzudamente. Aplican apenas media docena de reglas de conducta que su jefe viene encarnando en ellos, desde que se encontraron en la Universidad de París. Ganan corazones y conciencias, como autén-

ticos enviados de Dios. Unos van para convencer, otros para enseñar, otros para combatir, otros para confesar, otros para discutir, otros para conquistar, otros para evangelizar, otros para morir. Entre todos son apenas diez: Francisco Javier, Pedro Le Févre, Santiago Laínez, Antonio Salmerón, Nicolás Alonso de Bobadilla, Simón Rodríguez de Acevedo, Claudio Le Jay, Juan Codure, Pascasio Broet. Su reglamento es apenas un papel redactado el día de San Juan Bautista del año 1539, que ya contiene la esencia de las "Constituciones", que tardarán en definirse y acendrarse unos doce años más: la pobreza evangélica, la obediencia al Papa, la autoridad del General, la universalidad del apostolado, la consagración total del hombre en el sacrificio voluntario de la vida.

Son nada más que diez hombres y un papel. Lo mismo que el grano diminuto de mostaza en la parábola del árbol. Iñigo lo sembró en almas que producirán ciento por uno. El Papa Pablo III dió existencia canónica a la Compañía en su bula de 1540. Al morir San Ignacio en 1556, ya hay 76 casas, agrupadas en 12 provincias, y un millar de religiosos desparramados por Europa, Brasil, Japón, las Indias y la fabulosa Etiopía. Ya hay santos entre ellos: Francisco Javier, Francisco de Borja, Pedro Canisio y Pedro Le Févre. Ya hay mártires. Ya hay voces que predican o razonan, como si estuvieran

inspiradas del Espíritu Santo. Ya hay un nuevo San Pablo que lleva el nombre de Jesús a las tierras extremas de Oriente. Sesenta años después, cuando Roma santifica a San Ignacio y a tres españoles más: Isidro Labrador, Teresa de Jesús y Francisco Javier, quince mil jesuitas certifican en el mundo la perfección de la obra fundada por aquel soldado Iñigo de Loyola, cuya vida parece, a la distancia de los siglos, una especie de milagro de Dios.

Su Compañía se asentó sobre tres bases que el tiempo mantiene intactas y vivas. Una es nada menos que el alma del fundador, otra los "Ejercicios Espirituales" y otra las "Constituciones". En el fondo, tal vez sea una sola: el alma de San Ignacio. Es un asombroso misterio. Quizá lo fué para sus mismos amigos. ¿Quién pudo jamás penetrar del todo en el abismo de su vocación? Nada de lo suyo reviste un único aspecto espiritual. La primera pregunta de todos, sobre él, fué siempre ésta seguramente: ¿Qué busca este hombre en los hombres y en el mundo? De ahí las prisiones y calumnias que sufrió. Sus caminos, como ya lo dije, eran infinitamente largos, y sus pasos eran cortos, infinitamente cortos.

La historia de la santidad no conoce figura más diversa en atributos y más impresionante en manifestaciones. Es una alma secreta. Es un enigma vivo, aunque sea, también, humilde

y claro como agua de manantial. Tiene maneras de gran señor, y anda tendiendo la mano para recibir el pan de su comida. Usa de sabia cautela para no dar un traspiés en su conducta, y derrocha cuanto tiene en la vida. Confía de tal modo en la providencia que el día en que se embarca para Jerusalén, en un viaje que durará siete meses, deja sobre un banco del puerto veneciano, para que las recoja cualquier transeúnte, las monedas que le quedan del dinero recibido en limosna, a pesar de lo cual, cuando organiza la Compañía, prevé tan minuciosamente lo que puede perturbar el alma de sus hijos, a través de los años, que aparentemente demuestra tener más confianza en la aplicación de las "Constituciones" que en la intercesión de Dios para salvarla de sus dificultades sobrevinientes, lo que no es cierto sin embargo, pues en toda su obra no confió sino en un permanente auxilio providencial.

De esta suma de atributos diversos surge una extraordinaria unidad espiritual. Lo que en él desconcierta no son sus contradicciones. Los caminos de un santo, en la vida, casi nunca tienen la misma justificación que los caminos de un hombre. El hombre va siempre al hombre en su unidad o diversidad de actos y atributos. El santo trepa hacia Dios por senderos de altura que nosotros no vemos, ni entendemos, sino a los años, cuando la Iglesia lleva a cabo, en el pro-

ceso de canonización, la operación que consiste en discernir la inspiración de Dios en los actos del individuo. Por eso hubo eclesiásticos que persiguieron a un santo, muchas veces. Los actos del santo y los actos del hombre son idénticos en la forma visible. Difieren solamente en su esencia invisible, que es la gracia. Los que perseguían y encadenaban al mendigo Loyola, tenían ojos para ver lo visible, pero no lo invisible. Igualmente los que calumniaron los propósitos de San Ignacio en la obra de la Compañía, incurrieron en un grave error de apreciación. Si fueron católicos, atribuyeron al santo lo que era propio de la Compañía, como institución humana. Si no lo fueron, no alcanzaron a comprender el concepto católico de la santidad. La esencia católica del santo consiste en un fenómeno humano de espiritualidad transcendente. Está más allá de la percepción de nuestros sentidos o de los alcances de nuestra inteligencia. Hay en él un heroísmo sobrenatural, una virtud activa y bienhechora, un robustecimiento de la voluntad, una resistencia al dolor, una firmeza en el sacrificio que no es concebible en un ser si no existen en virtud de la intervención y la aprobación de Dios. Esta es la piedra de toque de la santidad, pero para el juicio de la Iglesia, no para el juicio de un hombre.

A veces puede haber en un individuo heroísmo, virtud, voluntad, grandeza de alma, ce-

lo por la religión, ansia de sacrificios, y ser todo lo contrario de un santo. Lo prueban, sin ir más lejos, los famosos "Alumbrados" de España, poco antes de que Iñigo de Loyola fuera encarcelado en Alcalá y en Salamanca. Es menester no olvidar la sentencia de Jesús: "Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces". La Iglesia no lo ignora. Sabe, además, que la inspiración invisible de los actos proviene de Dios, o sólo es visible a los ojos de Dios. Por eso, los procesos de canonización duran a veces siglos. El de San Ignacio tardó desde su muerte, en 1556, hasta 1622.

Son las precauciones católicas de la santidad. El que no es católico no las comprende. Busca en el santo los móviles que inspiran los actos del hombre. Elimina lo demás. Reducido el santo a hombre, queda como un ser absurdo. Realiza actos extraños a la lógica común: Iñigo de Loyola se transforma de noble en mendigo, de asceta en estudiante. Es que el santo no se mide a la luz de la lógica común, sino a la luz de la lógica de lo sobrenatural, que está en la entraña del catolicismo, como consecuencia de su doctrina de la gracia. El concepto más sencillo de ésta, consiste en decir que la gracia es elevación y progreso espiritual del hombre en el orden sobrenatural. Si quiero comprender a Napoleón, no necesito suponer que para llegar al Imperio

debiera transformarse en mendigo de carreteras o en estudiante cuarentón, porque la condición heroica de su genio es extraña a esa posibilidad. En cambio, si quiero explicar el heroísmo que lleva a Iñigo de Loyola a ser lo que fué, la santidad de su vocación se aclara por el uso de esos medios asombrosos de ascetismo, con los cuales se produce unas veces en una forma y otras en otra, porque todos los santos son distintos, y porque los designios de la gracia son inexcrutables, la prodigiosa actuación de nuestra naturaleza en el orden sobrenatural. ¿Cómo puede entenderlo el que carezca del sentido católico de la santidad por la acción de la gracia? Para el católico, el santo es el hombre en perfección espiritual. Para el no católico, el santo es un hombre de grande y noble alma, que en virtud de ciertas anomalías de su salud física y mental ejecuta actos innecesarios para creer en Dios y en Jesús a la manera de un creyente protestante o anglicano. Para comprender este fenómeno de incomprensión, leed, señores, por ejemplo, la "Vida de Santa Teresa" por Gabriela Cunninghame Graham o "Los Jesuitas" de Enrique Boehmer, libros bastante objetivos, y comprobaréis cómo se puede conocer a fondo, de un modo admirable, la vida de una santa y la orden fundada por un santo, sin ser capaz al mismo tiempo, de penetrar el inconmensurable y

auténtico problema humano de la santidad en el alma y en las obras.

Hace unos meses, me dijo una señora que acababa de leer un excelente libro sobre Ignacio de Loyola. Luego me lo prestó. Era de la "Bibliothéque Historique", del editor Payot, de París, año 1936. El nombre de su autor, L. Marcuse, me trajo el recuerdo de una crítica leída años atrás en un periódico inglés. Lo busqué. Leí en la breve noticia que Ludwig Marcuse, que acababa de publicar en alemán un estudio sobre Enrique Heine, era probablemente un judío. Me puse a leer el libro que me prestó mi amiga, una buena católica. La obra del Sr. Marcuse es estrafalaria. Os daré una pocas pruebas. Ignacio de Loyola ha creado el "ateísmo cristiano". Su enorme éxito consiste en que obró de una manera anticristiana. Marcuse afirma que Jesús nunca lo hubiera reconocido como uno de sus hijos, porque estudió tan hondamente al diablo que éste acabó por ser su inspirador. Sostiene que las reglas prácticas de todo Jesuita, en su obra de proselitismo, consisten en cumplir al pie de la letra las indicaciones que dió Ignacio de Loyola a los Padres que envió a Ingolstadt: que bebieran la cerveza de Munich, por el amor de Cristo, que hablaran de comercio y de letras de cambio, como los hombres de negocios; que en presencia de las mujeres se portaran como hombres que conocen y practican el amor. Por burdo que esto

parezca, señores, no es más que una reciente caricatura de lo que se viene diciendo de los jesuitas, en el mundo, desde antes de la muerte de Loyola. Ya en 1544, Giovanni de Torano acusa ante la autoridad papal a los miembros de la Compañía de ser sembradores de cizaña, heréticos, malvados, corruptores de la juventud, peligrosos para las almas fieles. Pide al Papa que se estudien los procesos seguidos a Iñigo de Loyola, pues encontrará en ellos casi lo mismo que señala hoy, después de cuatro siglos, el señor Marcuse: la mano del diablo, el odio a Cristo, la siembra del ateísmo cristiano en el alma de los hombres.

Hace más de cuatrocientos años que los actos de aquel estudiante de Alcalá, aparecen a los ojos de sus enemigos bajo una luz diabólica. Es un fenómeno único, quizá, en la historia del mundo, ese odio contra una vida tan ejemplarmente iluminada de santidad. En vano nunca quiso nada para sí. En vano mendigó para humillarse. En vano se pasó los años de hombre estudiando como un adolescente. En vano renunció a la gloria militar, que es siempre el sueño de los grandes ambiciosos, para ser nada más que el jefe de diez amigos con quienes echa los cimientos de una obra que parece imposible en esos momentos. En vano desechó el fausto de las cortes para vivir sin tener ropa que ponerse ni hogar en que dormir. En vano andaba solamen-

te entre pobres y vagabundos. En vano desdeñaba nobleza, fortuna, gloria y bienestar, esto es, los bienes y las aspiraciones tras las cuales vamos todos en la vida, sacrificándoles, a veces, hasta la vida eterna. Todo eso lo hizo, según sus adversarios, para que en el curso de los siglos, un ejército de jesuitas, sembraran en la humanidad un inmenso cúmulo de males de orden político y de orden moral. Nada importa que en la historia de la Compañía resplandezcan tanto sus actos de heroísmo que el martirologio y la abnegación de sus misioneros exceden cuanto puede imaginar, como grandeza sobrehumana, el sueño lírico de un adorador de las virtudes esenciales del hombre. Ante la ceguera de sus adversarios, la grandeza moral del acto desaparece, afirmándose, lo que es infinitamente absurdo, y contrario a la lógica de las grandes y nobles acciones humanas, que el ascetismo de Iñigo de Loyola, y el martirologio y la abnegación de la Compañía, tuvieron un propósito miserable de dominación sobre los hombres, sin querer ver que lo realizan a costa del completo sacrificio de la nobleza, la fortuna, la gloria, la posición social, la familia, las dignidades, todo, en una palabra, lo que buscamos los hombres en la vida para alcanzar el gobierno, la salud, la fama o la felicidad.

Dejemos, pues, a un lado, el absurdo argumento. La eficacia de la Compañía de Jesús,

se debe a razones poderosas y transcendentes que Iñigo de Loyola previó a la luz de su admirable inteligencia creadora.

Parte de un principio confirmado por la historia y la psicología. La libertad, si no es gobernada por la razón y mantenida por la voluntad, convierte al hombre en víctima de sus pasiones e intereses y de los intereses y pasiones ajenas. Para evitar el mal, es menester ejercitarla de acuerdo con la regla de conducta impuesta por el Creador, en un anhelo constante de libre sometimiento a la voluntad divina. El jesuita sólo debe aplicar la libertad en el momento de su vocación. Elegido su camino, su obediencia a la regla es inseparable de su obediencia a Dios. Desde ese momento, su apostolado no tiene más límite que el alcance de sus fuerzas. Abarca todos los aspectos y acciones del hombre, de acuerdo con el destino sacerdotal que se impuso libremente y voluntariamente.

Este nuevo sentido de un apostolado universal fué lo que trajo, a la Iglesia debilitada del siglo XVI, el concepto español de lo absoluto, que da transparencia y consistencia al alma de Iñigo de Loyola. Planteó el problema del hombre con una insustituible nitidez: todo para la mayor gloria de Dios. Por ser una acción militante, que comenzaba por renunciar a la vida y a la autonomía de la razón, cuando ésta se desvinculaba de la causa primera, que es la au-

toridad divina, tocó en el acto el corazón de los hombres conformados espiritualmente a la manera de Iñigo de Loyola. Al poco tiempo, ya son una milicia estable, de alma invencible y de acción vencedora. Van a los pueblos cercanos y lejanos. Están donde hay una lucha que emprender, una fuerza que vencer, un estado social de herejía, relajamiento o desconocimiento que necesitan la intervención de un hombre de fe para volver al catolicismo o nacer al catolicismo. Ninguna tarea es pequeña ni grande, con tal de saber que es menester llevarla a cabo. Unos arrebatan al luteranismo triunfante ciudades y universidades de Alemania. Otros hablan en el Concilio de Pablo III con la voz de la suma verdad teológica. Otros enseñan a los reyes el arte de gobernar los pueblos. Otros llevan la palabra de Jesús a los más remotos confines de la tierra. Otros estudian, escriben, discuten, observan o piensan. Otros mueren como los mártires de la edad apostólica. Es una especie de repetición del milagro de Pentecostés. Son hombres venidos de la plebe, de los campos, de las clases medias, de familias militares, de casas de príncipes. Quieren ser jesuitas, y nada más. Rehusan obispados, embajadas, capelos de cardenal. Muy pocos caen en el camino por falta de fe o de valor. Los demás educan tan maravillosamente las potencias superiores del alma, que en una sola generación dan a la humanidad la lección maravillosa

de cómo puede el hombre realizar en la vida, cuando la voluntad es fuerte, la fe incólume y la obediencia libre, la más generosa y difícil de las empresas humanas: la reconquista del hombre, Ad Majorem Dei Gloriam.

Por haberla emprendido a fondo, como ninguna otra compañía de hombres en la historia del mundo, la Compañía de Iñigo de Loyola es uno de los mayores enigmas y ejemplos humanos. Es de la misma naturaleza que el alma de su fundador. Cada uno de sus atributos intelectuales tiende a encarnarse en los actos asombrosos de su vida. Cada acto realiza lo que él es por dentro, en sus atributos esenciales. Uno no concibe la desarmonía entre su manera de ser y de llegar a ser. Por eso, desde que aparecen en acción, Iñigo de Loyola primero, y su Compañía, después, determinan la incomprensión y el asombro de los hombres. Conquistan la mayor influencia que haya alcanzado otra orden religiosa. Son víctimas del odio más ciego y el vituperio más enconado con que millones de individuos hayan combatido jamás a una organización que visiblemente no trabaja sino para el bien de Dios. Un día Europa entera fué casi de ellos. Un día casi toda Europa, incluso la Santa Sede, estuvo en contra de ellos, y la Compañía desapareció arrastrada y aniquilada por un vendaval de odios, enconos y miedos enormes. Pasó del máximo esplendor a la máxima mise-

ria, con la misma rapidez fulgurante con que nació de la nada en 1540. Ni su grandeza se explica por haber sido lo mejor del catolicismo, ni su caída por haber estragado el ideal de su fundación. Por ser obra de muchos, y no ya de uno solo, no pudo realizar en los siglos lo que ambicionó con ella el sueño de amor a Dios de San Ignacio, que fué perfecto en su pureza ascética y en su altura mística. Más de una vez ella erró gravemente, más de una vez participó demasiado en los males de su tiempo, más de una vez algunos de sus hijos difundieron por el mundo enseñanzas y doctrinas que hubiera repudiado el alma apostólica y combatiente de San Ignacio. Pero nada de esto obsta, por ser defecto de los hombres, y no imperfección moral de la Compañía, a que San Ignacio la creara para que todo jesuita fuera un santo del apostolado universal de la Iglesia, en un siglo de grandes combates y dolorosas amarguras.

La creó a su medida. Tuvo la humilde paciencia del apóstol, la abnegación de un padre, la voluntad heroica, el dominio de sí, el propósito ardiente, la meditación lenta y vasta, la generosidad pura, la tenacidad de su raza, la caridad desbordante, la experiencia de la infinita humillación. Su vida es una llama que arde por dentro, invisible y misteriosa. Todo sale de ella, porque en ella está el secreto de su obra. Hizo de su cuerpo y de su alma todo lo que quiso, de un

modo pasmoso. Educó su imaginación, a la par de sus ideas, sentimientos y resoluciones, en una permanente tensión de la voluntad. La inteligencia gobernó los actos. Ni uno solo quedó fuera de su alcance espiritual. En cada momento Dios puede servirse de él, porque siempre está preparado para obedecerle.

Es un solitario. Redujo su universo a su propio recinto interior. Allí dentro transcurrieron todas sus aventuras. No compartió con nadie su larga vocación. Siempre anduvo entre los hombres recogido en su silencio, pero amándoles entrañablemente. Quizá provenga de esto su poder de atracción. En todas partes las almas se le acercan como a un hermano, un maestro o un jefe, aunque él sea nada más que un mendigo que pasa, aunque no abra a nadie el misterio de su vida ascética, el milagro de su mística, la plenitud desbordante de su caridad. Cada uno intuye que tras el silencio del hombre está la sabiduría del santo que penetró sobrenaturalmente el misterio de la redención traída al mundo por el Verbo encarnado. Pero, cada uno, también, se detiene ante el muro inviolable de su silencio, como si supiera que él mismo ignora la misión que la Providencia le reserva. ¿Acaso esto es otra cosa que una emanación de su grandeza? En toda gran figura humana, hay un signo distintivo de que no es igual a los demás hombres. En Iñigo de Loyola, debió ser de una evidencia des-

lumbradora. El corte de la cara, la nitidez de su fisonomía, el abismo de los ojos, la frente serena, las maneras de gran señor, la voz, su misma humildad que brillaba con la belleza resplandeciente de la santidad, no estaban en armonía con los harapos de su traje. Los hombres a lo San Ignacio, no se disimulan, ni en una muchedumbre. El montón es para los iguales, no para el genio, y menos en un genio de la acción transcendente. Era un solitario nada más que porque nunca pasó a su lado un alma como la suya. Su largo diálogo con Dios no era para ser oído por ningún extraño.

Solitario de su propia alma, no solitario entre los hombres, porque siempre los busca. En vano se viste de mendigo o con la sotana del estudiante, porque la gente ve tras la ropa la perfección apostólica del alma. Cuando le preguntan de su vida, habla de Dios. Cuando quieren saber de sus visiones. habla de la caridad. Cuando quieren descubrir su alcurnia, habla de la muerte. Cuando dudan de su palabra, les enseña los "Ejercicios Espirituales". Es la varita mágica de su poder. Son unos cuantos pliegos doblados, manoseados, escritos en letra menuda, que de tiempo en tiempo pone en manos de un hombre capaz de llegar a ser dueño de sí mismo, por medio del sometimiento a la voluntad de Dios. No es un libro de devoción, que exalte el alma. Desarrolla una serie de instrucciones rela-

tivas a la manera de enriquecer el alma con una auténtica educación espiritual. Debe ser vivido y no leído, porque su fin consiste en formar interiormente, bajo una dirección, en una prueba larga, el silencioso recogimiento del individuo en sus propios recuerdos, en sus propias ideas, en sus propias imaginaciones, para que alcance un nuevo ideal de vida católica, sobre la base de una cabal posesión de sus facultades. El minúsculo libro, comenzado en Manresa, obra casi siempre con una singular eficacia. Lo lleva en su zurrón de caballero andante de Dios, por los caminos de su peregrinación, pero no lo da a todos. En su bloque compacto de doctrinas, es alimento y guía sólo para el fuerte, para el que está ansioso de vivir como varón del Evangelio. Nadie sabrá jamás cuantas almas transformó con su auxilio, antes de llegar a Roma. Fueron las lentas experiencias que anticiparon la sabiduría moral que luego resplandecerá en la fundación de la Compañía. Así aprendió a conocer, en la grandeza heroica y en la mezquindad esquiva, los altibajos de las buenas intenciones que inspiran a los hombres cuando son de voluntad enérgica y obediente, o que mueren al nacer, cuando obedecen a una aspiración floja y desmañada.

La Compañía de Jesús vive aún del espíritu de Iñigo de Loyola. Es el más perfecto ajuste de una idea a un ideal que conozca la historia. La edificó sobre la roca de un infinito amor, con

manos de artista, razón de sabio, corazón de padre y un buen sentido que acendra, en el crisol de su genio, a través de las contradicciones de su naturaleza, tanto su ciencia espiritual de hombre como la elevación mística a Dios, que es atributo de la raza española. Su experiencia es vastísima porque comenzó de abajo, primero en su alma, luego entre la gente humilde, más tarde en los seis estudiantes de París que la providencia puso en su camino. No pedirá a nadie nada que él no haya hecho o no haya comprobado en los demás, de acuerdo con una medida de auténtica realidad humana. Todo lo ha pensado y madurado en la larga paciencia de sus meditaciones. Todo lo ha purificado en la llama misteriosa e invisible que arde en su vocación. Todo lo ha vivido caminando por el mundo y tratando con los hombres. Para llegar a ser un día el genio de la voluntad, el vencedor de las pasiones, el organizador de una milicia que casi conquistó los ámbitos de la cristiandad, el sabio que mejor conoce lo más recóndito de las almas, Iñigo de Loyola comienza por andar entre los hombres, cuando apenas tiene treinta años de vida, mendigando el pan que come y la cama en que duerme.

Imaginad, señores, cómo habrían de mirarle los ojos de los transeúntes. Mendigar en vez de trabajar, siendo joven, de buena apostura, de ojos militares, de manos finas, de ras-

gos de caballero. Andar por los suburbios de las ciudades, entre pordioseros, viudas, gentes de mal vivir. Y de repente ponerse a hablar con una voz noble, de suave cadencia castellana, sobre los más arduos problemas del hombre, de la vida, del mundo, de la educación, de la voluntad, del dominio de sí mismo, de los ejercicios espirituales que dan al hombre el conocimiento y la absoluta sumisión a Dios. Luego callarse, apagar los ojos, echar el zurrón a la espalda, irse para siempre. Y después, unos días o unos meses más tarde, volver a pasar, con la mano tendida, los ojos lucientes, en busca de las semillas que sembró, y hallarlas, a veces, transformadas en árbol grande, que ya empieza a dar, también, semillas para otras almas de pordioseros, de viudas, de gentes de mal vivir, que serán tocadas mañana de la gracia de Dios, como si Jesús estuviera pasando de nuevo por el mundo. ¿Cómo no habrían de asombrarse los ojos de los transeúntes? ¿Cómo no habrían de desconfiar de él muchos eclesiásticos, que en aquellos años de 1500 rebajaban la autoridad moral de la Iglesia con sus malas costumbres y su alejamiento del púlpito y el confesional? Era el hombre del misterio. Venía de quién sabe dónde, con su librito en el zurrón, con sus ojos hurgadores de almas, con su voz que sabía a perfume del Evangelio, con su porte de alcurnia y con la mano humilde que pide limosna de un maravedí o un

pan. Luego se iba quién sabe adónde, para nunca más volver, o para volver a los dos días trayendo de nuevo el contraste de lo que parecía ser por dentro y de los harapos de mendigo que lo disfrazaban por fuera. Eran tiempos de herejía. Por todas partes andaban libros de hugonotes, luteranos, calvinistas, ateos. Por las ciudades pasaban gentes que so color de defender la religión de Roma, minaban los cimientos de la cristiandad. No hacía mucho, hubo que perseguir, en cada pueblo de España, la secta de los Alumbrados, que tardó más de un siglo en desaparecer. No era extraño, pues, que Iñigo de Loyola pasara a los ojos de unos por un hombre de Dios, y a los ojos de otros por un sembrador de herejías ocultas en palabras de aparente ortodoxia evangélica.

Este mismo asombro renace, años después, cuando funda la Compañía sobre bases semejantes a las de su propio camino de perfección. La Compañía triunfa en todas partes, porque obra iluminada de espíritu apostólico. En todas partes, también, levanta resistencias y odios entre quienes no conciben que una milicia de hombres de enérgica voluntad activa, de ardiente predicación, de clara inteligencia, sea nada más que una orden religiosa, nada más que un apostolado de almas. No ven que su enorme eficacia docente, persuasiva y conquistadora consiste, como en los primeros apóstoles del cris-

tianismo, en hacerse todo para todos, y padecer mil trabajos, por ganar para Dios a todo el mundo. Es la regla apostólica de San Pablo. La Compañía pudo cumplirla porque su inspiración fecundante no está en la Bula que la crea sino en el alma que el fundador le transmite. Hacerse amar, respetar y obedecer por Le Févre, Javier, Salmerón, Laínez, Bobadilla y Rodríguez, siendo el menor de todos ellos, tal vez, en estudios y en conocimientos, fué ya un verdadero milagro inicial. La existencia canónica del instituto sólo es una consecuencia del poder de atracción con que Iñigo de Loyola vinculó a su destino, para la vida y la muerte, en el voto de Montmartre, a esos seis hombres sin los cuales la Compañía de Jesús no hubiera existido jamás.

La personalidad de Iñigo de Loyola es inasible por ser incomprensible, y misteriosa por sobrepasar extraordinariamente la medida común del hombre. Yo no pretendo explicarla ni definirla. No cabe en una conferencia, ni en un libro, ni en todas las historias juntas de la orden. Como individuo, elude la posibilidad de una interpretación cabal, porque ni los más profundos conocedores de su vida abarcan todos los aspectos de su estructura y la coherencia íntima de su espiritualidad. Como santo es inaccesible, también. Por eso, no pude emplear otro sistema de exposición que el que acabáis de es-

cuchar. Debí pasar constantemente del Santo a la obra, y de la obra al hombre, para percibir, por lo menos, la parte externa de su vida. Lo demás, el sentido de su ascética y el alcance de su misticismo, nos es extraño a todos, salvo a quien fuera un hombre como él y un Santo como él.

No es esto sólo. Nuestro juicio se resiente de tener que vincular, a cada momento, su espíritu a la obra que fundó. San Ignacio es un designio manifiesto de Dios, ayudado por el esfuerzo de un hombre en santidad. La Compañía es una obra de los hombres, con la carga de lo que hay de precario, tornadizo, inconsistente, bueno y malo en nuestra fragmentaria naturaleza individual. Por causa de los hombres, de los errores que cometieron a veces, la Compañía no tuvo siempre, aunque esto aconteciera en períodos muy cortos, la grandeza incontaminada de toda miseria terrenal que resplandece en la mayor parte de su historia de cuatro siglos. Pero aun en esos cortos períodos, fué tan prodigioso el genio de San Ignacio, al incluir en las dos fuentes de vida que dió a la Compañía, lo mejor de su espíritu, que como la misión jesuítica del apostolado universal sólo puede realizarse acabadamente, cuando hay mártires y vocaciones abnegadas que se sacrifican por el amor de Dios, la Compañía atesora una invulnerable excelencia espiritual. En sus bre-

ves épocas de decaimiento, cuando no supo y no pudo sobreponerse del todo a cierto concepto político de su acción en el mundo, bastó que algunos de sus hijos se mantuvieran fieles a la vocación inicial, de tipo ignaciano, exclusivamente apostólica, para que la orden entera se purificara muy pronto por sí sola o por la acción de un nuevo Prepósito General. Sus males fueron siempre políticos, y respondieron al espíritu de los tiempos. Jamás tuvieron por causa un relajamiento de sus costumbres, un olvido de sus deberes capitales, ni la filosofía de cómodo laxismo y casuísticas reservas mentales en el pecado, que le reprocharon sus enemigos, a base de leyendas ridículas como los "Mónita Secreta", o truculentas como las recogidas en los panfletos de los jesuitófobos. La única verdad histórica, que ningún argumento puede destruir, sino afirmando que toda Europa, de reyes abajo, era incapaz de impedir que un puñado de jesuítas la tuvieran dominada y esclavizada, es que los siglos pasan y la orden queda intacta y pura cada vez que un huracán la conmueve o la aventa.

Esta persistencia casi sobrenatural proviene de dos causas en las que resplandece el genio de San Ignacio: la formación interior del profeso, gracias a los "Ejercicios Espirituales", y la organización colectiva del Instituto por las "Constituciones", que le insuflan el fermen-

to espiritual necesario para que no decaiga nunca, mientras haya en él, como hasta hoy, un ajuste casi perfecto entre una idea y un ideal. Y éste es el segundo milagro que presenta a los hombres la vida sin igual de San Ignacio de Loyola. Por haber sido el mayor psicólogo experimental de todos los tiempos, edificó su obra sobre las únicas bases que pueden sustentar una agrupación humana, destinada a perdurar indefinidamente. No necesita nada más para ser tenido por uno de los mayores santos de Dios. Pocos cuentan, en sus méritos para el Cielo, una vida como la suya, y una trascendencia espiritual que los siglos perfeccionan y enaltecen, en virtud de la suma de valores consistentes y coherentes que él estableció para que inspiraran siempre la voluntad de acción de la Compañía de Jesús.



S. S. PIO XI

Y EL PROBLEMA DE LA EDUCACION

S. S. Pío XI
y el Problema de la educación

No es posible resumir en una conversación de 30 minutos el vasto contenido espiritual que atesoran las Encíclicas del Papa Pío XI en materia de educación. Cada una de ellas, al tratar de una cuestión particular, y todas ellas juntas, al exponer cuál es la posición de la Iglesia ante ciertos fenómenos y acontecimientos contemporáneos, giran alrededor del problema escolar y pedagógico. S. S. mismo los consideró de una "amplitud casi inagotable de teoría y de práctica", al decir, "la educación consiste esencialmente en la formación del hombre, tal cual debe ser y como debe portarse en esta vida terrena para conseguir el fin sublime" de su creación. Es evidente, pues, que en cada una de sus Encíclicas, por particular que sea, en apariencia, el tema que trata, se está planteando y resolviendo un aspecto del alma cristiana, inspiradora del hombre sobrenatural que piensa y

obra en el sentido de lo humano y en el sentido de lo divino, porque procede de acuerdo con la recta razón iluminada por la fe, lo que lo lleva a ser de ese modo a un mismo tiempo, en la vida natural, el mejor de los ciudadanos cuando sabe dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

La educación es un problema total del espíritu. Así lo entendió el Santo Padre en su Encíclica "Divini illius Magistri", del 31 de Diciembre de 1929. Yo no voy a explicarla doctrinariamente, desde el punto de vista pedagógico. El único modo de hacerlo bien consistiría en leerla sin comentario alguno. Señalaré nada más que su punto de partida y el fin que se propuso. Aquél es de una nitidez incomparable: es lo mismo errar en la educación que errar en los actos de la vida que llevan a Dios. El fin consiste en asegurar la consecución del bien Sumo, que es Dios, a las almas de los educandos, y el máximo bienestar posible sobre la tierra a la sociedad humana. El desarrollo de esta idea, se manifiesta sin embargo, como ya lo dije, en el principio de que la educación es un problema total del espíritu. Por eso mismo lo plantea en su máxima amplitud. La educación no es la acción solitaria de un espíritu sobre otro, sino una obra necesariamente social, porque el hombre vive en el seno de tres sociedades: familia, estado, iglesia, que lo eleva, en grados sucesivos,

desde los pasos iniciales sobre el mundo, hasta la vida divina de la Gracia.

Basta exponer este concepto para demostrar su importancia en el conjunto de las teorías educacionales que sólo consideran al hombre como un fin en sí mismo, y a la sociedad de los individuos como la suprema aspiración de las diversas conquistas del espíritu en la progresión natural de la vida. Son teorías que se asignan a sí mismas un ideal limitado; no abarcan toda la idea de hombre ni toda la idea de sociedad. Más allá del individuo, en el momento que nace, escamotean el problema de la Causa natural o providencial de la vida que llevamos, como seres espirituales en un universo eterno e infinito, más allá del cual en el momento del morir el hombre, vuelven a escamotear también el problema del fin para el cual fueron creados el individuo y la sociedad. Mas como no es posible omitirlos en un sistema de educación, porque no es posible concebir una educación que no comience por ser una filosofía, y no termine siendo una proyección social hacia un fin trascendentalmente moral, los problemas escamoteados resucitan cada vez que un individuo de inteligencia precisa, clara y lúcida se pregunta a sí mismo: de dónde vengo y adónde voy. Entonces sobreviene el derrumbe de la teoría. Es menester que aparezca una nueva, que vuelva de nuevo a suprimir la investigación filosó-

fica de lo que está más allá de la vida que nació y más allá de la vida que está por morir en una hora que no por ser incierta deja de ser segura, porque tiene un límite impuesto por una ley biológica que es igualmente otro enigma. Y así van pasando los siglos por la historia humana, con la sola excepción de la prodigiosa edad media en que el hombre buscó a Dios por el ámbito entero de la razón y por el ámbito entero de la fe más armoniosa y creadora que haya conocido la humanidad en su infinito camino ascencional.

La Encíclica "Divini illius Magistri" abarca en su totalidad el problema de la educación. Para ella la educación no existe, ni puede existir, desvinculada de su fundamento cristiano. Cuando esto último sucede, su objeto carece de sentido por querer considerar al hombre desde el punto de vista unilateral de sus facultades o sus funciones. Querer educarlo como un ciudadano de la nación, como un factor económico, como un valor cultural, como un fin ético de la indispensable moral colectiva de la sociedad, es dividirlo en partes aisladas, casi independientes entre sí, que llevan a la decadencia del espíritu. Pío XI quería algo infinitamente más vasto y más alto. El hombre es una unidad que encierra una suma unitaria de atributos. Por eso se puede decir sin temor de exagerar, que el objeto de la educación, por referirse a la idea de

hombre no ha de ser otro que el de una educación cristiana que abarca al hombre todo entero, en sus facultades y sus funciones con un espíritu unido al cuerpo en unidad de naturaleza. Pero esta unidad de naturaleza no es la de un monismo ateo, que se vale de idéntica forma verbal para sostener que el espíritu humano es nada más que una emanación superior de la materia, porque nace y muere con ésta al transformarse en vida por un milagro de la evolución cosmobiológica de la humanidad. La unidad de naturaleza a que se refiere el Papa, proviene del instante primero de la creación, en el cual Dios forma al hombre en el barro de la materia creada por El, pero a imagen y semejanza suya, esto es, dotado de los atributos consustanciales en la unidad de su naturaleza, que acaba de insuflarle con su soplo divino.

Por esta consecuencia del acto de creación el hombre dispone de facultades naturales y sobrenaturales, que luego intervienen y se aplican a sus funciones como individuo aislado y como miembro del cuerpo social. La educación cristiana es la única que puede atender a unas y a otras, de una manera que jamás podrá conseguir lo que el Papa llama el naturalismo pedagógico. A éste le falta lo que aquélla tiene en sus manos en forma de misión directamente encomendada por Cristo a la Iglesia Católica: la formación sobrenatural cristiana en la institu-

ción de la juventud. Si el hombre redimido por Cristo no puede ser reintegrado a la condición sobrenatural de hijo adoptivo de Dios, todo su esfuerzo en la vida, por perfecto que sea, por ajustado que esté a una norma moral inspiradora de sus actos, se anula porque esteriliza en sus actos de ser redimido, la redención que Dios le trajo al morir por él, como Hombre en el madero de la Cruz. La educación cristiana en cambio, retorna al hombre a su verdadero destino y autentifica con su perfección espiritual el milagro de caridad que fué la redención.

La aplicación de este principio es de carácter trascendental. Coloca el problema del hombre a la altura de sus mayores atributos espirituales. ¿Puede, acaso, la educación sustraerse a los principios filosóficos y religiosos que conciernen al origen, la naturaleza y el fin del hombre? El gran Papa que acaba de perder el mundo, contestó esta pregunta eterna de la humanidad en uno de sus últimos documentos escritos, la carta SOLLEMNIA JUBILARIA, del 21 de Septiembre de 1938, dirigida al Obispado de los Estados Unidos, con motivo del cincuentenario de la fundación de la Universidad de Wáshington. En ella, con una claridad admirable, S. S. Pío XI señala la tremenda gravedad histórica de la hora que vivimos y la única solución que existe para prevenir y remediar el mal por medio de la justicia y la ca-

ridad. Ya nos había dicho en su Encíclica DIVINI REDEMTORIS que en una sociedad bien ordenada es menester acordar a cada una de las partes y a cada uno de sus miembros, es decir, a hombres que tienen la dignidad de ser personas, cuanto les es necesario para que alcancen a cumplir sus funciones sociales. Es una de las fórmulas más perfectas que hayan proferido sobre el problema de la sociedad en sus relaciones de dependencia y colaboración con el individuo. Para el Papa la idea de hombre lleva ínsita en sí misma la idea de dignidad que es el supremo atributo de la persona. Así lo expresa también en la carta, escrita pocos meses antes de morir, a los Obispos de EE. UU.

Empieza por encarar el problema de nuestro tiempo y dice: "Casi todo el mundo en la hora actual, está violentamente agitado y angustiado por desórdenes, controversias, errores y teorías nuevas, que parecen dar a nuestra época un carácter de excepcional importancia histórica. Hasta la doctrina en la vida cristiana está en peligro en muchas partes del mundo. Ideas dudosas o visiblemente peligrosas, hace algunos años apenas agitadas a media voz y exclusivamente en ciertos pequeños cenáculos ávidos de novedades, son predicadas hoy a gritos y se traducen abiertamente en acción. La decadencia de las costumbres privadas y la corrupción que se exhibe hasta en la propia autoridad pública,

levantaron ya en muchas partes símbolos funestos de rebelión contra la Cruz de Cristo". Es el cuadro que ensombreció desde su advenimiento al Papado, la reflexión y el corazón del Papa que en los designios de Dios fué llamado providencialmente a tener que expresar el pensamiento de la Iglesia sobre los factores que están produciendo en el mundo la crisis de una civilización material, que hace cinco siglos viene negando a Dios en una conjuración impresionante de todas las fuerzas del mal. Pero de esta acción del mal, que ensombreció su alma dolorida de Padre, brotó una maravillosa fecundidad espiritual de soluciones en el gran anciano. No esperó jamás que fuera tarde para decir las palabras de desconsuelo como hacen los tímidos, sino que su palabra saltó siempre en el momento preciso en que la tormenta estaba por desatarse sobre el mundo. Y cada vez trajo a los hombres una solución de educación, en diferentes formas de apostolado o de actividad social.

Su teoría educativa no es suya propia, porque no resume sino la esencia apostólica del catolicismo. Con todo, supo revestirla de un vigor y una luz que asombra, cuando uno lee la Encíclica sobre la educación cristiana de la juventud. La educación no es un aula donde un maestro enseña y donde los alumnos aprenden copiosos conocimientos de cosas referentes a la na-

turaleza y al hombre. La educación cristiana es un combate contra las malas tendencias que dejó en el niño el pecado original y es una fuerza que se impone en el hombre con la ayuda de sus facultades naturales y sobrenaturales, para hacer brotar y triunfar en él, con proyección a una vida futura, a pesar de los peligros del medio en que actúa y de los desórdenes de su propia naturaleza, las trascendentales virtudes cristianas sobre sus pasiones, sus debilidades, sus ingratitudes de ser caído en su estado originario, pero redimido por Cristo, aunque no reintegrado, por el solo hecho de la redención, en la integridad y equilibrio de sus inclinaciones.

Esto y mucho más es la educación cristiana. Sin embargo, desde hace 500 años, la Iglesia halla en su camino una tendencia de oposición creciente que busca por todos los medios el establecimiento de una educación exclusivamente natural, que se basa nada más que en la idea de hombre, tendiendo a hacer de él un ser social abstractamente, perfecto en sus atributos individuales, pero sin un solo tentáculo en el alma que lo una a lo sobrenatural.

A esta realidad, a esta desmembración del hombre a quien se amputa, desde que nace, la esencia de sus facultades sobrenaturales, el Papa, continuando la obra de la defensa y de la lucha que le dejaron en herencia los antecesores que se suceden desde el señero Pío IX, quiso señalar

en su Encíclica de 1929 el neto planteamiento de su posición. Tal vez prescindió que debe llevar en nuestro siglo XX, las peripecias de los más terribles momentos que tuvo la Iglesia en su historia, equivocadamente, tras un lente de color de rosa olvidándose del tremendo grito de angustia de Inocencio III en el Concilio de Letrán de 1215: "la fe perece, la religión se deforma, la libertad se desfigura, la justicia es conculcada, los heréticos pululan, los sismáticos se ensoberbecen, los malvados se atreven a todo, los agarenos predominan".

Esta fué, también, la permanente angustia de Pío XI. No era para menos. Veía y encaraba, a los soldados la responsabilidad augusta de su misión. En su último documento pontificio, dijo al Obispado de las Islas Filipinas, el 18 de Enero de este año: "al terminar, Nos queremos agregar que la preocupación constante del apostolado jerárquico, y de consiguiente de la Acción Católica, debe ser no sólo propagar la vida espiritual en las almas, sino también conservarla y defenderla. La obra de defensa es necesaria y oportuna, particularmente en este tiempo, en el cual las asechanzas contra todos los cristianos se multiplican de una manera espantosa. Es sabido, en efecto, que el enemigo de todo bien, que tiene siempre en el mundo fieles y numerosos servidores, ha transformado los descubrimientos de la Ciencia en instrumentos de

ruina causada por la prensa antirreligiosa o simplemente neutral, por el cinematógrafo y la radio que deberían ser utilizados para educar y elevar al pueblo". Y a raíz de estas palabras que señalan el peligro, menciona su Encíclica "DIVINI ILLIUS MAGISTRI", como si quisiera demostrar una vez más que la educación penetrada de la gracia de Dios es la única arma de defensa y de victoria, con la cual el catolicismo salvará de nuevo a la humanidad en la hora en que vivimos, que a ratos parece ser, por la violencia y confusión del universo, un anticipo del Apocalipsis.

Por eso entendió la educación como una totalidad de acción espiritual que tiene por sujeto al hombre entero. Por eso muestra en la carta "SOLLEMNIA JUBILARIA" al Episcopado de los EE. UU., el cuadro que hoy ofrece el espectáculo del mundo, iluminándolo al mismo tiempo con esta luz de esperanza: "Nos, hemos tratado varias veces de estos problemas en nuestras Encíclicas. Baste, pues, recordar aquí sobre qué se apoya y se basa la pedagogía cristiana. Las llamadas ciencias profanas de la sociología y la economía que se ocupan del bien individual y el bien colectivo, no pueden sustraerse a los principios filosóficos y religiosos que consideran el origen, la naturaleza y el fin del hombre. Eliminada la idea de Dios, no es dado comprender de ninguna manera, ni siquie-

ra la naturaleza del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios mismo y redimido por su Hijo Unigénito. Sólo la doctrina cristiana en su majestad e integridad puede invocar plenamente los derechos y libertades del hombre, porque es ella la única que reconoce a la persona humana su valer y su dignidad. Por esto los católicos, conocedores de la naturaleza y las cualidades propias del hombre, necesariamente son los abogados y los defensores de sus legítimos derechos y sus legítimas libertades. Protestan en nombre de Dios contra la falsa doctrina que se esfuerza en degradar la dignidad del hombre para rebajarlo a la humillante condición de esclavo, en someterlo a la arbitrariedad de una soberanía inicua, en aislarlo cruelmente del resto de la familia humana. En el nombre de Dios, los católicos rechazan también toda filosofía social que haga del hombre nada más que un instrumento en la competencia comercial y en la feroz lucha de clases. En consecuencia la Universidad Católica, precisamente porque es católica, ha recibido la misión de conservar religiosamente el patrimonio natural y sobrenatural del hombre. Para cumplir esta noble misión le es de todo punto necesario cultivar de una manera especial la ciencias políticas, sociales y económicas. Las Encíclicas tratan particularmente de cuestiones recientísimas en esa materia aplicándoles

los principios inmutables de la filosofía y la religión".

He aquí expresada con autoridad del sabio, la entereza de una fe resplandeciente de esperanza. El Papa sabe que la Iglesia es eterna y que es verdad la famosa divisa monacal: "Stat Crux dum volvitur Orbis", el universo se agita al pie de la inmutable Cruz.

Por la Iglesia pasaron catástrofes espirituales. Fueron quizás tan graves como la que hoy amenaza al mundo. La Iglesia las sobrellevó y las dominó, no sólo por contar con la asistencia prometida por el Salvador a sus apóstoles, sino porque la mereció con sus obras, ganando luego la batalla con la suma de sus virtudes puestas en acción, al modo del soldado que va a la muerte, con la Cruz sobre el pecho y la seguridad de Dios en los ojos. Pero el Salvador no prometió incondicionalmente a los apóstoles que su asistencia les acompañaría hasta la consumación de los siglos, sino cuando enseñaran a las naciones, con la doctrina de El y las obras de ellos, a observar todas las cosas que les mandó, a fin de realizar el reino de Dios sobre la tierra.

Esta es la regla que aplicaron los grandes Papas vencedores de los males del mundo y de los males de la Iglesia misma en sus épocas de decadencia moral. Es también la regla del Papa que acaba de morir. Su obra entera fué extra-

ordinaria acción de educación. Parece verdaderamente concebida y realizada por la inspiración del Espíritu Santo, en una unidad armoniosa de doctrina generosa y fecunda. Quiso alcanzar el programa de instaurar la paz de Cristo en el reino espiritual de Cristo Rey, que expuso en su Encíclica UBI ARCANO, tanto en el clero, la familia, las clases sociales, los Estados cristianos, las naciones paganas, como en el seno de los individuos que forman las sociedades particulares. Todo fué educación para él: centenares de Santos, canonizaciones, institución de fiestas, reglas misioneras, formación del clero, problemas sociales, apostolado laico, crisis económicas, luchas contra la Iglesia, defensa de la persona humana en su dignidad esencial, los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, la libertad moral amenazada, el cinematógrafo, el matrimonio y el Santo Rosario.

Con estas palabras de síntesis debo terminar mi conferencia, para no exceder el tiempo que se me fijó. No pretendo enseñar nada a nadie, pues cuanto dije está incluído en las Encíclicas, sea en su letra, sea en el espíritu que he tratado de desentrañar. El mérito de Pío XI como educador, consiste en haber realizado un problema de unidad armoniosa y no en haberlo concebido en base de puras palabras. Basta haber presenciado el sentimiento universal de dolor que despertó su entrada en la muerte, pa-

ra comprender el vasto significado espiritual de la obra de Pío XI a los ojos de quienes no participan en su fe ni inspiran sus doctrinas sociales en los fundamentos dogmáticos del catolicismo. Esto demuestra que se lo juzga como un valor de trascendental importancia, porque de otro modo se alabarían sus intenciones, exclusivamente, y no la situación de eminencia espiritual indiscutida en que deja, al morir, al cuerpo de la Iglesia, a pesar del desconcierto furioso de apetitos nacionales e internacionales que inició con la guerra de 1914 este siglo de fragores y hecatombes. Es la consecuencia natural de su concepto pedagógico de la educación. Pío XI la concibió como una realización de los supremos y eternos valores humanos, al dar fin a la Encíclica DIVINI ILLIUS MAGISTRI con estas palabras que aplicará luego a la realidad ecuménica de la sociedad de nuestro tiempo en los fecundos años de su pontificado: "la educación cristiana comprende todo el ámbito de la vida humana, sensible y espiritual, intelectual y moral, doméstica y social, no para menoscabarla en manera alguna, sino para elevarla, regularla y perfeccionarla según los ejemplos y la Doctrina de Cristo".

Bendita sea la boca que profirió estas palabras; bendita sea la inteligencia que inspiró su sabiduría; bendita la voluntad que las puso en su ejecución por el ámbito entero de la tierra.

El mundo está presenciando con asombro, desde que el Cardenal Aquiles Ratti fué sentado en la silla de San Pedro, la maravillosa resurrección de un apostolado expansivo en los pueblos, las almas y la conducta de los hombres, que recuerda, en todo, sin perder nada en el parangón, lo que sucedió en el mundo después de la venida de Cristo, cada vez que un Papa señalado por los designios de Dios, . . vino a renovar en la Iglesia las virtudes militantes necesarias, para que se difunda de verdad un sistema cristiano de educación.

Buenos Aires, 4 de mayo de 1939.



S. S. PIO XII

S. S. Pío XII

Una vez se produjo el milagro de Dios en las calles de Buenos Aires. Vino a nosotros un hombre alongado, cenceño, de cara translúcida, casi inmaterial, casi sobrenatural. Sus ojos, al mirar a la gente, relucían y se ahondaban de inefable riqueza interior sobre la austeridad de la fisonomía, en tanto que los dedos de marfil antiguo purificaban de gracia cariñosa su saludo en el ademán de la bendición. Pasó como un relámpago de púrpura entre niños vestidos de blanco, en una fiesta de aplausos, de plegarias, de flores, de luz, y fué como si en ese mismo instante reposara sobre él una inmóvil lengua de fuego del Espíritu Santo en otra nueva tarde de Pentecostés. A la noche cayó sobre las almas, en la ciudad dormida, una invisible lluvia de estrellas. Trajo a cada uno quién sabe qué mensaje misterioso de una Presencia sobrenatural.

Era la Presencia sobrenatural de Dios. Después que pasó el Embajador de Roma, la gente siguió trabajando, negociando, creando, gozando, sufriendo, salvándose o condenándose, como si nada hubiera sucedido. Al día siguiente, los diarios amanecieron trayendo las crónicas materiales del recibimiento, mas ninguno dijo una palabra de la invisible lluvia de estrellas. Lo único nuevo, aparentemente, en la vida cotidiana de los hombres, era que estaba por comenzar un Congreso de la Eucaristía, y que para eso venía a Buenos Aires el Legado a latere del Papa. Nada más. En Palermo se alzaba una enorme Cruz blanca, en el cruce de dos avenidas. El escudo del Congreso adornaba los balcones de muchas casas, desde el centro hasta los arrabales. Habría procesiones, tañer de campanas, misas, comuniones de niños, desfiles de escuelas, estandartes, banderas y reliquias. Puras fiestas de iglesia, y nada más. Los librepensadores sonreían. Estaban seguros que la religión sólo interesaba ya a las mujeres, los curas, los viejos devotos, y a casi nadie más. En el siglo de las luces Dios moria lentamente de muerte natural. Algunos católicos desconfiados se santiguaban: no sea que vaya a haber tumultos en las ceremonias del Congreso, al lado mismo de un bosque. Otros imaginaron un acto grande, muy grande, pero nada más que más grande que las masas de fieles que llenan la ciudad los días de Semana San-

ta. Sólo los menos, los de fe apostólica, los del esfuerzo perseverante, los convencidos de que Dios no desampara jamás a los suyos ni en la muerte del martirio, soñaban a la luz de una divina esperanza en la próxima Presencia de lo sobrenatural.

Mientras tanto, Dios traía de la mano a un hombre que de tiempo atrás parecía señalado con el signo de la predestinación. Bastaba verlo para sentir una extraña impresión de grandeza. En lo profundo de esos ojos se aposentaba un alma que trascendía virtud de santidad o temple de heroísmo. En esa boca la oración debía ser un permanente diálogo vivo de amor con Dios. En la apostura de ese cuerpo resaltaba la firmeza de una voluntad vencedora de todo mal. En esas manos delicadas y serenas, que se desmaterializaban en el movimiento solemne de la bendición, la paloma del Espíritu Santo parecía estar suspendida sobre la salvación de los hombres, como en aquella hora de los siglos en que San Juan Bautista puso con su humildad de hombre el agua del Jordán sobre la cabeza del Verbo Encarnado. Dios lo traía misericordiosamente de la mano, para suscitar en nuestro pueblo, por razones inexcrutables, el acontecimiento milagroso de la presencia de lo sobrenatural.

Los días empezaron a correr. El cielo esplendía en las ceremonias con su azul persistentemente dorado de sol. Una mañana, la Cruz de

Palermo amparó la comunión de ciento siete mil niños en cuyas almas limpias entró el espíritu de Jesús. Una media noche sobrevino en las calles el portento nunca visto de cuatrocientos mil hombres de rodillas, que confesaban sus pecados y recibían en la boca purificada el cuerpo del Redentor transubstanciado en la Hostia. Un mediodía resonó por el ámbito de la altura, sobre el silencio unánime de un millón de seres, absortos de emoción, la voz del Papa de Roma. Todos los ojos creyeron ver, en ese instante, que se iluminaban de una aureola las manos del Cardenal, elevadas a la gloria de Nuestro Señor Jesucristo en el Santo Sacrificio de la Consagración. Y a la misma tarde, mientras el cielo se agrisaba, otra muchedumbre más densa que el infinito millón de la mañana, vió pasar por las avenidas el cortejo triunfal de Dios. Bajo un palio impresionante como un templo, iba la Custodia con el cuerpo de quien es la luz, el camino, la verdad, la vida y la resurrección. Orando en humildad resplandeciente, la alzaba a los ojos de Buenos Aires el Cardenal Legado, tranfigurado en el contacto de lo sobrenatural. Ya no era un ser, sino un símbolo de la antigua piedad de los hombres en presencia del Señor. Parecía llevar tras de sí, en los pliegues de su manto, la historia entera de la humanidad resucitada a la vida del alma por la muerte de Jesús. Desde aquella hora que abrió al mundo como única vía de salvación,

las puertas inmateriales de la fe, diez y nueve siglos de cristianismo se resumieron en la litúrgica apostura del orante en el acto de adoración.

Era el alma que está viendo a Dios en la gloria, y al Dios-Hombre sentado a su diestra, de donde ha de venir un día a juzgar a los vivos y a los muertos. Todos presentíamos que iba así, de rodillas, lejos de nosotros, por estar en unión espiritual con Dios, quizá. La gente se arrodilló, sobrecogida de participación emocional. Hubo en cada alma la intuición increíble de que Dios entraba sensiblemente en ella en ese instante. El cortejo se alejó, llevando a otros, y a otros, y a otros el mismo recogimiento sagrado de sentir que la propia vida se suspende en un minuto prodigioso de la eternidad. Así llegó a Palermo la Custodia que Dios habita. El príncipe de la Iglesia siempre oraba ante ella, con la absorta humildad de quien ya ni siquiera sabe que cuando los labios rezan de verdad, cada hombre lleva en sus adentros una luz que puede ser, tal vez, la luz de Dios. El milagro se hizo sensible, entonces, por designios de la voluntad divina. Hubo en el millón de espectadores la impresión inefable de haber sido tocada su alma por el roce inmaculado del ala de un ángel, que en muchas se quedó, y en muchas se perdió.

Era el milagro de la Eucaristía. Era el milagro eterno de la Iglesia de Roma. Días y días la ciudad, donde Dios ya no convivía con los

hombres, vivió exclusivamente para Dios. Las iglesias se llenaron de gente que quiso recibir también, como aquella noche de las cuatrocientas mil comuniones, la penitencia de sus pecados y el pan de su redención. Miles de ateos retornaron a la fe perdida. Centenares de judíos se convirtieron a Jesús. La ciudad vivió sin otro pensamiento que adorar al Señor en las palabras y en los actos. Ya los librepensadores no sonreían como antes. La religión ya no interesaba solamente a las señoras, los curas, los viejos devotos. La luz que vino a nosotros, por la gracia de Dios, entró en muchas almas ansiosas de apostolado, y allí arderá en definitivo fuego de amor que ya trasciende y pasa de alma en alma, preparando el Reino del Señor.

Desde esa hora, el nombre del Cardenal Pacelli suena para nosotros como un nombre argentino. Fué el instrumento de Dios. Encendió en los hombres la llamarada de fe que ilumina los destinos de una nación o de una época, cada vez que el Espíritu Santo alienta en las obras de un Papa ecuménico y grande o en un auténtico pastor de almas. Entre los millones de palabras que los hombres desparramaron, en la larga historia humana, para dirigir las relaciones del individuo con la naturaleza, el Estado o la divinidad, hay una única Palabra inmutable. Es la que profirió Jesús. A pesar de ser siempre la misma, reviste siempre, a través de mil novecientos

años, una resonancia particular en los labios de cada Pontífice de Roma. Por eso es nueva, a medida que pasan los siglos. Se adapta de un modo extraordinario a las necesidades cambiantes de la vida en el tiempo, acompañando cada vez, sin modificarse nunca, aunque renovándose permanentemente, las distintas civilizaciones que coexisten o se suceden en la historia.

Esa resonancia particular es la fuerza vencedora de la Iglesia. Jesús la confirió a Pedro, y Pedro a sus sucesores que mantengan la pureza trascendente del dogma. Hoy se encarna en un Papa vinculado a nosotros por la repercusión de un acto suyo de apostolado espiritual. Podemos llamarlo cariñosamente nuestro. Somos, en su vida, un recuerdo que conmoverá las entrañas de su alma, cada vez que el nombre de Buenos Aires reviva en su imaginación o suene en sus oídos, porque fué en esta ciudad donde tuvo, por primera vez, la impresión de estar dotado de la virtud de obrar directamente sobre el alma de las muchedumbres por la sola acción de su presencia personal.

Yo he pensado más de una vez, señores, como vosotros también, quizá, que en el abrazo que el nuevo Papa dió a nuestro Cardenal, el día de su coronación, Su Eminencia el Cardenal Copello debió sentir latir sobre el suyo el corazón de Su Santidad. ¿Cómo no iba a haber un ardiente bullir de sangre en la emoción de revivir,

en ese momento, el milagro de fe colectiva que resplandeció en el Congreso Eucarístico de 1934? Si aquella vez debió pensar que Dios lo traía de la mano, ahora era obvio, para él, que Dios lo había señalado, de tiempo atrás, con el signo de la predestinación, porque acababa de manifestarlo al mundo en la elección en que votaba, por primera vez, un Cardenal argentino. El Papa sabía que cuando Dios dotó de un alma al cuerpo del niño que se llamaría, al nacer, Eugenio María Giuseppe Giovanni Pacelli, la vida entera del hombre quedó determinada por los caracteres que le fueron concedidos. También sabía, ahora, que en la presciencia divina el nombre de Buenos Aires fué un eslabón en la cadena de hechos que se suceden, en ascensión armoniosa, del Sacerdocio a la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, de la codificación del Derecho Canónico a la Nunciatura en Baviera, de los concordatos alemanes a la dignidad cardenalicia, de la Secretaría de Estado al triunfo eucarístico de Buenos Aires, de las misiones en Lourdes, Lisieux y Budapest a la responsabilidad de distribuir la Palabra inmutable del Señor en una de las horas más frenéticas y desamparadas de la historia de la humanidad. Si Su Santidad forma parte hoy de nuestra vida por haber participado en un acontecimiento, cuya proyección es ya historia argentina, nuestra patria forma parte también de la historia de Su

Santidad. Es uno de los episodios trascendentales de su vida, guiada por Dios para que cumpla su destino actual.

Todo esto debió pensarlo, en la emoción del abrazo que daba a la Argentina entera, sintiendo él, también, cómo palpitaba de alegría y reverencia el corazón del Cardenal Copello. Si pudo dar a nuestra ciudad, con su presencia, el espíritu de una nueva vida espiritual, tal vez estaba ahora, en los designios de Dios, que el nuevo Papa transfundiera en este mundo que parece estar anticipando, con sus convulsiones, el desplome de una civilización materializada, el espíritu de una auténtica vida cristiana. Mayores prodigios determinó en la historia la Silla de San Pedro. Creció y perduró escondida en los soterraños de Roma. Pero a los cuatro siglos de persecución imponía al mundo un nuevo concepto de convivencia moral. Tuvo abismos y cumbres, en épocas de grandeza y de dolor. Si a veces disminuyó su significación ejemplar la conducta de uno o varios sucesores de San Pedro, siempre la recuperó y la engrandeció la inexhausta fuerza espiritual que embellece el dogma de la Comunión de los Santos. La vida sobrenatural de la Iglesia no depende de los actos de un mal sacerdocio, aunque siempre triunfa por la sola presencia de un gran Papa, porque entonces cuenta con la asistencia de Jesús, prometida en la parábola de los sarmientos de la vid (J. XV). El milagro

local de Buenos Aires resucitaba en la plenitud de su esplendor, con sólo sentir Su Santidad sobre el suyo el corazón devoto del Cardenal Copello.

La reciente elección del conclave era una prueba más de la aquiescencia de Dios a su obra de hombre. Pero lo ya pasado no revela siempre el misterio de lo porvenir. Su destino podía ser la cruz del martirio o la pacificación del mundo por medio "de un fruto de justicia y caridad". Carecía de toda fuerza coactiva sobre los hombres. No podía mover ejércitos ni muchedumbres. Contaba nada más que con la invulnerable promesa del Señor, pero su ciencia de hombre ignoraba la significación de su destino, como eslabón final, hasta hoy, en la cadena de altibajos que forma en los siglos la sucesión de los Papas. Dios no siempre revela a los hombres cuál es su designio inexcrutable respecto a las vicisitudes de su vida. Puede dejar caer al bueno y elevarse al malo, como quiso que su propio Verbo fuera a morir ignominiosamente para purgar los pecados del mundo. Por eso está henchida de misteriosa significación, en la tremenda angustia alucinante de la hora que estamos viviendo, la figura del Papa que ignora el destino que lo espera.

¿Será acaso, en el ámbito de la cristiandad, el apostólico destino que cumplió en Buenos Aires? Dios lo quiera. Han de ayudarle poderosa-

mente los atributos con que la Providencia colmó, al nacer, su rica naturaleza de hombre. Es de una lealtad incomparable. Tiene una experiencia sin igual. Su conocimiento de las ciencias divinas y humanas es tan vasto, que ya de joven asombraba a los sabios de Roma, como asombró después a los sabios y estadistas de Alemania y de Francia. En diciembre de 1929, el Mariscal von Hindenburg lo despedía en Berlín con estas palabras que resumen admirablemente la esencia de su conducta: "todos los que tuvieron ocasión de estar en relación con vos, recordarán, con placer, vuestra competencia, asentada en una prudente objetividad, en un auténtico espíritu de equidad, y en un ardiente sentimiento de lo humano". Su autoridad, en todas partes, proviene de su nobleza moral y de una especie de majestad natural que emanan de sus actos minúsculos o grandes. Tiene el don de penetrar la psicología de los hombres, de una manera asombrosa. La Secretaría de Estado, en la administración pontifical, le dió a conocer cuanto puede saberse de la política del mundo. Es uno de los espíritus más completos de nuestro tiempo. Por su humildad, su piedad, su caridad, y por el vuelo sereno y firme de su pensamiento, parece nacido para el desempeño de la Suprema Vicaría de Cristo. Es el hombre capaz de desentrañar el íntimo detalle de la salvación de un alma, y los problemas de

máxima amplitud que interesan a la totalidad del universo.

Por todo eso, y por la voluntad del Espíritu Santo, hoy ocupa la Silla de San Pedro. Los ojos de la humanidad, sumida en el cenagal de la materia, se vuelven a él como a la única esperanza de esta hora. Lo malo es que los incrédulos no saben que el espíritu que puede salvar al mundo sólo existe en función de la idea de Dios. No es una receta que se aprenda en discursos de resonancia universal, sino hoguera de caridad que ha de arder en cada hombre como fuego de verdadero amor. La civilización no está muriendo de males materiales, sino de indigencia espiritual. El espíritu, en el Evangelio, no es una palabra. Es una conducta. Cuando solamente fué una palabra para los Apóstoles, renegaron de Cristo y huyeron de él. Cuando fué una conducta, después de aquella tarde de Pentecostés, vencieron al mundo nada más que con saber vivir y morir a la manera de Cristo. Todos piden hoy la paz a los gobiernos y a los pactos. A veces los que más vociferan su amor por la paz son los que ayer no más proclamaban el odio de clases o se adueñaban de la riqueza del mundo sin otra ley que la voracidad de su ambición. Por eso, la paz sólo vendrá con el Reino de Dios. Desde su primer mensaje, el Santo Padre actual la definió con las eternas palabras cristianas de justicia y caridad. Todo lo demás que se hace por ella merece aque-

lla tremenda imprecación de Jesús a los fariseos en el capítulo XI de San Lucas. El mundo se derrumba porque hace quinientos años viene negando a Dios y atosigando las almas con la enorme tristeza de haber perdido la noción de lo sobrenatural. Para ser feliz es menester saber soñar, con el corazón en paz, en lo que está más allá de las cosas materiales y de la muerte, al alcance de quien tenga fe en la resurrección del Verbo Encarnado. Dios quiera que el Pontífice de Roma logre sembrar en muchas almas de niños las semillas de paz espiritual que están desparramando sus labios desde la primera alocución.

Dios quiera, también, que prendan vigorosamente en nuestros corazones, a fin de colaborar en su obra. De otra manera, no habrá paz en el mundo hasta la consumación de los siglos. La paz no se forja en tratados de vencedores ni se difunde en palabras de exhortaciones cuya mentira es transparente. La paz es justicia y caridad en el más puro sentido cristiano. Su Santidad Pío XII, puede ser, otra vez, el instrumento de Dios. Si el día que llegó a Buenos Aires cayó de noche, sobre la ciudad dormida, una invisible lluvia de estrellas, que hoy arden como soles en el alma de una admirable juventud de Acción Católica, bien puede estar cayendo a estas horas, sobre el mundo, sin que nadie la vislumbre, otra invisible lluvia de estrellas del Señor. Quién sa-

be si en los designios de la Providencia no es ésta la misión del nuevo Papa, para salvar al universo atormentado en la agonía de estar viviendo sin alma. El tiempo lo dirá. Mientras tanto, confiemos en él y en la asistencia de lo sobrenatural. Basta ver al Santo Padre para saber que bajo ese rostro de santo místico y de héroe cabal alienta el espíritu de un elegido de Dios. Basta conocer su vida para tener una fe radiante en la espiritualidad de su obra. Por eso, esperanzados en la bondad divina, pidamos al Espíritu Santo que se apiade de este mundo tumultuoso en que vivimos, y preste a la obra y la vida de Su Santidad Pío XII la enorme proyección que tuvieron en la historia del mundo los grandes Pontífices de la Iglesia de Roma.

Buenos Aires, 2 de Julio de 1939.



INDICE

Las 4 C

EL MUNDO MODERNO SE DEBATE EN CRISIS.
ESTRUCTURAS SECULARES SE AGRIETAN Y DESMORONAN.
RUGEN LOS DESTRUCTORES.
CHILLAN LOS CHARLATANES.
GIME EL PUEBLO ENTRE LA POLVAREDA Y EL HUMO.
NUESTRA PATRIA ESTA EN EL MUNDO.
NUESTRA PATRIA NO ESTA AISLADA.
NUESTRA PATRIA NO ESTA EXENTA.
¿QUE PODEMOS HACER?
POR DE PRONTO, VER.
VER CLARO, VER ALTO, VER DESDE ARRIBA.
Y DESPUES HABLAR.
HABLAR FUERTE, HABLAR PRUDENTE, HABLAR VALIENTE.
"CRÉDIDI, PROPTER QUOD LOQUUTUS SUM"
VEO; Y POR ESO ME PONGO A HABLAR,
"EGO AD HOC NATUS SUM ET AD HOC VENI IN MUNDUM UT TESTIMONIUM PERHIBEAM VERITATI".
YO PARA ESO NACI Y PARA ESO VINE AL MUNDO PARA DAR TESTIMONIO DE LA VERDAD.

¿Está usted conforme con el estado actual de nuestra Patria?

Si ni lo está, ayúdenos en la urgente y grave tarea de aclarar la atmósfera.

¿Cómo?

La EDITORIAL DIFUSION ha resuelto lanzar una colección de libros sobre las más urgentes preguntas argentinas, tratadas por los escritores más competentes, en una forma que concilie la máxima actualidad y la caligrafía más legible con el rigor doctrinal y la altura de la inteligencia. Aspiraríamos a que nuestra COLECCION CUESTIONES CANDENTES llegase a ser un verdadero SEMINARIO DE PROBLEMAS ARGENTINOS al mismo tiempo que nuestra organización comercial ya en marcha la hace una cátedra de alta autoridad para un selecto auditorio de millares.

¿En qué forma?

Hermosos volúmenes de 200-300 páginas.

Con tapa a dos y tres colores e impresión cuidada.

Al precio de $ 1.45.

De frecuencia por lo menos mensual.

Con nombres de escritores hechos.

Con la garantía, ortodoxia, patriotismo y calidad que le presta el nombre de su director, R. P. Leonardo Castellani.

Y ¿por qué?

Por la ocasión de la guerra española, y por su propio auge, Buenos Aires está en vías de ser un centro editorial importantísimo. El día de mañana será el emporio intelectual de Sudamérica. Unas tras otras, han surgido en estos últimos años casas editoras de índole puramente comercial con éxito asombroso. Algunas de ellas llevan la sacra sed de lucro hasta el puro y neto logrerismo, y se convierten en mercaderes innobles de papel impreso, contentísimas de alzar dinero aunque sea de papel sucio, aunque sea de papel mefítico y deshonesto. ¿Para qué nombres? Usted los conoce.

El país está siendo inundado por olas de literatura barata indiscriminadísima, hecho que importa peligros incalculables. El santo obispo Esquiú lo denunció hace 100 años como el mayor peligro patrio. ¿Qué diría hoy?

Una editorial reciente, de las más moderadas y responsables, para dar un ejemplo, no teme incluir en una colección popular una obra canalla de un degenerado sexual que quiere justificar su degeneración con especiosos sofismas científicos y literatura relamida y nauseabunda. ¡Infandum!

¿Y vamos a quedarnos cruzados de brazos...?

¿Qué hacer?

Por de pronto oponer el libro bueno al libro malo.

Oponer el libro bien escrito al bodrio, la colección homogénea a la ensalada rusa, el director responsable al comerciante, la inteligencia a la charlatanería, la selección sensata a las lecturas casuales, el libro argentino a la traducción adocenada, la creación a la imitación. Y primero de todo, oponer las rodillas dobladas, los ojos en alto y las dos manos sobre la cruz de la espada, a las piernas cruzadas, las manos en los bolsillos y la caja de fierro del judío y del cristiano logreros.

¿Y yo?

Y Vd., caro amigo, suscríbase a uno de los planes de DIFUSION, al más alto que pueda, que no se arrepentirá.

Suscríbase al menos a esta colección.

Hágala conocer.

Si tiene un libro apropiado a ella, propóngalo al Director.

Y si es cristiano y sabe rezar, no nos olvide ante Dios, que es grande.

DIFUSION publicará

LAS 4 C

Colección Cuestiones Candentes

Director: **Leonardo Castellani S. J.**

1. — **Leonardo Castellani.** — Reforma de la Enseñanza.
2. — **Ernesto Palacio.** — La Historia Falsificada.
3. — **Ramón Doll.** — Acerca de una Política Nacional.
4. — **Juan P. Ramos.** — Nuestros Padres en la Fe.
5. — **Mons. Gustavo J. Franceschi.** — Diagnósticos Morales.
6. — **Leonardo Castellani.** — Los Judíos.
7. — **José Assaf.** — Teatro Argentino.
8. — **Julio Menvielle.** — El Cristo y las Naciones.
9. — **Vicente Alonso.** — No más hijos.
10. — **Ignacio Anzoátegui.** — Quiero vale cuatro.
11. — **Víctor Anzoátegui.** — El Retorno del Cristo.
12. — **César Pico.** — El Comunismo y el Fascismo.
13. — **Leonardo Castellani.** — Freud y Freudismo.

Y próximamente, otras obras de los mismos autores con las de

Javier Ochoa, Oscar Ponferrada, Juan Berro García, Tomás de Lara, Enrique Osés, Julio y Rodolfo

Irazusta, Bruno Jacobella, Alberto Casal Castel, Juan Marzal, Luis Barrantes Molina, y otros entre los mejores ensayistas y pensadores del país.

Será una antología de los mejores escritores.

Independiente de toda politiquería.

Por arriba de la política partidaria.

Preocupada de todos los problemas nacionales.

Libros de doctrina y libros de actualidad.

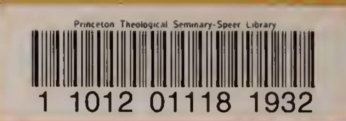
Al mínimo precio y máxima difusión.

Con la máxima libertad de expresión.

Y la máxima libertad de opinión.

Dentro de la ortodoxia católica.

Este libro terminó de imprimirse en la Imprenta de José Colombi, Rondeau 2938, Buenos Aires.


Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01118 1932



COLECCION LAS 4 C

VOLUMEN IV

PRECIO

$ 1.45